Tania Sexton

Lento, más Lento

18+

Colección ardiente

Lento, más lento

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Tania Sexton 2020
© Editorial LxL 2020
www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: septiembre 2020
Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-18390-01-2

Lento,
más
Lento

Tania Sexton

Para ellas.
Para ellos.
Para los amantes de la erótica.

Índice

Agradecimientos
Prólogo
Calder
Capítulo 1
Samantha
Capítulo 2
Capítulo 3
Samantha
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Samantha
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Samantha
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Calder
Capítulo 14
Calder
Capítulo 15
Samantha
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Fin
Biografía de la autora

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a las lectoras y lectores.

Aquí tenéis una novela erótica para entretener, para disfrutar, para leerla en un periquete; sin más pretensiones. Solo con la idea de pasar un buen rato.

Muchas gracias por estar ahí, por vuestras palabras y vuestro cariño.

A la Editorial LxL y a mi editora Angie, siempre agradecida por sus consejos, su profesionalidad y buen hacer. Siempre un placer.

Buena lectura, y… hasta la próxima, mis amores.

Prólogo

Calder

Llevo nueve meses en el rancho y, a veces, creo que estoy perdiendo el tiempo. Pero ha surgido algo interesante, algo que puede cambiar el ritmo, que puede alterar los tiempos, que puede traer sorpresas.

No es la más guapa.

No es la más alta.

No es la más voluptuosa.

Pero es la más atractiva, la más interesante, la más cautivadora. Mis ojos la siguieron en cuanto la vi; no pude evitarlo. Sí, miré primero a la rubia, esa tan llamativa con pechos de silicona, y luego a las otras, la menudita y la rubia rojiza de grandes pechos, que reían de manera afectada provocando que los chicos y yo deslizáramos los ojos sobre ellas.

—Unas niñas ricas que vienen a pasar un largo fin de semana al rancho —comentó el capataz advirtiendo con la mirada que nada de tomarse confianzas.

Estoy acostumbrado a ver especímenes de todo tipo, desde parejas maduras que desean pasar unos días de relax, al tiempo que experimentan lo que es vivir en un gran rancho texano, hasta grupos de amigos o amigas, o todos revueltos —jóvenes o no tanto—, que quieren probar cosas nuevas o que piensan que están en un capítulo de *Bonanza* o, peor, en uno de *Dinastía*. Y, de vez en cuando, alguna pareja de novios o recién casados que quieren hacer algo diferente.

Ella no ríe de manera tonta o escandalosa. Ella ofrece una hermosa sonrisa, la más hermosa que he visto, que apenas dura unos segundos; porque le cuesta, no la muestra a menudo. Por lo menos, con los hombres.

Su cabello es de un marrón chocolate que, al sol, adquiere unos brillos dorados muy tenues; tan espeso, largo y brillante que me dan ganas de liar mi brazo en esos mechones y frotarlos por mi rostro para ver si es tan suave como parece.

Tiene los ojos grandes, marrones muy oscuros, casi negros, con unas pestañas espesas y negras que, por un momento, pensé que eran postizas —y, quién sabe, puede que lo sean—; pero algo me dice que no, que esa melena y esas pestañas son naturales como ella.

Cómo disfrutaría perdiéndome en esos ojos.

Y esa boca…

Me la comería con glotonería, con ansia, hasta atragantarme.

No sé por qué tengo estos pensamientos, normalmente, no soy dado al

romanticismo, pero han surgido de la manera más natural, o debería decir… traicionera.

Cuando supe quién era su prometido…, creo que hice un gesto de asco. Se me anudó la garganta, pero no se dieron cuenta.

A pesar de todo, le haría el amor con avaricia pero con calma. Se lo haría muy despacio para estar toda la noche, para disfrutar de cada rincón, de cada curva de su cuerpo, para adorarlo y venerarlo, y después…

Devorarlo.

Lento…

Muy lento.

Para que cuando otro invada su cuerpo… se acuerde de mí.

Capítulo 1

Samantha

Acabamos de soltar los cinturones y la risa de Erica resuena por toda la cabina. Siempre he creído que lo hace aposta, que le gusta llamar la atención del modo que sea, con su físico o con sus risas escandalosas; en fin, ella es así desde pequeña. Mientras Erica se ríe, Beberly se toca con las manos el cabello rubio oscuro con mechas platino; lo balancea de un lado a otro y así le da algo más de volumen.

—Puedes estar segura de que mi familia no desciende de chimpancés —suelta entre risas, mirando a Erica y dando gracias a que las risas hayan bajado de intensidad.

Erica es una mujer potente que tiene muy claro lo que quiere, lo que le gusta, y a quien le encanta tomar el pelo a sus amigas, aunque las haga rabiar.

Mira a Beberly desde su asiento y mete baza con ganas, mientras se recoge la espesa cabellera rubia rojiza en un rápido moño. Soy consciente de cómo la mira Beberly, pues el cabello de Erica es natural, sin artificios de ninguna clase, extensiones, tinte ni mechas, igual que el mío, y siempre ha sentido un poco de pelusa. Como sé que también se alegra de las pecas que adornan su rostro y que Erica odia desde pequeña, aunque ya esté acostumbrada.

—Yo os puedo asegurar que… «yo» —remarca el pronombre— no desciendo de los chimpancés; si acaso, de los bonobos.

Pia, la más menuda, la más bajita de todas, ríe entre dientes.

—¿Y qué diferencia hay?

Me mira buscando una respuesta, pero es Erica la que contesta:

—¿Tú lo preguntas, Pia? Eres profesora, ¿no? —Es una pregunta retórica, de sobra sabe que sí. Todas nos conocemos desde primaria.

—Cariño, estoy con peques y todavía no les contamos nada de nuestro árbol genealógico —contesta mostrando una pequeña sonrisa al tiempo que hace un gesto con la mano para recolocar su corto cabello rubio detrás de la oreja.

—De nuestro ADN, querrás decir —añade Beberly mostrando su perfecta sonrisa.

—Sí, lo que tú digas.

Erica clava sus ojos verdes sobre mí y me ordena:

—Díselo, Sam, cuéntale porque yo desciendo de los bonobos.

No puedo evitar una sonrisa y, de paso, un movimiento de cabeza. Casi

me había olvidado de lo que entraña estar con mis amigas de toda la vida en la cabina de un avión… o donde sea. Menos mal que vamos en primera, y que estamos solas. Aun así, creo que las risas viajan por el pasillo hasta la zona turista.

—Los bonobos viven una vida voluptuosa —comienzo—, sumamente placentera, donde el sexo es imaginativo y muy productivo, y las que mandan son las hembras. Un verdadero matriarcado. Cuando surgen problemas del tipo que sean, pero en especial cuando aparecen grupos rivales, acaban montando una orgía y copulando unos con otros de manera desenfrenada.

La risa de Erica se deja oír por toda la cabina.

—¿Y los chimpancés? ¿No follan a diestro y siniestro? —me pregunta Beberly con un tono bajo y susurrante.

—Los chimpancés viven en grupos dominados por un macho brutal que intimida a todo lo que se mueve, especialmente, a las hembras; disfrutan con ello. Para colmo, practican un sexo aburrido y llenan el resto del tiempo haciendo incursiones asesinas a sus vecinos. Les encanta matar, la violencia la llevan intrínseca en su ADN.

—¡Vaya! No recuerdo haber estudiado eso en la uni —añade la rubia y espectacular Beberly.

Erica suelta una risa corta y añade con maldad:

—Estarías dándote las mechas.

—Ja, ja —ríe Beberly y termina sacándole la lengua.

Erica se acomoda en el confortable sillón, se coloca el antifaz y dice:

—Como soy de los bonobos, no me importaría tener en mi vida un gran macho chimpancé. Ya le enseñaría, paso por paso, lo que me gusta y cómo lo tiene que hacer. Y lo tendría practicando hasta que lo hiciese perfecto.

Ahora es Beberly la que mete baza:

—¿El qué? ¿El sacacorchos? —pregunta con ironía, viendo cómo Erica se quita el antifaz y la mira muy seria.

—El día que pruebes eso, querida mía, y te puedo asegurar que con tu marido no será, pues si él supiera ya te lo habría hecho, repito: el día que encuentres un hombre que te haga el sacacorchos… —hace una pausa dramática mientras esperamos la continuación— sentirás que el mundo se tambalea, tu clítoris vibrará como una campana gigante y tendrás que morderte la lengua o gritarás como una posesa y te encerrarán en un manicomio bajo siete llaves.

Pia se tapa la boca para ahogar la risa, yo me muerdo la lengua para no hacer lo propio y Beberly la mira con ojos asesinos, pues no hay nada peor para ella que alguna de sus amigas se meta con su esposo.

Aun así, Erica no se corta y añade:

—Tu cariñito es una monada, un encanto; no te enfades. Además, para

su descargo, te diré que, de todos los tíos con los que me he acostado, solo dos me han hecho el sacacorchos como es debido.

—¿Sí? ¿Y por qué no te has casado con uno de esos? —pregunta Beberly.

—Uno de ellos era mi ex, y tanto él como el otro eran una mierda en el resto de las cosas de la vida.

Ahora sí, ahora se coloca de nuevo el antifaz y se dispone a dormir mientras una sonrisa se dibuja en el rostro de Beberly.

—¿Veis? —dice bajando la voz—. El hombre perfecto no existe. Solo una aproximación, como mi Dereck.

No vamos a rebatírselo.

Nos disponemos a cerrar un rato los ojos.

El rato se alarga poco, pues el vuelo de Nueva York a Dallas se pasa en un suspiro, o en unas risas y unas cuantas estupideces. Después de dos horas y quince minutos, nos despierta la sensual voz de una azafata y nos comunica que nos abrochemos los cinturones, pues nos aproximamos al Aeropuerto Internacional de Dallas-Fort Worth.

Me llamo Samantha y soy fotógrafa independiente. Acabó de llegar de África, donde he pasado dieciocho días. Ha sido productivo, pues, al tiempo que hacía fotos en un resort en plena sabana a unas modelos altas, delgadísimas y monísimas para una conocida revista de moda, he aprovechado para hacer un reportaje para una revista de viajes exóticos y aventureros y para hacer un poco de turismo. Llevaba dos días en Nueva York cuando he vuelto a hacer el equipaje para este viaje a Dallas.

Sinceramente, no me apetece nada. Habría preferido descansar, holgazanear y planear mi próximo viaje, pero no podía hacerle eso a Pia. Se casa dentro de un mes y quería que pasáramos unos días las cuatro amigas juntas; una especie de despedida de soltera, en un rancho de Texas.

El rancho en cuestión es de un cliente de Brian, mi prometido. Parece ser que tiene varios, no solo en Texas, también en Colorado, en Nuevo México y en California.

Brian es bróker y gestiona activos de todo tipo, desde acciones, fondos de pensiones, y bienes raíces hasta activos líquidos. Resumiendo, una cartera de inversiones. Según tengo entendido, con este cliente en particular —y es el más importante que tiene—, se involucra en procesos de diseño, construcción, explotación y todo tipo de gestión de sus ranchos, porque aparte de tener ganado o reses —no sé cuál es el término más correcto— en todos ellos, también los dedica al turismo selectivo, muy selectivo, pues no todo el mundo puede permitirse una semana o unos días en uno de sus ranchos. De manera que Brian gestiona activos tangibles, como son los ranchos, e intangibles, como son las acciones en bolsa. En fin, cuando se

pone a explicarme su trabajo con los términos antes mencionados, más activos líquidos y no líquidos, revalorizables o no, rendimientos constantes, plusvalías, infoproductos, renta fija, variable, interés compuesto, etc., pongo el piloto automático y lo dejo que hable y hable; él piensa que es el tipo más inteligente del mundo y que yo tengo mucha suerte de ser su prometida. Claro que, como dice Erica: «¿Quién tiene más suerte, tú o él, que se va a casar con una de las herederas más ricas de Nueva York?».

Sí, es cierto. Más de una vez ha querido meter mano a mis inversiones, pero siempre le doy largas. Mi explicación es que los negocios, por un lado, y la relación de pareja, por otro.

Tengo veintisiete años y con veintiuno me entregaron una cuarta parte de la herencia que me dejaron mis abuelos maternos, que murieron en un accidente de avioneta un año antes de que cumpliera dicha edad. Quince millones de dólares. Cuando cumpla los treinta y uno, diez; a los treinta y ocho, quince millones; y a los cuarenta, el resto.

Estos datos numéricos no son conocidos por casi nadie, a excepción de mis padres, mis gestores y yo. Mis amigas saben que soy rica, mucho más rica que ellas, y mi prometido se huele un gran pastel, pero no sabe ni los pisos que tiene ni cuántas porciones se pueden sacar. Brian piensa que cuando nos casemos tomará las riendas de mis finanzas, pero está muy equivocado. Actualmente, vivo de mi trabajo; no he tocado ni un centavo de los diez millones, que siguen generando dividendos administrados por los mismos gestores que han llevado las finanzas de mis abuelos. Sigo viviendo en el dúplex de mis padres, en la Quinta Avenida. ¿Por qué?, porque nadie me molesta. Yo, arriba; ellos, abajo. Nos juntamos cuando queremos. Bueno, lo correcto sería decir que bajo cuando quiero y me subo cuando me apetece, pues mis padres, ni tan siquiera mamá, suben a fisgonear. Tengo acceso a la vivienda por el piso superior, así que es como si estuviera independiente. Cuando ellos tienen invitados ni aparezco, es algo que no me gusta, y a ellos no les disgusta, de manera que no tenemos problemas. El servicio externo —cuatro mujeres— llega a las ocho de la mañana y se va a las seis de la tarde, atendiendo las dos plantas, los cuatrocientos metros cuadrados en total.

Tengo dos hermanastros, hijos del primer matrimonio de mi padre, pero apenas hay relación; además, ambos viven en Europa, en Alemania, de donde es la madre.

Debido a mi profesión, viajo a menudo, y dichos viajes pueden ser de dos o tres días, una semana o más, como este último. Algo que tampoco le gusta a Brian y que piensa cambiar cuando nos casemos; no es que lo haya verbalizado, pero lo sé.

Se le nota.

Cada vez pienso más en ello, pues creo que no es la persona acorde a

mi carácter, a mi forma de ser. Me enamoraron su galantería, su caballerosidad, sus buenas maneras… En pocas palabras, su saber estar.

«Me enamoraron»… Difíciles palabras; al menos, fue lo que pensé en esos momentos.

Pero…

No sé, hay algo que no termina de gustarme, pues, debajo de todo ese brillo, creo que le falta algo.

Erica lo resumiría rápidamente: «Un hombre que no te hace vibrar en la cama… Olvídate, no es para ti».

Y sí, es así. No vibro, no he vibrado nunca; ni con Brian ni con otro.

No es que haya tenido muchos novios: el primero, en la universidad; después, otro; y luego, Brian. Encuentros casuales de una noche, de aquí te pillo, aquí te mato, ninguno. Ni tan siquiera con dos copas de más, tres o cuatro. Nada. Digamos que soy un poco áspera en ese aspecto, a lo cual Erica replica una y otra vez que ese comportamiento no es normal, usual, lógico ni sano en un mundo moderno, en una sociedad donde cada vez más y más se menciona el «empoderamiento femenino». Y, cuando le replico que dicho empoderamiento no es follar y follar, ella ríe a carcajadas y suelta: «Claro que sí. El empoderamiento femenino es hacer lo que nos dé la real gana, y si nos apetece actuar como los hombres, lo hacemos y punto».

No se explica cómo, con tantas salidas que hago, no me acuesto por lo menos con uno o dos en cada viaje. Dice que ella lo haría como lo más habitual, aunque solo fuera para tener más experiencia, para poder valorar, evaluar y comparar con lo que tenemos en Nueva York.

Ya no me escandalizo con sus palabras, pues ese comportamiento, esos pensamientos, se pusieron en marcha cuando perdió la virginidad a los dieciséis años y está convencida de que, cuantos más tipos conozca sexualmente, mejor podrá elegir.

En fin, dejando a Erica de lado —pues es un caso aparte—, creo que me encuentro en una encrucijada, y voy a tener que salir de ella de una manera u otra, pues la duda planea sin cesar y, para mí, el matrimonio no es una finalidad, no es una necesidad; sobre todo, cuando no lo tienes claro.

Miro el diamante de quilate y medio que se encuentra en el tocador, en un cuenco de mármol travertino y que, cada vez que me voy de viaje, ahí se queda. Incluso cuando estoy en la ciudad paso de ponérmelo, pero, por suerte, no lo olvido cuando me veo con Brian.

Contemplo la maleta vacía encima de la cama y todas las prendas que he sacado de los armarios para llevar a Dallas. Brian me ha dicho que tengo que llevar de todo, desde ropa básica para el día a día en un elegante rancho hasta ropa de noche para vestirse como corresponde, aunque ellos —los novios, maridos y futuros maridos— no estén con nosotras. Cojo las botas

tejanas que me he comprado esta mañana, las miro, vuelvo a mirar y doblo con fuerza las punteras para que no parezcan tan nuevas. Me dan ganas de embadurnarlas con algo para envejecerlas, pero al final las dejo como están. Son de color camel, con unos discretos bordados en color hueso; seguro que en cuanto las lleve un par de días se ensucian y parecerán más… viejas.

Capítulo 2

—¡Eh, Calder! —gritó uno de los vaqueros, alto como una torre, fuerte como un toro y ruidoso como una manada de vacas en estampida—. ¿Qué nena te gusta más? ¿Cuál te follarías primero?

Todos rieron al tiempo, pues no había preguntado cuál se follaría, no, sino cuál sería la primera.

Calder era un hombre con aspecto duro y con los ojos tan azules que impresionaban la primera vez que te fijabas en ellos; luego, procurabas no mirarlos demasiado para que no se fijaran en ti y no sentir algo así como… un movimiento de tripas.

—No lo sé, Ron. Es una pregunta muy complicada —contestó Calder fijando ese azul eléctrico en el rostro del gigante—. Creo que me gustaría montar una orgía con las cuatro. ¿Te imaginas? Mientras una me la estuviera chupando, yo jugaría con los chochitos de otras dos y me comería la boca de la cuarta.

Las risas de los hombres retumbaron en la sala donde se reunían para tomar café o el almuerzo.

—¡Hostia, Calder! A eso me apunto también —replicó el más grande y alborotador de los vaqueros que trabajaban en Agua Dulce, que para colmo era el capataz de todos ellos.

—Ni hablar. Con una polla es más que suficiente. La mía.

Todos volvieron a reírse, y todos se imaginaron al indio Calder follándose a las cuatro invitadas al rancho.

Efectivamente, Calder tenía algo de sangre india, de los primeros habitantes del área de Dallas, los Caddo, antes de que, en el siglo xvi, el Imperio español declarase el territorio como parte del Virreinato de la Nueva España. Y también corría por sus venas sangre española, que más tarde se juntaría con sangre irlandesa y escocesa, algo sumamente peligroso, como decía el gigante Ron Duff.

Liam Calder solo llevaba nueve meses trabajando en el rancho Agua Dulce, pero todos lo respetaban de forma llamativa. Tal vez fuera por su carácter serio y poco dado a bromas; por su experiencia con los caballos; por su dureza y aguante, o por su valentía y temeridad. El caso era que en nueve meses les había demostrado a todos que tenían un compañero que nunca los dejaría en la estacada, que nunca los metería en un atolladero ni escurría el bulto.

Su aspecto físico impresionaba, pues, cuando lo vieron la primera vez, todos, sin excepción, lo observaron detenidamente. Un tipo alto, metro ochenta y cinco, delgado pero con la musculatura precisa. Las ropas eran

las habituales: camisa de cuadros, vaqueros, botas tejanas…, pero lo que les llamó la atención fue su rostro. Esos ojos tan azules, tan llamativos, y su cabello negro azabache, brillante, liso y largo como el de un indio; bueno, tal vez, no tan largo. Cuando lo llevaba suelto, muy pocas veces le llegaba hasta los hombros, pero la mayor parte del tiempo lo sujetaba en una coleta con un cordel de cuero o incluso se hacía un retorcido parecido a un moño. La primera vez que lo vieron con ese peinado no dijeron nada, pero todos posaron la vista sobre el azabache más tiempo del correcto; cuando horas después, en campo abierto, conduciendo el ganado hasta zona de pasto, hubo un contratiempo y evitó que una serpiente de cascabel se lanzara sobre las patas del caballo de Larry. Todos —en especial, el bueno de Larry— admiraron sin palabras la acción del Indio, como lo llamaban cuando él no estaba presente.

Ya habían vislumbrado el comienzo de un tatuaje tribal que comenzaba en la muñeca izquierda; lo pudieron admirar algo más cuando, con dejadez, se remangó las mangas hasta el codo debido al calor. No había ni un trozo de piel libre, todo se enlazaba con todo y parecía subir. Solo en el brazo izquierdo, pues el derecho presentaba una piel bronceada, sin apenas vello, dejando ver una musculatura potente.

Cuando llegaron al lugar donde dejarían el ganado durante los próximos meses, Calder se quitó la camisa antes de dirigirse a la orilla de un pequeño riachuelo y los demás pudieron ver el tatuaje al completo. Desde la muñeca hasta el hombro, rodeando este y acabando en el omoplato izquierdo.

Ron no pudo aguantar más y preguntó:

—¡Cojones, Calder! Yo tengo un par de tatuajes, pero eso…

Calder lo miró y sonrió sin pronunciar palabra.

Se desnudó por completo y se dirigió al arroyo para darse un buen restregón y quitarse el polvo del camino.

No tenía más tatuajes, no más tinta negra que mancillase o realzase un cuerpo perfecto, pues ese hombre poseía todo lo que cualquier admirador o admiradora del sexo masculino pudiera desear.

No necesitaron tiempo para acostumbrarse al físico de ese hombre ni a su carácter, pues era algo que entraba por los ojos al primer vistazo y, con el paso de los días, supieron que había trabajado en otros ranchos de Colorado y California, que se había criado en el norte de Texas, que no tenía esposa, novia ni hijos y que poseía un talento especial para los caballos.

Cuando había invitados en el rancho, las tareas habituales de los vaqueros, incluso algunas extras, formaban parte del espectáculo y entretenimiento para dichos invitados y/o clientes, y, en este caso, deberían estar a disposición de lo que pidieran las cuatro invitadas.

—Bueno —gritó el grandullón de Ron, mirando a todos sus hombres—, bromas aparte, estas damiselas son muy importantes para el jefe; sobre todo, una de ellas.

—¿Cuál? —preguntó Larry mientras Calder miraba con pereza al capataz y también a sus compañeros.

—La morena.

—Mmmm —añadió Charly, un rubio de treinta años, alto, delgado y de ojos azules—. Esa es un bomboncito. ¿Habéis visto qué pelo tiene? ¿Y qué labios?

—¡Joder! Si están todas buenísimas —añadió un pelirrojo de ojos marrones llamado James.

Mike Turner, otro rubio, pero más oscuro que Charly, y con ojos azules tan claros que parecían agua, se agarró el paquete y exclamó:

—¡Hostia puta! Se nos va a empalmar a la primera de cambio si tenemos que estar subiéndolas a un caballo y bajándolas.

Ron sonrió, pero al momento puso el gesto serio.

—Por la noche, si queréis, os la meneáis a la salud de todas, pero ni se os ocurra tomar confianzas con ninguna; y por supuesto nada de sobrepasaros ni verbal ni físicamente. No digáis que no estáis avisados.

—¿Y si son ellas las que quieren…? —Mike Turner sonrió.

—Sabéis de sobra que ese es un tema delicado, y como están las cosas hoy en día…, te puedes meter en un puto embolado si una mujer te tienta y luego dice que dijo no. Así que os lo dejo a vuestro criterio, pero desde luego yo pasaría del tema… Aunque me metieran un pezón en la boca.

Todos rieron la gracia, menos Calder, que solo mostró un comienzo de sonrisa torcida.

John Kessler, un moreno de ojos verdes y el más bajo de todos, pues no llegaba al metro ochenta, hizo la pregunta requerida:

—¿Y qué pasa con la morena?

Ron se frotó la mandíbula y la incipiente barba sonó de fondo.

—Esa chica es la prometida del que lleva las finanzas del jefe.

Todos estaban tan atentos a lo que decía el capataz que no se dieron cuenta del ligero movimiento que hizo Liam Calder, de cómo sus misteriosos ojos se clavaron en la figura del gigantón.

Sacó un paquete de cigarrillos y cogió uno. Despacio, lo encendió y, lentamente, aspiró el humo y lo fue soltando mientras oía las siguientes palabras:

—Van a pasar cuatro o cinco días y, seguramente, para el viernes o el sábado vendrán las parejas de las chicas para dar por concluido el fin de semana.

—¡Joder! —exclamó James—. Odio estos putos eventos que solo nos ocasionan problemas.

—Gracias a estos putos eventos, nosotros cobramos todos los meses —replicó el capataz—. ¡Venga! Cada uno a sus tareas.

Todos se dispersaron, menos Calder, que esperó al ver la seña que le hizo Ron.

—Tengo que encargarte un trabajo.

—Tú dirás.

—Un trabajo de niñera. —Las duras facciones de Calder no mostraron nada, su rostro permaneció como casi siempre, serio y un tanto cortante—. Eres el que menos tiempo lleva aquí, pero, después de pensarlo despacio, creo que eres el más adecuado para esto. —Hizo una pausa esperando por si preguntaba algo, pero, en vista de que seguía en silencio, continuó—: Verás, se trata de la morena, la novia de Kozeny… Es fotógrafa y parece ser que quiere aprovechar la estancia para hacer un reportaje del rancho y alrededores. Las fotos de las instalaciones y de la casa no me preocupan, pero quiere ver las tierras y fotografiar el río desde diferentes ángulos o perspectivas, o como cojones sea eso. —Calder seguía en silencio—. ¿No vas a decir nada, hostia? —preguntó molesto ante la frialdad del otro.

—¿Qué quieres que diga? Todo está claro como el agua; cuantos más datos me des, mejor.

Ron solo tenía cuarenta y dos años, pero su cabello era gris, al igual que sus ojos, y su barriga proporcionada con sus anchas espaldas y su altura le echaba algún año más.

—Bueno, te diré todo lo que sé, todo lo que me ha dicho el gran jefe por teléfono. La chica es una rica heredera, muy rica. Vive en la Quinta Avenida a todo trapo, pero, a pesar de que está forrada, trabaja. Y viaja mucho por todo el mundo por sus trabajos haciendo fotos, ya sabes. —Calder afirmó moviendo apenas la cabeza—. El caso es que tienes que llevarla adonde te diga y protegerla. Que no le pase nada… Que no se caiga y se rompa la crisma, que no la muerda una cascabel o le pique un alacrán. No sé cómo será de ñoña, no tengo ni puta idea, pues el jefe no la conoce y no me ha ampliado más el tema.

Hubo unos segundos de silencio.

—De acuerdo —añadió Calder.

—Ahora te daré mi impresión, pues he hablado esta mañana con ella.

Hubo otros segundos de silencio y Ron esperó a que el Indio dijese algo.

—Soy todo oídos.

—Creo que es la más seria de todas, la más formal, o… la más cerrada. Y… es…, cómo decirlo… Es muy fina.

La penetrante mirada azul no se despegó del rostro del capataz.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues… eso. Que es una señorita de los pies a la cabeza, pero no es

ninguna tontina, ninguna cursi de esas que van con la muñeca bamboleándola.

—Entonces, ¿no es una ñoña?

—No, no me ha dado esa sensación —le contestó muy serio.

Calder no lo pudo evitar y mostró una gran sonrisa, dejando ver una dentadura blanca y fuerte.

—Sí, cojones. Ya me entiendes, ¿no?

—Quieres decir que es una mujer con los pies en la tierra, que trabaja porque le gusta y que, seguramente, no estaría aquí de no ser por alguna de sus amigas.

—¡Hostia, sí! ¿Cómo lo has adivinado?

—Es lo que he deducido por tu explicación.

—¿En serio? —El aludido no contestó, pero no dejó de mirarlo—. Bueno, el caso es ese. Ella monta, por descontado, para eso es una heredera, y en Nueva York tendrá caballos y cuadras en algún club selecto. Lo que no sé es cómo, de qué manera y con qué caballos, así que eso también tendrás que controlarlo. Por lo pronto, ya ha elegido montura.

Calder elevó las cejas.

—¿Y qué caballo ha escogido la señorita?

—A Rufián.

—No está mal, nada mal. Si se permite el lujo de elegir caballo, es que sabe lo que se hace.

—Esperemos que no te dé problemas. Después del almuerzo quiere salir y estar de vuelta para la cena con sus amigas. Estas estarán echando la siesta o en la piscina.

—Espero que no se desmaye. A esas horas rondaremos los treinta y cinco grados —añadió Calder.

—Según me ha dicho Obregón, acaba de llegar de África de un trabajo; no creo que se vaya a desmayar —zanjó con una sonrisa.

—¡África! Vaya con la heredera.

Capítulo 3

Samantha

Dejo a las chicas eligiendo los bikinis que van a ponerse y las lociones protectoras que van a untarse. Erica refunfuña porque me voy a hacer fotos, dice que soy una adicta al trabajo y que hemos venido para pasar un tiempo juntas.

—Volveré enseguida, cariño. Solamente es una toma de contacto. —Le guiño un ojo y me dirijo hacia la escalera de mármol blanco y una preciosa barandilla de hierro forjado.

El rancho es una preciosidad. Acogedor, lujoso, bonito, con detalles por todas las estancias para hacerlas confortables y deleitosas para los ojos. Ya he hecho varias fotos y aún haré algunas más de la casa. Pero me apetece salir, que me den el aire y el sol, pero no precisamente en la piscina. Ya tendré tiempo mañana. Ahora lo que me interesa es el entorno, la zona ligeramente boscosa y la ribera del río.

Quería ir sola, a mi aire, pero el capataz —un gigante de casi dos metros, encantador, todo hay que decirlo— me ha dicho que, sintiéndolo mucho, eso es imposible. Que tengo que ir acompañada pues si me pasara algo él sería el responsable y acabaría de patitas en la calle o algo peor. No he necesitado más explicaciones y doy por hecho que detrás de esto está Brian y, tal vez, ese tal Alfred Obregón Ross, el dueño de todo esto y que todavía no conozco.

No quiero dar problemas, de manera que no pongo pegas y me dirijo al establo para montar el caballo que me han permitido elegir, un AraAppaloosa, un cruce entre Appaloosa y árabe de precioso pelaje moteado que me llamó la atención nada más verlo en los establos, y, de paso, conoceré al que será mi guardián durante esta salida. Espero que no sea hablador y haga como si no estuviera.

Oigo el sonido que hacen mis botas al pisar la grava y noto el calor que me provocan botas, calcetines, vaqueros y camisa de manga larga. Los vaqueros no son ajustados, y los llevo con cinturón para evitar que se muevan demasiado. La camisa es fina, de color rosa chicle que contrasta con mi piel morena, y mi cabello… ¡Ay, mi pelo! Mi larga y espesa melena la llevo recogida en una coleta alta y luego enrollada alrededor para evitar el tremendo calor que me da.

A la espalda llevo mi ajada, querida e inseparable mochila de cuero marrón, superblandita por el uso y supermona. Ahí van dos cámaras, una botella de agua, una barrita de cereales, unos frutos secos y el móvil. En un

principio, pensé en dejarlo en la habitación, pero cambié de idea.

Cuando llego al enorme establo rojo, entro y me dirijo al box donde está Rufián, aunque antes de llegar me paro en seco. Al lado de la puerta, acariciando la pequeña cabeza del animal, se encuentra un hombre, un vaquero, que supongo que es el que vendrá conmigo.

Mis ojos recorren el alto cuerpo en unos segundos, y miro ese rostro bronceado, el cabello negro, largo, recogido en una coleta y esos ojos tan extraordinarios que me miran sin pestañear.

—Hola. —Son las únicas sílabas que salen de mi boca.

—Buenas tardes. ¿Es usted Samantha?

Qué voz más sexi tiene.

—Sí, pero puede llamarme Sam.

—Yo soy Calder, Liam Calder.

Tontamente, muestro una sonrisa y veo cómo esos ojos azul eléctrico bajan hasta mi boca, mirándola hasta que la cierro.

—Perdone, es que me he acordado de Bond, James Bond.

Ese hombre tan masculino, tan atractivo, no se ríe, no le hace gracia… mi gracia.

—Hace bastante calor; si lo prefiere, podemos ir en una furgoneta —me dice secamente.

Su voz es sumamente… erótica, todo hay que decirlo. Es muy viril, ligeramente ronca y… ¡Ah, por Dios! No seas tonta, ni lo pienses. Bueno, al menos, no lo verbalices… Pero me produce cierto nerviosismo.

—Prefiero montar si no le importa.

—Usted decide. A mí me da lo mismo.

Vaya, lo que tiene de atractivo lo tiene de antipático.

Se gira y se dirige hasta donde está su montura, un caballo Mustang. Monta en el acto y, sin dejar de mirarme, espera que yo haga lo mismo.

Procuro no titubear y, sin quitarme la mochila que llevo a la espalda, monto a la primera y doy gracias por no hacer el ridículo, porque hace un par de meses que no me subo a un caballo y, bueno, olvidarlo no lo olvidas, pero Rufián tiene una alzada considerable para ser AraAppaloosa, y no habría sido de extrañar que no lo hubiera conseguido a la primera.

Ese hombre tan misterioso mueve sus piernas para que su caballo se acerque hasta mí y me taladra con ese azul tan… exageradamente azul.

—¿Quiere algo en especial? ¿O prefiere seguirme?

Me desconcierta y, como una tonta, me quedo mirándolo. Su rostro, ese cabello negro como ala de cuervo, esos ojos misteriosos, la boca demasiado atractiva, adornada por el comienzo de una barba oscura y cerrada, los hombros anchos…

—¿Hay algo que no entiende? —me pregunta mirándome como si fuese boba.

Despierto de una y muevo la cabeza tontamente haciendo que el recogido se desmorone y la coleta quede libre, a su aire, y siendo consciente de cómo sus ojos miran el despilfarro de mi pelo.

—Perdone, es que… estaba pensando en otra cosa. Sí, sí, le sigo, faltaría más.

Vuelve a taladrarme con la mirada. Seguro que piensa que soy una niña rica, tonta, creída y malcriada.

Se coloca su sombrero Stetson, de color claro y bastante sucio, y se pone en movimiento; yo hago lo propio al tiempo que pienso que no llevo sombrero ni tampoco he metido una gorra en mi mochila. Menudo fallo.

Salimos del establo y se dirige hacia el sur mientras me fijo en sus botas, con espuelas de plata, y en el rifle que lleva en el lado izquierdo de la silla, en una funda de piel. Soy rápida observando los detalles y veo que lleva guantes y que, con las mangas largas de la camisa vaquera, no deja ver piel ninguna, y no sé por qué motivo quiero ver las manos de ese hombre. Cuántos años tendrá… Le hecho treinta largos, treinta y tantos… Bueno, tal vez, treinta y pocos; el trabajo al aire libre puede envejecer más de la cuenta.

Pasamos por las instalaciones del rancho, un pabellón que supongo será para uso de los vaqueros, pero no voy a suponer, quiero saber. Me pongo a su lado y aguanto esa mirada.

—¿Le puedo hacer unas preguntas?

—Adelante —contesta sin apenas mirarme.

—¿Qué esa edificación?

—El pabellón de los vaqueros. Una zona es de descanso y la otra es donde se encuentran todos los aperos, prendas de ropa, armas y demás.

—¿Armas?

—Sí —contesta. Vuelve la cabeza y ahora sí me observa con atención —. ¿Quiere verlo?

La pregunta me pilla desprevenida.

—¿Puedo? —El vaquero muestra una sonrisa que me deja patidifusa.

¿Estoy excitándome? No es posible, pero esa boca me ha dejado atontada. Uno dientes blancos y fuertes, una sonrisa hermosa, preciosa, sexi.

¡Uf!

Como él no dice nada, solo me mira con esa sonrisa, añado:

—Quiero decir que, si están los hombres ahí, no quiero molestar. No es mi intención incordiar a nadie.

—Sí, algunos están en la zona de descanso. Pasaremos al otro lado. Vamos —ordena, y dirige el caballo hacia una zona de sombra. Baja, lo ata a una anilla de cáñamo, que a su vez está atada a una argolla de la pared, y espera a que yo baje. No hace amago de ayudarme, solo espera. Coge la

cuerda de Rufián y lo ata en otra anilla; me fijo en que, para evitar que el caballo deshaga el nudo con los dientes, pasa el extremo de la cuerda a través de la lazada.

Se dirige a la entrada, abre y me cede el paso. La puerta no es muy ancha, y él la sujeta ocupando un espacio considerable. Me deslizo y, sin querer, rozo con el hombro su pecho, siendo consciente de su altura y su virilidad, y vuelvo a sentir algo demasiado sensual para mi forma de ser.

Nos encontramos en una sala grande, típicamente ranchera, llena de aperos de todo tipo: sillas de distintos tamaños, cinchas, estribos y sogas de distintos grosores que ocupan lugares estratégicos y adornan las paredes.

—¿Puedo hacer algunas fotografías?

—Doy por hecho —hace una pausa sin dejar de mirarme— que puede hacer lo que quiera.

Maldita sea, creo que estoy poniéndome colorada. Me muevo ligera y me quito la mochila para sacar una de las cámaras. La primera que saco es la digital; da lo mismo. Haré cuatro o cinco fotos y saldremos de esta estancia en la que, a pesar de ser grande, hace calor. Siento que mis axilas comienzan a mojarse a pesar de llevar desodorante.

Al final hago diez y, cuando la guardo y me dirijo hacia la puerta, su voz hace que pare y me gire para enfrentarlo.

—¿No ha traído nada para cubrirse la cabeza?

—No. He olvidado la gorra en mi habitación.

Él mueve apenas la cabeza, se quita los guantes, los introduce en la cintura de su vaquero y se dirige hacia un armario.

—Venga.

Abre las dos puertas y veo una colección de sombreros vaqueros, usados pero limpios, y debajo otra colección de botas vaqueras de distintos colores.

—Coja uno. En la furgoneta no es necesario, pero a caballo, con este calor… Si no lleva sombrero, no salimos.

Sus palabras no son amables, tampoco son hoscas, simplemente, es una advertencia, una orden, un hecho.

Miro la colección de sombreros y no sé cuál coger. Él ve mi duda, y una mano se dirige hasta uno de color crema, lo coge y me lo da.

—Espere, por favor. Llevo la coleta demasiado alta.

Me suelto el cabello y vuelvo a hacerme una coleta baja, que doblo sobre sí misma para que no me moleste en la espalda. Soy consciente de que este hombre no deja de mirarme ni un segundo, sin decir palabra, pero sin perder detalle. Por fin, me coloco el sombrero y compruebo de manera satisfactoria que no me queda grande, que se acomoda a mi cabeza pequeña, aunque tenga tanto pelo.

—Vaya, le queda bien.

Elevo la mirada y clavo los ojos en los suyos.

—Gracias.

Intento ser amable —bueno, no lo intento, lo soy por naturaleza—, pero este hombre me pone nerviosa.

—Le aconsejo que se lo quede por si quiere salir más veces. Cubre mejor que una gorra.

—Sí, tiene razón.

Voy a mostrarle una sonrisa, pero, antes de que eso ocurra, se dirige hacia la puerta, que mantiene abierta para que salga. A pesar de que hago todo lo posible por no rozarme con él, no lo consigo, y llega hasta mi nariz un ligero aroma a espuma de afeitar.

Antes de subir a los caballos me fijo en una instalación.

—¿Qué es eso?

Él mira hacia donde yo miro.

—Una ducha.

—¿En serio? ¿Es una ducha abierta? ¿La puedo ver?

Él no contesta. Se dirige hasta la ducha en cuestión y yo lo sigo.

Es un recinto cuadrado de madera, con una altura de algo más de dos metros, sin techo, y —lo más curioso y original— con un árbol dentro, en una esquina. Entramos por una apertura que no tiene puerta y veo una ducha grande en el centro de una de las paredes, justo donde se encuentra el árbol en una esquina. El suelo es de tierra, y la zona de la ducha tiene unos baldosines de un metro cuadrado.

—Vi una muy parecida en África —digo mientras miro la madera—. ¿Qué madera es? ¿Alerce?

—Sí. Tiene mucha resina y aguanta bien la humedad.

—¿Y el árbol? ¿Es un roble?

—Sí, un viejo roble que lleva aquí más tiempo que el rancho.

—¡Vaya!

Dejo de observar lo que me rodea y elevo los ojos para mirar a ese hombre.

—¿La utilizan ustedes?

Él fija la mirada en mi boca cuando hablo y, cuando dejo de hacerlo, mira mis ojos.

—De vez en cuando. Usted puede utilizarla cuando quiera. Por la noche, los muchachos no están por aquí. —Me mira de una forma…, cómo decirlo…, penetrante, intensa o… son imaginaciones mías—. Es un buen momento para darse una ducha y refrescarse.

No sé por qué sale esta pregunta por mi boca, pero sale, la hago:

—¿Usted tampoco está?

Dios del cielo, ¡cómo se te ocurre preguntar semejante cosa!

Pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Me mira sin decir nada, sin pestañear, y yo no puedo aguantar su mirada.

—Bueno —digo como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera hecho esa pregunta tan fuera de lugar. Estará pensando lo peor de mí—, ¿nos ponemos en marcha?

Doy media vuelta y me dirijo hasta donde están los caballos, pero notando su mirada clavada en mi espalda y, no sé por qué motivo, meneo el culo más de lo normal. Al momento oigo sus pisadas, que me siguen.

Y sigo moviendo el culo como si fuese una buscona.

Un rato más tarde, diez o doce kilómetros más al sur, he disparado más de treinta fotografías. No todas serán buenas, pero necesito verlas con calma y curiosidad, pues a veces de una foto mala he hecho algo interesante, algo original.

Hacemos una parada y nos sentamos en el suelo, debajo de un árbol, otro roble, donde él me da agua de su cantimplora, que para mi sorpresa está fresca y la disfruto sin reservas.

—¡Ah, qué maravilla! Gracias. —Dejo caer la cabeza hacia atrás, mostrando mi cuello y mi escote, y doy otro trago dejando que unas gotas resbalen por mi piel y desaparezcan por el canalillo. No soy tetona, como Erica con sus grandes pechos, o como Beberly, con sus bolas de silicona; mis pechos son tirando a pequeños, pero están muy bien puestos. Duros y tiesos, sin que la ley de la gravedad se haya cebado con ellos. Muchas veces voy sin sujetador, pues los pezones apuntan al cielo, pero con blusas finas como la que llevo me parece demasiado escandaloso; de hecho, me he puesto un sujetador deportivo para llevarlos más protegidos.

Saco de la mochila una barrita energética y se la ofrezco a Liam. Él la mira como si fuese un bicho raro.

—¿Eso es lo que come? —pregunta con semblante serio.

—Solo de vez en cuando.

Se levanta y se dirige hacia su caballo mientras se remanga. Saca algo de la alforja que se encuentra al lado del rifle y vuelve hasta mí. Mis ojos miran la bolsa de tela de donde saca un trozo de pan, queso y unas nueces, pero lo que en realidad miro es el antebrazo izquierdo, cubierto con un tatuaje negro, tribal, que no deja un hueco libre. Deslizo la mirada sobre el otro para recorrer los fuertes músculos y las venas que se marcan con fuerza; distingo la arteria cubital y la radial y la vena cefálica, que sube desde la mano hasta el hombro, y deseo ver ese torso, descubrir hasta dónde llega el tatuaje. Deseo saber por qué lo lleva. Me llama la atención su vello negro, suave y poco poblado para ser tan moreno, y me gustaría ver…

Él es consciente de mi forma de mirarlo.

—¿Quieres un poco? —Es la primera vez que me tutea y lo miro como

si nos conociésemos de mucho tiempo, pero no es así.

Cojo un poco de pan y un trozo de queso y me los como con ganas mientras él hace lo mismo, mientras nos miramos sin pronunciar palabra.

—¿Se puede saber su origen? —pregunto mientras señalo con la mirada el tatuaje.

—Es de origen celta.

—¿Lo puedo ver?

Parece sorprendido y divertido.

—¿Deseas que te lo muestre? —Afirmo en silencio—. ¿Quieres fotografiarlo?

—Si me dejas.

—No, no te dejo.

Elevo los hombros ante esa negación.

—Vale, pues solo verlo.

—¿No has visto ninguno?

—Tan cerca…, no.

—¿Nadie de tu entorno tiene un tatuaje? —pregunta mientras sus dedos desabrochan la camisa.

—Pequeños, poca cosa. Nada como lo que tú llevas —contesto mientras los dedos hacen su trabajo. Voy vislumbrando el comienzo de algo que me produce mucho interés y que, para mi asombro, no trato de esconder.

La camisa está desabrochada, la abre, se la quita, y yo no puedo despegar los ojos de ese poderío masculino. El tatuaje es llamativo, pero lo es más por lo que hay debajo. Si esos dibujos y espirales que circundan el brazo, que rodean el hombro, estuvieran en un cuerpo fofo, flaco o a medio muscular, no sería lo mismo, no llamaría la atención de la misma forma.

Por Dios, qué belleza.

—Es una maravilla —murmuro de manera entrecortada.

Él me mira de la misma forma y, en ese momento, lleva la mano derecha hasta mi cara y me acaricia la mejilla.

—Tú sí que eres una maravilla. —Ha susurrado las palabras, ha oscurecido la voz mientras la suavidad de su mano me ha puesto los vellos de punta.

¿Todos los vaqueros tienen las manos tan suaves?

Capítulo 4

He despertado de golpe, pues me he sentido como en un sueño contemplando ese cuerpo, sintiendo esa caricia y atontada con esa voz. Pero, a pesar de que quiero separarme, no lo hago. A pesar de que no debo dejar que ciertas cosas sucedan, no hago nada para evitarlo y veo cómo baja la cabeza, cómo acerca su boca, cómo se abre y cómo se posa sobre la mía. Noto su mano, que se desliza hasta mi nuca para dirigir los movimientos, para que no me retire, para comerme la boca. Y no sé cómo, de qué manera, me siento embriagada, pues sus besos me emborrachan, su lengua me inunda y sus labios me succionan de la manera más suculenta, más adicta, más provocadora.

¿Alguna vez un hombre me ha besado así?

No, nunca.

Deja de besarme para mirarme.

—Eres preciosa. Eres tan bonita que me atontas.

Yo soy la que está atontada, soy la que se encuentra en una nube mientras siento sus dedos desabrochando la fina camisa y me acuerdo del sujetador que llevo, pero es demasiado tarde, él ya lo ha visto. No dice nada, fija la mirada en los ganchitos delanteros del nada sexi sujetador color visón y lo desabrocha para dejar libres mis pechos.

Mis pezones están erectos, gordos, y los senos los siento hinchados. Él los acaricia con una lentitud pasmosa.

—Tienes unos pechos perfectos. El tamaño justo. —Creo que mi respiración se ha amplificado muchos decibelios—. Firmes y tiesos, una obra de arte… Los más bonitos que he visto.

¡Oh, Dios!

Baja la cabeza y rodea un pezón con la boca.

Me contraigo, contengo la respiración al sentir el interior de esos labios, la lengua que lo envuelve y acaricia.

Lo chupa, lo lame, lo succiona, y todo eso hace que me tumbe en la tierra, que empine los pechos, que se los ofrezca para que haga con ellos lo que quiera.

No quiero pensar en lo que estoy haciendo, en lo que estoy dejándome hacer; quiere penetrar por una rendija del espeso placer que siento, pero no dejo que entre, no quiero que entre, pues esa boca sigue jugando con mis pezones y siento que una mano se acopla encima de mis vaqueros, encima de mi sexo, tocándolo, haciendo coincidir la costura de la entrepierna con mi clítoris.

Pero de golpe, como si me hubiesen dado una bofetada para despertar

del sopor que tengo, siento un espacio vacío, una ausencia total. Su boca ya no acaricia mis pechos, su mano ya no está en mi entrepierna… y, como en una nebulosa, oigo:

—¡Calder!

Abro los ojos de golpe para ver cómo ese hombre magnífico está de pie, cómo me mira y me ofrece la mano mientras la otra se la lleva a los labios y hace el gesto del silencio.

Señala con un movimiento de dedos para que me esconda en una determinada dirección y se aleja de mí al tiempo que se pone la camisa, la abrocha y se la mete por dentro de los vaqueros, todo en unos segundos, para dirigirse hacia la voz que ha gritado su nombre.

—¿Cómo lo llevas, tío? He visto los caballos y me he acercado. ¿Necesitas algo?

—Paciencia. ¿Llevas de eso en las alforjas?

El vaquero ríe de manera discreta.

Mientras escucho la conversación, me arreglo la ropa, sintiendo las mejillas acaloradas y que la temperatura de la tarde ha subido cuarenta grados.

No entiendo cómo he participado en esto, cómo me he dejado tocar y besar de esa forma.

Es impropio en mí, de mi carácter.

Yo no soy así.

Las palabras del intruso me llenan los oídos:

—Estas señoritas son de armas tomar. He tenido que pasar a la casa para dejar un paquete y me he topado con la rubia pelirroja. Hostia, iba en bikini, minúsculo, y sus tetas se bamboleaban de un lado a otro. Y me ha mirado… ¡Joder!, pasándome revista. Juraría que ha clavado la mirada en mi entrepierna.

—Ten cuidado, Larry. Si te pilla una de esas, te puede dejar seco.

La risa del tal Larry se deja oír entrecortada.

—Si se entera Ruby, me corta los huevos —casi murmura, pero lo oigo—. ¿Dónde está?

—Haciendo fotografías. Parece que quiere fotografiarlo todo.

—Ten cuidado de que no se caiga al río o que ande un caimán por las proximidades y tengamos un disgusto. —Ahoga una risilla.

—¿Quieres hacer de niñera?

—Ni hablar. El jefe te lo ha encargado a ti. Es tu problema.

—¿Adónde vas?

—A casa. He terminado mi turno. Hasta mañana, Calder. Que te sea leve —zanja con una risilla, alejándose el sonido de su voz.

Oigo los cascos del caballo.

Oigo cómo se aleja.

Al momento, está enfrente de mí.

Me mira como si fuese la primera vez que me ve o como…, como si no quisiera verme. Esos ojos tan exageradamente azules contrastan con la piel bronceada, con ese cabello negro y con su gesto duro.

—¿Vas a hacer más fotografías? —La pregunta sale seca, hosca.

Tengo que elevar la mirada y echar la cabeza atrás para ver sus ojos. No soy muy alta, aunque tengo las piernas largas y puedo engañar, pero mido metro sesenta y seis y, con los tacones de las botas, llegaré al metro setenta.

¿Cuánto medirá este tío?

Debe de ser como Brian más o menos.

De repente, me siento tímida y ligeramente abochornada.

—¿Hay caimanes en el río?

Me mira sin decir nada y, al poco, me contesta:

—Alguna que otra vez aparece alguno.

—Vaya.

—¿Más fotos? —vuelve a preguntar, y no sé cómo comportarme después de lo que ha pasado entre nosotros, de lo que me ha hecho, de lo que ha interrumpido ese tal Larry.

—Me gustaría hacer unas cuantas de noche —contesto.

No sé por qué.

«Eres idiota».

—De noche —repite sin dejar de observarme.

Muevo la cabeza ligeramente y la coleta rebota sobre mi espalda.

Se acerca más. Casi se rozan nuestros cuerpos y siento una corriente eléctrica que me invade.

—En la ducha en la que hemos estado pueden hacerse unas magníficas fotos del cielo estrellado.

No pestañea. Su penetrante mirada me abrasa, y eso que acaba de decir…

—¿No habrá nadie?

—Si vienes después de las doce, no.

Se me acelera la respiración.

—Tal vez…

Se hace un silencio mientras nuestras miradas no se despegan. Tal vez está pensando si continuar con lo interrumpido o dejarlo para más tarde.

Tal vez.

—Bien. Ahora, vámonos.

Me siento decepcionada, pues esperaba algo más.

No es que piense que soy irresistible, pero…

¡Maldita sea, este hombre me ha puesto ansiosa!

Me ha hecho sentir…

Recojo mis cosas, él las suyas y nos dirigimos a los caballos. Monto de

una, sin mirarlo, sin decir palabra y con el sombrero que me ha dejado calado hasta los ojos.

En cuestión de treinta minutos estamos en los establos. He ido todo el tiempo detrás de él, a medio galope unas veces y a galope otras, y cada poco tiempo giraba el cuerpo para mirarme. Desmonto en un periquete y, viendo que se acerca un vaquero para atender el caballo, me vuelvo hacia él y le doy el sombrero.

—Gracias. —Mis ojos se clavan en los suyos.

Él no contesta, pero me roza los dedos al agarrar el ala del sombrero.

Salgo de los establos y en lo único que pienso es en darme un baño en la piscina, un baño refrescante, lo más refrescante posible.

Cuando estoy subiendo a la habitación para dejar la mochila y cambiarme de ropa, Erica me intercepta.

—Cuenta. ¿Qué has hecho?

Lleva un caftán corto blanco trasparente y debajo un minúsculo bikini negro. El tal Larry tiene razón, es sumamente pequeño.

—Fotos. Pero… creo que he hecho pocas. Haré más en los días que nos quedan.

—¿Has ido con el Indio?

Acabo de abrir la puerta de mi habitación, entro y ella me sigue.

—¿El Indio? —preguntó mientras atravieso el pequeño vestíbulo y llego a la lujosa habitación.

—Sí, no te hagas la tonta. Ese vaquero de pelo negro y ojos azules que está más bueno que un pastel de manzana.

No puedo evitar una carcajada. Comparar a ese hombre con un pastal de manzana.

—¿Es indio? —pregunto mirándola a los ojos, unos ojos verdes chispeantes, preciosos.

—No lo sé. Pero se ve que ese es su apodo. Si no fuese por esos ojos, podría serlo. Dios, qué guapo es. ¿Qué has hecho con él?

—¿Cómo que qué he hecho con él? Me ha llevado hasta cerca del río y he hecho fotografías de lo que me ha gustado.

—De él también, supongo.

—Pues supones mal.

—¡Qué tonta, nena! No vas a aprender nunca. Podrías haberle sonreído un poquito, haber meneado ese culo sexi que tienes y habértelo tirado.

—Por favor, Erica.

Me desnudo en un momento y enredo en mi equipaje buscando un bikini, al tiempo que oculto el rostro por si acaso me he puesto colorada.

—Tienes armarios, Sam. Vamos a estar varios días.

—Lo sé. Es la costumbre.

Erica está admirando mi cuerpo, como siempre.

Dice que tengo el mejor culo que ha visto en una mujer, que mis pechos son de la medida justa para que la mano grande de un hombre los contenga sin que se desborden, que es imposible que estén más duros y tiesos y que tienen forma de gota o lágrima, como los que ponen los cirujanos, que Beberly se los podría haber puesto así en lugar de haber optado por los redondos, que la hacen más vulgar.

Es gracioso que utilice ese término cuando sabe de sobra que la más vulgar de las cuatro, en comportamiento me refiero, es ella. Pero la quiero.

—Tendría que darme una ducha rápida. He sudado —me quejo más para mí.

—Te la das en la del jardín antes de zambullirte en la piscina. Además, tú siempre hueles bien, es como si sudaras agua de rosas.

No puedo evitar reírme, pues eso es una mentira como una casa.

—¡Joder, Sam! ¡Cómo demonios puedes estar tan buena!

Erica es así, lo suelta como lo piensa. Pero, bueno, lo cierto es que no me quejo. Estoy contenta con lo que tengo y procuro cuidarlo.

Me pongo un bikini celeste, tan minúsculo como el de Erica, y no puedo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes?

—De nuestros bikinis. ¿No los había más pequeños?

Ella muestra esa hermosa sonrisa.

—Si los hubiera habido, estarían adornando nuestros preciosos cuerpos.

—¡Venga! Vamos a la piscina. Estoy ardiendo.

Ni me molesto en coger una camisola o un caftán. Quiero mojarme, quiero nadar, quiero jugar y, después, tostarme al sol.

Dos horas más tarde, oigo a las chicas que me llaman, que suben a las habitaciones para prepararse para la cena. Les digo que voy enseguida.

Me estiro con pereza, me recreo en mi propio placer y recuerdo lo que ha pasado esta tarde con ese hombre.

Quiero ir.

Lo deseo.

Estoy tan deseosa que no me reconozco.

Vuelvo a estirarme y, seguidamente, contemplo mi cuerpo. El dorado está más acentuado después de esta sesión de sol y agua. Miro mis pechos y suelto la tira de la espalda del bikini y la ato al cuello. Me gusta tomar el sol. No es que lo haga a menudo, pero, cuando lo hago, lo disfruto y, encima, como me bronceo tan rápido me luce más. En el viaje a África lo tomé un par de veces, solo cuando las modelos lo hicieron y los trabajadores del resort no estaban por los alrededores.

Me levanto de la tumbona y miro que el bikini esté en su sitio, que lo poco que tapa, tape lo que tiene que tapar, y… pienso en la noche que está

por llegar.

Pienso en él.

Capítulo 5

Calder vivía en un motel, a unos diez kilómetros de la casa del rancho. Podría vivir en el pabellón —y, de hecho, más de una vez había hecho noche—, pero le gustaba tener un lugar más alejado del trabajo. Podría haber alquilado una casa en el pueblo más cercano, a veinte kilómetros, donde vivían los otros con sus respectivas familias, pero algo así no entró en sus planes en momento alguno.

A las doce de la noche debería estar en esa aburrida y solitaria habitación del motel, pero quería saber si la preciosa señorita de Nueva York acudiría. Algo le decía que sí, su instinto, como siempre; pero podía estar equivocado, podía haberse enfriado la calenturienta muchacha.

Fumaba un pitillo mientras dejaba pasar el tiempo y esperaba cerca de la ducha al aire libre, recordando el sabor de esos pezones. Qué pechos más bonitos tenía, tan firmes, tan duros y, a la vez, suaves. Era una preciosidad. Una maravilla.

Si no hubiese aparecido Larry, se la habría follado. Ya lo creo que sí. Estaba a punto de caramelo, y él…

Él no recordaba haber deseado tanto a una mujer.

Tal vez fuese porque hacía más de un mes que no se tiraba a ninguna.

La última fue una camarera de un bar de copas que había a la salida del pueblo y que lo había estado llamando durante la semana siguiente, primero al móvil y, después, como no se lo cogía y no le devolvía las llamadas, al rancho. Ahí sí lo cogió cuando una bonita criada de la casa grande le dijo que preguntaban por él y que era la cuarta vez en el mismo día sin contar las del día anterior.

Se dirigió a la cocina por la puerta de servicio y, mostrando una seductora sonrisa a la bonita hispana que sujetaba el auricular, habló. En pocas palabras le dijo que no volviera a llamar al rancho ni aunque se estuviera hundiendo el mundo, que, puesto que había conseguido su número de móvil, con las mismas se olvidara del mismo y, por último, que a él no le gustaban las acosadoras.

Colgó. Miro de nuevo a la criada y le hizo una caricia en la barbilla.

—Si vuelve a llamar…, cuelgas. Sin miramientos.

—Sí.

Calder le guiñó un ojo, y la muchachita se puso colorada viendo cómo el hombre se dirigía hacia la salida haciendo sonar las espuelas de plata contra las baldosas de terracota.

Iba a cometer la mayor de las locuras. La seria, sensata y formal señorita Samantha Sullivan Branson, prometida del elegante Brian Kozeny,

iba derecha a un encuentro sexual. Algo que jamás había hecho, algo que siempre criticó y criticaba en otras, iba a hacerlo esa noche.

Suponiendo que ese hombre no le hubiese tomado el pelo.

Después de la divertida cena con sus amigas, se tomaron unas copas mientras bailaban de manera desenfrenada en el gran salón del lujoso rancho. Como locas, danzaron, saltaron y gritaron a voz en grito las letras de las canciones que sonaban en una antigua máquina de discos. Pero llegó un momento en que la futura señora Carter, es decir, la menuda y rubia Pia Auden, les recordó que al día siguiente tenían una excursión a caballo y que debían dormir para estar plenas y radiantes por la mañana.

Erica gritó de alegría y dijo que sí, que la excursión de mañana le serviría para tantear a los vaqueros y, puesto que era la única soltera, ver a quién elegiría para follárselo; pero añadió que ya lo tenía casi claro guiñándole un ojo a Sam.

Eran las doce y cuarto, estaba a punto de dejarlo correr, pero, de una, tiró la colcha de algodón a un lado y sacó su cuerpo desnudo de la cama. Se puso una camisola de seda negra que apenas le llegaba a medio muslo, unas braguitas de encaje negras y, mirando el calzado que estaba en el suelo, optó por unas sandalias planas de tiras rojas en lugar de unas chanclas doradas, que harían demasiado ruido.

Como si fuese a cometer un robo, salió sigilosa de la habitación, cerró la puerta con sumo cuidado, recorrió el pasillo rezando para que ninguna de sus amigas la oyera y bajó las escaleras. Las luces estaban apagadas, pero los grandes ventanales y puertas francesas dejaban pasar la luz de la luna llena, de manera que no le obstaculizó el trayecto. Salió a la zona de la piscina y se dirigió al sendero que daba al exterior. En ese momento, su corazón palpitó con más fuerza. ¿Y si se encontraba con uno de los empleados, uno de esos vaqueros, alguno que se quedase en el pabellón por si estaba de guardia o algo por el estilo? Bueno, qué podía pasar…

Nada, simplemente, estaba dando un paseo.

Siguió andando, más nerviosa cada vez.

«Date la vuelta —le gritaba la voz de su sensatez—, aún estás a tiempo. No seas tonta, no te comportes como un putón. Ese tipo va a follarte y después lo comentará con los otros, y todos te mirarán de mala manera. Esto no es Nueva York, chica, no lo olvides. Además, Brian viene pronto y él trabaja para el dueño de esto; seguramente, conoce a los empleados, incluidos los vaqueros, incluido el indio, el de los ojos azules».

Estaba a punto de dar media vuelta cuando lo vio en la penumbra, apoyado en un lateral de una de las paredes de alerce, fumándose un cigarrillo.

Bartolomé de las Casas dijo de los cigarrillos: «Son como petardos, se encienden por un extremo y se chupan por otro para introducir el humo en

los pulmones, para adormecer el cuerpo y embriagarse».

Lo recordó en ese momento y también recordó la gracia que le hizo, pues le pareció que el fraile estaba definiendo más bien fumarse un porro, no un simple cigarrillo. Ella no era fumadora, lo había probado en su adolescencia, pero no le había gustado. El resto de las drogas, ninguna; bueno, salvo el alcohol de vez en cuando. Como en la cena, que había tomado dos copas de vino y, después, con el baile, un *gin-tonic*, pero no estaba bebida, pues había cenado bien, había bebido bastante agua durante la cena y, cuando iba a acostarse, no tenía sensación de mareo. Las únicas sensaciones que su mente y su cuerpo sentían en esos momentos eran de alboroto, de nervios, de tensión, de excitación y, sobre todo, de expectación.

Llegó hasta él para ver cómo tiraba el cigarrillo y lo pisaba con la punta de la bota con la mirada clavada en ella. Su cuerpo comenzó a humedecerse, no supo si por el calor de la noche, por la humedad en el ambiente o por su mente calenturienta.

Había veintisiete grados, pero, de pronto, la luna desapareció tras unas densas nubes. Casi quedaron a oscuras, y la respiración de la chica se dejó oír.

La mano del hombre la cogió por la muñeca; la otra, por la cintura. Sus labios se juntaron, sus cuerpos se pegaron y, mientras esa boca la devoraba, las manos levantaron la camisola y le acariciaron el culo.

Como Erica decía, el mejor culo de todas era el de Sam, y el hombre dio cuenta de ello deslizando las manos por los redondos y firmes glúteos. Lo hacía tan suave y sin dejar de besarla que la muchacha gimió de puro placer.

Calder la introdujo dentro del recinto de la ducha, en la zona donde el suelo era de tierra, teniendo el soporte de la pared de madera; en un segundo le quitó la camisola por la cabeza y, separándose apenas medio metro, la miró detenidamente.

La ausencia de palabras puso nerviosa a la chica, eso y la inspección que el hombre le estaba haciendo a pesar de la oscuridad; pero se mantuvo firme, estirando su bonito cuerpo para que él la mirase a su antojo de esa manera tan intensa, aunque la luz no fuese la apropiada.

Y, de repente, una mano la tocó ahí, provocando que soltara un suspiro tan profundo que pareció retumbar en la noche.

No le importó sentir las primeras gotas de lluvia, pues aquellos dedos se habían metido entre las bragas y se deslizaban por la hendidura, resbalando una y otra vez.

—Espera —dijo ella.

El hombre se detuvo y la miró, para ver cómo se bajaba las bragas y se las quitaba dejándolas tiradas en el suelo de tierra y viendo que se le ofrecía

de nuevo.

La lluvia era suave, gratificante, los estaba mojando y resultaba agradable, pero, sobre todo, refrescante.

Ahí estaban los dos: ella, desnuda; él, vestido. Se miraban de forma intensa y profunda.

Ella se volvió atrevida, después de todo había ido, ¿no? Llevó las manos hasta la pechera del hombre y fue desabrochando la camisa hasta quitársela y vislumbrar ligeramente ese tatuaje tan llamativo y primario. Y, puesta en semejante situación, decidió seguir y acarició ese tórax duro, marcado por el ejercicio y vete a saber qué más cosas. Quiso decirle que su cuerpo era de una belleza absoluta, pero no le salieron las palabras, pues sintió vergüenza; no quería que más tarde, cuando recordara esa noche, cuando lo comentara con sus amigos, repitiera las palabras dichas por ella en un momento de pasión.

O de subidón, puro y duro.

Él volvió a llevar una mano al sexo de la chica, lo acarició, lo frotó, meneó los dedos con pequeños movimientos que impactaron contra el clítoris y ella se agarró a su cuello, para aplastar sus pechos contra el torso del hombre, para besarlo, para besarse, para que él dirigiera el beso; pero esa mano no dejó de jugar, esos dedos no dejaron de moverse hasta que, en cuestión de algo más de un minuto, entre su boca y sus dedos, la llevó al clímax, al delirio.

Hasta creyó ver el rostro del diablo.

El hombre se despegó de su boca y, rápidamente, se soltó el cinturón y se abrió la bragueta para dejar que su miembro jugase, que disfrutara.

Con roncas palabras, le dijo:

—Tócala.

Ella bajó la cabeza y palpó con suavidad, ahogando una exclamación al sentir la dureza, el grosor y la largura de ese miembro.

Sacó del bolsillo trasero del vaquero un condón, abrió el envoltorio con los dientes y se lo dio.

—¿Sabes ponerlo? —le preguntó dando por hecho que sabría.

Ella se sintió como una estúpida porque jamás había puesto un condón. Cuando lo hacía con Brian, lo hacían a pelo, pues ella tomaba la pastilla.

—Tomo la pastilla —dijo ella como si fuese una excusa o una disculpa.

—Pero yo no —bromeó él, quitándoselo de la mano y poniéndoselo en un segundo.

La agarró de las nalgas y la subió de una para clavarla como un palillo a una aceituna. Sam se agarró a su cuello y, sintiéndose inundada por dentro y sorprendida por fuera, se dejó llevar.

Él manejaba la situación sin problemas, la movía a su antojo, deslizándose una y otra vez por esa vagina acogedora. Notaba una ligera

estrechez resultando muy placentera y deseó no correrse al momento. Siguió con ese movimiento mientras agarraba los glúteos y metía los dedos por la hendidura, provocando placer a la chica.

Y de esa manera, en cuestión de unos minutos, Sam creyó perder el equilibrio, pues no estaba acostumbrada a tener dos orgasmos en tan poco tiempo ni a estar subida a las caderas de un hombre, sintiendo sus embestidas, sintiendo unos poderosos brazos que la sujetaban y unas manos con dedos expertos jugando con su culo mientras una boca le lamía el cuello…

Se agarró a él como una lapa, jadeó como una putilla cualquiera y se movió al compás que él marcó como una experta bailarina… o como una loca peonza, no supo con qué quedarse de tan excitada que estaba.

Ella se fue primero y, pocos segundos después, él.

Si no llevase el condón, habría notado el chorro de esperma, pues ese pene se movió de manera convulsa y generosa, y ella tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no gritar de puro regocijo.

Quiso bajarse, deseaba hacerlo para no ser una carga en los brazos del hombre, pero él la sujetaba con fuerza mientras su respiración se acompasaba, mientras iba recuperando el control. Y, cuando eso ocurrió, de manera lenta y delicada, la agarró de la cintura, salió de ella y la dejó en el suelo.

Estaban mojados, por dentro y por fuera; las ropas de él y la camisola de ella tiradas en el suelo, mojadas, y los ojos de ambos mirándose.

Se quitó el condón y lo lanzó a una papelera que había en la esquina y que la chica ni había visto debido a la oscuridad de la noche.

—Ven, vamos al barracón. Te dejaré una camisa y podrás volver en condiciones a la casa.

La joven dudó.

—Pero… Hay… ¿Hay alguien?

—No. Tranquila.

Con un gesto rápido se puso la camisa, cogió la camisola y las braguitas de la chica y la tomó de la mano. Salieron de esa ducha al aire libre y la llevó hasta el pabellón o barracón, como los hombres lo llamaban, para hacer lo que él había dicho.

Entraron y, sin soltarla de la mano, la llevó por un estrecho pasillo hasta una habitación al fondo. Solo ahí encendió una lámpara que había encima de una mesita y cerró la puerta.

La joven deslizó los ojos por la estrecha estancia. Una cama de noventa, una mesita con una lámpara, una silla y un armario empotrado. Nada más. No había ventanas ni cuarto de baño. Él pareció leerle el pensamiento.

—¿Necesitas ir al baño? —Ella negó, aunque no le habría ido nada mal,

pues el líquido que había ingerido en la noche, parte, aún seguía en su cuerpo.

Desnuda, solo con las sandalias rojas de finas tiras y mojada por completo, se sintió un poco… fuera de lugar; aunque lo que más la lanzaba al vacío era acordarse de los dos orgasmos que había disfrutado, algo que nunca le había pasado, algo que ni las manos de Brian ni las de los otros habían conseguido.

Sus ojos siguieron los movimientos del hombre, vieron cómo sacaba una toalla del armario y se acercaba hasta ella; se colocó enfrente y le secó el cabello, le quitó la mayor parte de la humedad mientras lo miraba como si fuese un ser de otro mundo.

No hizo falta que le secase el cuerpo, ya que la temperatura en esos momentos era muy agradable. Tiró la toalla encima de la silla y, sin dejar de observarla, se desnudó, mostrando un cuerpo espléndido y… empalmado.

Sam se quitó las sandalias de una y se acercó hasta él para tocar el miembro endurecido y acariciarlo con suavidad, elevando la mirada de vez en cuando para ver el rostro del hombre, para valorar esa mirada y contemplar cómo se mordía el labio inferior cuando ella le tocó los testículos.

No se lo pensó.

¿Qué tenía que pensar después de lo hecho? Después de haber estado anclada a sus caderas e inundada con su miembro. Después de haber comprobado la estabilidad de una de las paredes de alerce de esa ducha al aire libre.

Se arrodilló y se la metió en la boca para chupar con ganas, para engullirla hasta donde pudo, para jugar con ella dando chupaditas y grandes lamidas.

No es que fuera una superexperta en el sexo ni en hacer felaciones, pero sabía de sobra cuándo un hombre disfrutaba de una mamada, y el llamado Indio la estaba disfrutando mientras agarraba con las manos esa espesa cabellera, mientras miraba esa boca de labios llenos, esos párpados caídos y se dejaba marear por la belleza de esos bonitos pechos. Pero se sobresaltó cuando él la cogió por las axilas y la levantó para hacer que se sentara en el piecero de la cama, le abriera los muslos y él se arrodillara ante ella.

«Vale, vale, si eso es lo que quieres hacerme, adelante», pensó gozosa.

Se tumbó, levantó los pies y los apoyó en el borde; abrió las piernas al máximo y vio cómo esa cabeza morena se dirigía al centro del placer. Notó la fuerza de sus manos, que se colocaron en los laterales de sus muslos queriendo abarcarlos, y a los pocos segundos su experta boca comenzó a chupar y a lamer de manera precisa, de forma rítmica, al tiempo que desplazó las manos hasta el final de los muslos, hasta el comienzo de los

glúteos, acariciando el trayecto de la vulva hasta el ano mientras sus labios y lengua lamían de manera lenta, demasiado lenta, para poder aguantarlo.

Sintió hasta el más liviano contacto de sus labios, de la lengua, del interior de la boca, pues llevaba el pubis depilado casi al completo, de manera que estaba tan sensible que hasta notó el contacto de su barba desplazándose por toda esa carne anhelante, delicada, hinchada y muy excitada.

No pudo evitarlo y un pequeño grito salió de su garganta, pues de nuevo, por tercera vez esa noche, tenía un orgasmo. Para acallar el grito y controlar la excitación, sujetó la cabellera del hombre que, suelta de su agarre de cuero, discurría libre por los hombros, y la enredó entre sus dedos; incluso tiró de ella, no con mala intención, sino debido al calambre que recorrió todo su cuerpo y que provocó que retorciera el cuerpo al sentir algo parecido a un paroxismo, pero no precisamente de dolor.

Él retiró la cabeza de ese lugar de vicio y se soltó de las manos que le agarraban la cabellera. Se colocó entre sus piernas y entró en ella, sin condón, sin nada que los separara. Se deslizó lentamente, entrando y saliendo, llegando hasta el fondo para inundarla por completo, chocando con la pared vaginal, lento, muy lento, sujetándose con los brazos mientras la miraba a los ojos, mientras ella le mantenía la mirada.

—¿Te gusta que te lo haga así? ¿Despacio? ¿Lentamente? ¿O lo prefieres… más violento?

Ella tragó saliva, pues, si no, las palabras se habrían atragantado en su garganta, dejándola en evidencia.

—Me gusta así —susurró sintiendo que sus mejillas se encendían mientras se sentía inundada por el grosor y la largura de ese falo que entraba y retrocedía sin llegar a salir, sin abandonar esa cálida cueva.

Sin dejar de estar unidos.

—Quiero darte placer, todo el placer que aguantes. —Diciendo estas palabras, se clavó hasta el fondo, haciendo que ella se tragase el aire de golpe—. ¿Te hago daño?

—No.

—Pues lo parece.

—Es…, es porque eres muy grande —añadió intentando explicarse.

—¿No estás acostumbrada a las pollas grandes?

Esa pregunta le sentó más que mal.

Muy mal.

—¡Quita! ¡Déjame! —exclamó moviendo las caderas.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Llamar a las cosas por su nombre te asusta?

Ella le pegó un empujón y él se quitó de encima. Estaba empalmado, tan endurecido que dolía, viendo cómo los ojos oscuros miraban esa parte de su anatomía desde el otro lado de la cama. Se levantó con desgana sin

dejar de observarla.

En el lado opuesto, siguió mirándola detenidamente.

—Perdona, no creí que fueras tan susceptible.

—No se trata de susceptibilidad, se trata de respeto.

—No ha sido mi intención faltarte al respeto.

—Pues, con intención o sin ella, lo has hecho.

—Estamos follando, por si no te has dado cuenta —inquirió el hombre sin ocultar su erección y mostrando un ligero enfado.

—Sé de sobra lo que estamos haciendo. No me tomes por tonta.

Él levantó el brazo tatuado, y los ojos de la chica no perdieron detalle.

—Vale, no te tomo por tonta, solo por una señorita sensible y delicada.

Intuía que, cuanto más hablara, más se enfadaría.

Él abrió los brazos, extendió las manos y se miró el hinchado miembro.

—¿Me vas a dejar así?

La joven cogió la camisola mojada y se la puso. Agarró las sandalias y clavó su mirada oscura en el rostro del hombre, pues no quería fijarla en esa otra parte de su cuerpo… tan llamativa.

—Tienes unas manos grandes. Se acoplarán muy bien a tu anatomía.

Él mostró una sonrisa y se colocó delante de la puerta justo cuando ella iba a abrir.

—Supongo que sabes que, si sales de aquí, es porque yo lo permito.

—Supongo que, a pesar de tu aspecto, de tus palabras, de tus intenciones, eres un caballero y no me vas a hacer nada que yo no quiera.

Calder soltó una carcajada y se permitió el lujo de acariciar un pómulo de la chica.

—No te vayas… Déjame resarcirme…

Ella no titubeó.

Lo tenía muy claro.

—Déjame salir. No quiero seguir aquí.

El hombre se retiró, y ella salió de la habitación y del pabellón.

Calder se maldijo al quedarse solo, se acarició el miembro y terminó la tarea con sus manos como había dicho esa preciosa mujer.

Capítulo 6

Samantha

«Te está bien empleado, por tonta, estúpida y… Y por hacer lo que no acostumbras, por engañar a Brian, por…, por…».

¡Que si no estaba acostumbrada a las pollas grandes! Pero qué se ha creído ese imbécil, ese paleto, ese vaquero del tres al cuarto. Se ha pensado que soy una de esas que se lían con cualquiera, una de esas que anda caliente a todas horas, de las que están deseando que la cojan y la follen por todos los lados, una de esas como…

Como Erica; sí, ella era así. Antes de casarse, casada y ahora que estaba divorciada. Cuántas veces le puso los cuernos a su ex…, cuatro o cinco veces en el año y medio que estuvieron casados.

¡Imbécil!

Él, un imbécil y, yo, una estúpida.

Estoy llegando a la casa cuando me doy cuenta de que no llevo bragas. Deben haberse quedado en esa habitación. ¡Ay, Dios! Como se le ocurra decírselo a los compañeros, como todos se enteren…

Llevo los pies manchados, voy con las sandalias en la mano y la camisola húmeda, más que húmeda. Por lo menos, ahora no llueve. Me limpio las plantas de los pies en el césped que rodea la piscina. Cuando acabo, penetro en la casa y subo hasta mi habitación procurando ser lo más silenciosa posible.

Un rato más tarde salgo de la ducha y, sin encender la luz de la habitación, me tumbo en la cama, desnuda y con una toalla liada en la cabeza, porque no quiero usar el secador y despertar a todo el mundo. Por suerte, mi habitación está aislada del resto. Es la última, la más grande, la que tiene una terraza que da a un lateral, que a su vez da a unos hermosos jardines. Es la habitación que ocupa Brian siempre que viene a este rancho, por eso la disfruto, porque él viene pasado mañana y será para los dos.

No me puedo dormir.

No sé por qué me he comportado así.

Es cierto que el sexo con Brian no es nada del otro mundo. Es cierto que tengo dudas, cada vez mayores, sobre si es lo más acertado seguir con él. Y encima pienso que, si tengo esas dudas, es porque no estoy enamorada.

Sí, esa es la realidad, tengo que reconocerlo y tengo que decírselo. Esto no funciona desde hace meses, aunque haya intentado no pensar en ello y favorecido por lo poco que nos vemos. Y eso es más llamativo todavía,

porque, si nos vemos menos que la mayoría de las parejas, lo normal sería que lo estés deseando, pero por mi parte no es así.

Debemos romper nuestro compromiso.

Pienso en Brian, pero no me puedo quitar de la cabeza el rostro de ese hombre, su cuerpo y, sí, su polla. Joder.

Me he sentido en el paraíso, me ha sabido a gloria sentir ese pedazo de polla dentro de mí. En especial, en la habitación, sin preservativo, sin nada que me impidiera notarlo tal cual. Me he sentido llena, inundada, desbordada y me ha gustado.

Mierda, no sé por qué lo ha tenido que estropear, por qué ha tenido que decir esa vulgaridad en ese preciso momento cuando estaba a punto de besar el cielo…

Otra vez.

Podría haberme hecho la tonta o haberle seguido el juego, pero me ha fastidiado de verdad, me ha molestado. Es como si me hubiese llamado puta.

«¿Cuántas pollas has probado, nena? ¿Alguna tan grande como la mía?».

«Duérmete ya».

«Deja de pensar en él».

Llevo una mano al centro de mis muslos y me acaricio mientras pienso en su boca, en sus ojos, en esas manos tan habilidosas, tan expertas, tan suaves. Me centro en sus besos, en cómo me ha devorado la boca, por momentos tan lento que he sentido mi cuerpo liviano y mi mente flotando mientras saboreaba su lengua, sus labios jugosos, dulces, lascivos.

Estoy masturbándome pensando en él, en todo lo que me ha hecho, en sus manos, en su boca, en sus ojos…

Y en su polla.

«Sí, dilo, en su polla».

Me despierto de golpe y asustada. Erica está dando saltos por la habitación.

—¡Venga! Despierta, que dentro de nada desayunamos y nos vamos.

Me mira suspicaz, pues la toalla que me sujetaba el cabello está a mi lado y mi cabello está ligeramente húmedo.

—¿Te has acostado con el pelo mojado?

—Uuum, sí. Me di una ducha… Tenía calor… Uf. ¿Qué hora es? —Me levanto y, desnuda, miró alrededor buscando qué ponerme.

—Las siete. ¡Venga! Mueve el culo.

—Voy a darme una ducha y estoy en un periquete.

—Y vístete de vaquera para no desentonar con ellos.

Erica se ha puesto unos vaqueros de pitillo, los más pegados que tiene, y una camisa de tela fina a cuadros azules y blancos, que se abre entre los

pechos.

—¿En serio vas a ir así? —le pregunto cuando ya estoy con un pie en la ducha.

—Por supuesto, nena. Quiero que sepan de mis intenciones. Antes de que llegue míster perfecto, tengo que haber follado al menos… dos veces y, a poder ser, con el mismo.

Míster perfecto es Brian, y lo llama así porque no lo traga; en realidad, no se tragan ninguno de los dos. Erica dice que no es el hombre que me conviene, y Brian dice que no entiende cómo puedo ser amiga de una mujer como ella y que no es excusa que nos conozcamos desde primaria. Brian no entiende que todas las amistades no tienen que ser como uno y que el cariño no entiende de comportamientos. Soy la primera que le riñe a Erica ante algunos de sus actos, pero ella es así: desinhibida, loca, libre. Si estuviera en mi lugar, no tendría ni el más mínimo arrepentimiento de haber estado con un vaquero, y, por supuesto, la noche no habría acabado de la misma forma, pues ella le habría dicho que jamás había visto una polla tan grande y que no, que no estaba acostumbrada, pero que no le costaría nada acostumbrarse. Habría gritado como una posesa de puro placer y le habría ofrecido todas las partes de su cuerpo para ser su juguete.

Termino de calzarme las botas y meto los vaqueros por dentro. Me recojo la melena en una coleta y la enrollo colocando un par de horquillas largas para mantener el moño en su sitio.

Me miro en el espejo y me doy el visto bueno. Mona pero sin excesos.

Me lo pienso un momento y me digo: «Presume de lo que tienes».

Desabrocho la camisa vaquera y me quito el sujetador de encaje. Vuelvo a ponérmela y contemplo el efecto en el espejo de cuerpo entero. Como siempre, estupendas, tiesas como flechas con el bamboleo justo y natural.

Allá voy.

Hemos desayunado y me he hecho la tonta cuando las miradas de las chicas han ido a mis pechos. Beberly va más prudente que Erica, pero también se ha puesto los vaqueros más ajustados. Pia y yo los llevamos rectos, y las camisas entalladas pero sin apretar. Pia es menuda y algo más baja que yo, lleva el cabello cortito y rubio; se da un aire a Mia Farrow cuando se casó con Sinatra, pero con los ojos marrones, algo más claros que los míos. Ha tenido tentaciones de hacer lo mismo que Beberly, aumentarse el pecho, pero tiene pánico a los quirófanos y, como su futuro marido tampoco lo desea, pues las cosas están bien así.

Cuando salimos, vamos hasta la zona de los establos, donde nos espera el encargado o capataz. Varios de sus chicos están alrededor y nos miran sin cortarse un pelo.

Lo busco con la mirada, pero no está.

—Señoras, señoritas, hoy van a tener una demostración de cómo agarrar y marcar una res, y también la doma de un caballo… un poco inquieto —añade con una sonrisa—. El recinto donde haremos dicha demostración está a unos kilómetros de aquí. El trayecto se puede hacer a caballo, quien lo desee, pero llevaremos una furgoneta por si prefieren ese medio de transporte.

En ese momento se acerca una *pick-up* Mercedes de cinco plazas, nuevecita y blanca, conducida por el Indio.

Erica no tarda en reaccionar.

—Yo prefiero la furgo —dice echándose el sombrero a la espalda y empinando los pechos.

Las otras la apoyan y se apuntan.

Mientras Calder para el vehículo y oigo cómo activa el freno de mano, le digo al capataz que si puedo montar a Rufián. Él me sonríe y me dice que sí, que eso está hecho.

Le doy la mochila a Pia, pues ahí van mis cámaras y no quiero que les pase nada, y entro en los establos. En cuestión de unos minutos, el caballo está preparado. Me coloco bien la gorra —mi gorra— y monto sin hacer caso de las miradas de las que soy objeto por los dos empleados; les doy las gracias, algo que parece sorprenderlos, y salgo.

Para mi sorpresa, Calder está montando el Mustang, la furgoneta no está y el Indio y el capataz están esperándome.

—¿Está lista, señorita Sullivan? —pregunta ese gigantón de casi dos metros, subido en un caballo de más de ochocientos kilos.

—Sí, señor —contesto con una sonrisa.

Calder no retira su mirada de mí, y yo intento comportarme como si nada hubiera pasado, como si apenas nos conociéramos.

—Muy bien. Solo son catorce kilómetros. No tardaremos mucho. Si a la vuelta está cansada y prefiere la furgoneta, no hay problema.

—No se preocupe por mí. Estaré bien.

—Seguro que sí.

Nos ponemos en movimiento y Ron Duff encabeza la marcha, después, yo y detrás…, ese hombre que pone mis nervios de punta.

Contengo una sonrisa, pues imagino cómo debe de estar Erica.

Rabiosa, como mínimo.

Cuando llevamos algo más de un kilómetro, los tres caballos van al mismo nivel, y mis carcajadas deben oírse por todos los confines, pues es lo que sucede cuando estoy divirtiéndome. El capataz es un tipo encantador, dicharachero, que se complace en contarme anécdotas del rancho, en especial de turistas que han pasado por el lugar. No los critica, no se burla de ellos, simplemente, describe con palabras las andanzas de unos y de

otros, las meteduras de pata y las situaciones un tanto ridículas al estar en un lugar y situaciones que no controlas.

—Fuera de tu zona de confort —grita el hombre mostrando una gran sonrisa.

Calder me observa, aunque su eléctrica mirada está camuflada por el ala del sombrero, y como Duff va ligeramente más adelantado, mientras habla sin parar, yo aprovecho para estirar mi cuerpo. Dejo de llevar las riendas a la vaquera y lo hago a la inglesa, para que observe el movimiento de mis pechos, que recuerde el sabor y la textura de mis pezones, que en esos momentos se marcan a través de mi camisa.

Lo sé, no está bien comportarse así.

No lo he hecho nunca, pero este hombre me incita a ello, aunque él no lo sepa.

Antes de volver a llevar las riendas a la vaquera, lo miro y humedezco y muerdo mis labios mientras siento esa penetrante mirada.

—Bueno, señorita Samantha —dice el capataz echando la cabeza hacia atrás—. ¿Qué le parece si hacemos una galopada?

—Claro. ¡Vamos!

—¡Tú, primero, Calder! ¡Yo, detrás de la señorita!

De esta manera hacemos el final del trayecto, galopando detrás de él, viendo su ancha espalda y sus fuertes piernas, el sombrero golpeando su espalda y el cabello azabache movido por el viento.

Procuro no pensar en cosas que no proceden, procuro concentrarme en no perder el equilibrio, no parar en el suelo por estar embobada en la contemplación de un macho alfa, a quien Erica clasificaría —tal vez, si lo hubiese probado sexualmente— como una mezcla entre bonobo y chimpancé.

No seas mala, Samantha.

Al fin llegamos a las instalaciones. Unos barracones y varios corrales donde los vaqueros trabajan y que, esporádicamente, sirven para hacer demostraciones a los invitados del rancho; para que sientan por unos momentos —no llega a una jornada de trabajo, unas horas— que se trasladan al Viejo Oeste, para impregnarse con sensaciones únicas y reservadas a unos pocos, y disfrutar con el marcaje de una res o la doma de un potro salvaje.

Las instalaciones no tienen nada que ver con el lujo y el confort del rancho, son una auténtica zona de trabajo, y así lo demuestran los vaqueros, que tienen experiencia de sobra y, además, están acostumbrados a tener espectadores; en este caso, espectadoras.

La jornada ha sido intensiva. No he parado de hacer fotos, incluso una en la que Erica está de morros mirando cómo Calder monta un caballo a medio domar; esa será para mi álbum particular.

No todas hemos disfrutado, pues Erica, a pesar de sus sonrisas, a pesar de sus meneos de caderas, sé que está enfadada, que no le han salido las cosas como esperaba. No ha perdido detalle de todo lo que hacía el Indio, igual que yo, pero el objetivo de mis cámaras me ha servido para esconderme y, de paso, fotografiar esos ojos tan espectaculares y toda esa presencia viril, masculina, que solo provoca querer mirarlo una y otra vez, contemplarlo una y otra vez. Esas fotografías también serán privadas. Entiendo a Erica, supongo que le servirá de consuelo —o tal vez no— que él no ha reparado en ella, como tampoco ha mirado demasiado a las demás, incluida yo.

Cuando han echado el lazo a una res para después descabalgar, prácticamente saltando del caballo, para agarrarla y marcarla con un hierro candente, todas estábamos con los ojos clavados en esos hombres, en el derroche de testosterona; en especial, en Calder, que ha sido el que la ha agarrado por los cuernos y la ha tumbado para que otro la marcara, provocando que Beberly frunciera el ceño, Pia cerrase los ojos y Erica no pestañease ni un segundo, mientras yo le daba continuamente al clic de la cámara.

Nos han dado un almuerzo típico ranchero, con carreta de provisiones incluida, como si estuviéramos atravesando las Grandes Llanuras en una caravana de futuros colonos de camino a cualquiera de los estados por colonizar del Viejo Oeste. Uno de los cocineros del rancho ha guisado *in situ*, con fogata incluida, unas gachas de avena y leche, y después unas judías que ya venían casi terminadas del rancho, igual que un poco de *jerky* —carne deshidratada—, típica de aquella época. Por si acaso nos quedamos con hambre, o las gachas o judías no son aptas para paladares delicados, también hemos saboreado nachos, frijoles, tacos y fajitas. Y, por último, café servido en una cafetera que parecía sacada de una película de Hollywood y calentado en un trípode encima del fuego.

El sol está poniéndose, las chicas suben a la furgoneta y yo me dispongo a montar a Rufián. El capataz ha insistido en que vaya en el vehículo, que tal vez serán demasiados kilómetros en un día. Le digo que no, que prefiero volver como he venido.

Capítulo 7

Calder estuvo todo el día pendiente de ella, a excepción de cuando montó el caballo medio salvaje y cuando marcaron un par de reses. Lo tenía tan claro como el día que había transcurrido; poseía una clase innata, era la más atractiva, la más interesante, la más cautivadora. Seguían en su mente las carcajadas que soltó cuando Ron contaba sus batallitas, ese sonido cristalino y contagioso, esa boca abierta mostrando unos dientes perfectos y un interior rosado. Esa risa que le recordó, por todo lo contrario, a una novia que tuvo en la adolescencia, una preciosidad, que cuando reía… sonaba tan chillona y entrecortada que lograba ponerle de los nervios y que fue uno de los detonantes para romper con ella.

La risa de la neoyorquina era fresca, excitante, ese tipo de risa que provoca a un hombre, que lo incita a hacer otras cosas. Esa que logra endurecer la polla. Y aquello no es fácil, no, señor. El miembro se le endureció ligeramente al contemplar esa boca, esos dientes, esa lengua; pero cuando se le puso dura fue cuando ella tomo las riendas a la inglesa, una en cada mano, y proyectó sus preciosas y tiesas tetitas, marcándose los pezones. La muy cabrona no llevaba sujetador. Él lo sabía, lo notaba y le excitaba.

Bueno, volviendo a las otras, las amigas, aun siendo bonitas o más que eso, no estaban a su altura. La tal Beberly era una Barbie, siempre pendiente de que no se le moviera un cabello y, si eso sucedía, recolocarlo en su sitio y atusarlo con sus uñas perfectas por si acaso había perdido movimiento, volumen o vete a saber qué. Presumía de sus pechos de silicona, pero, al tiempo, se cohibía. Una contradicción, pero así era. La más menuda, Pia, era eso, menuda, bonita sin pasarse y algo tímida. Y Erica era hermosa, explosiva y también era un zorrón de campeonato, con los vaqueros a punto de estallar, la camisa a punto de saltar los botones, con riesgo de provocar ceguera inmediata a quien le diera uno de esos botones y dejar que sus grandes pechos se desparramaran. Porque los pechos de la rubia pelirroja no eran de silicona y eran grandes, demasiado grandes, y la ley de la gravedad haría su trabajo.

Sabía de sobra que esa comehombres lo buscaba, que deseaba que la follara, o que ella se lo follara a él; todos se habían dado cuenta, pues fueron testigos del par de ocasiones que le rozó el brazo con los pechos. Uno de los muchachos comentó más tarde que, si eso lo hacía un hombre, era acoso y, si lo hacía una mujer, qué era.

—Acoso, chaval. Lo que pasa es que nosotros no somos tan delicados, no lo tomamos tan a pecho, nos amoldamos a lo que surja —soltó otro

entre risas.

—Se muere por ver ese tatuaje que tienes, Calder. Seguro que, si aceptas, deslizará sus grandes pechos por todas esas líneas que rodean tu fuerte y musculado brazo —añadió otro disfrutando de la conversación, que, cuanto más soez se volvía, más les gustaba a todos.

—Pues entonces, no acabará nunca —rugió otro haciendo que todos rieran la gracia.

La Mercedes salió hacia el rancho conducida por Mike Turner, un rudo vaquero que se daba un aire a Robert Redford cuando era joven. Había mirado varias veces a Erica a lo largo de la tarde, y la joven, viendo que con Calder no había nada que hacer —pues no le había hecho ni caso—, pensó que algo podría conseguir antes de que la fiesta se echara a perder cuando llegaran las parejas de sus amigas.

Sam montó el precioso AraAppaloosa de pelaje blanco y manchas negras y se puso en marcha sin esperar a Calder. Algo que a él no le importó, al contrario, hizo que su boca mostrara una sonrisa disfrutando del final de la jornada. Al momento se puso a su lado, y cabalgaron más de la mitad del trayecto sin decirse nada.

Entonces Calder habló:

—Desmonta —le ordenó—. El caballo cojea.

Ella frenó al animal y se quedó quieta.

—Desmonta —repitió sin levantar la voz.

Obediente, bajó y se quedó quieta, sujetando las riendas mientras él levantaba una pata trasera y le miraba los cascos con una linterna de luz ultravioleta.

—Es mejor no montarlo. Tiene una ligera hinchazón y, con el paso de las horas, irá a más. Sube en el mío, yo iré andando.

Ella se quedó en el sitio donde estaba, observándolo.

—¿No podemos montar los dos en el tuyo? ¿Es demasiado peso?

—No te muevas —murmuró el hombre, apuntando con la linterna.

Dio un puntapié con su bota y mandó lejos de la joven y de los caballos a un escorpión o alacrán rayado. La noche se cernía sobre ellos, y los ojos de la joven se fijaron en el punto de luz que rodeaba al arácnido.

—¡Qué pena! Si llevase la cámara, lo habría fotografiado.

El hombre la miró detenidamente; le gustó que no hubiese soltado un gritito ni que se hubiese abrazado a él.

—¡Venga, vámonos! Dentro de nada se estarán preguntando dónde demonios estamos.

Calder subió a su caballo y le ofreció el brazo para que ella se colocara detrás de él.

—¿Te atreves a llevar las riendas de Rufián? Si lo prefieres, lo ato a la silla.

—No, yo lo llevo.

—Bien. Agárrate, no iremos muy rápido.

Samantha así lo hizo, rodeó la cintura del hombre con el brazo derecho y, con el izquierdo, llevó las riendas del animal.

Fueron algo más de siete kilómetros, de los cuales solo permaneció erguida los primeros doscientos metros, pues después acopló su torso a la espalda del hombre, aplastó los pechos en el centro de su espalda y apoyó la cabeza en su omoplato, agarrando con fuerza las riendas del caballo para que no se le soltara y sonriendo por haberse acordado de llevar sus guantes, que, aunque eran finos, hacían su trabajo.

Sintiendo la calidez de esa espalda, la fuerza y la musculatura, casi notando su piel a través de la fina tela de la camisa, se dejó llevar por la imaginación. Recordó la noche pasada, cada momento de placer y creyó estar… casi segura de que no había dicho nada, de que ese hombre, a pesar de su aspecto, no había presumido de una conquista; pero aun así, antes de llegar al rancho, cuando él marcó un ritmo más lento, le preguntó:

—¿Les has contado a tus compañeros lo que hicimos?

La joven sintió cómo la espalda se tensó más de lo que estaba.

—No soy de los que van contando su vida íntima.

—¿No presumes de tus conquistas?

—¿Y tú? ¿Has presumido con tus amigas? ¿Lo has contado? —inquirió un tanto molesto, no ya por la pregunta, sino por sentir esos pechos aplastados contra su espalda durante casi todo el trayecto.

Era un placer, pero también un delirio; y, sobre todo, le proporcionaban unas ganas salvajes de colocarla enfrente de él y hacerlo encima de la montura.

—No.

—Pues ya somos dos.

Ella no continuó al sentir el mal humor del hombre.

Él tampoco.

Al poco tiempo llegaban al rancho, y ella se bajó antes de llegar a los establos, sin ayuda del hombre y dándole las riendas de Rufián.

—Vete con tus amigas, te estarán esperando —murmuró Calder.

Sam no se movió y, viendo que él mantenía los caballos quietos, se atrevió a preguntar:

—¿Vas a dormir esta noche aquí?

Él la miró durante unos segundos.

—La mayor parte de las noches las pasó en un motel.

Samantha estaba como embobada observando esos ojos azules y esa boca sensual.

—¿Un motel? —repitió sorprendida.

—Sí. Pero, si lo deseas, puedo ir a tu habitación. —Las palabras fueron

dichas sin emoción.

—¿Mi habitación? —repitió como sin creer las palabras por él pronunciadas.

—Sí. Ocupas la más grande, ¿no?

—Sí —afirmó mientras lo observaba sin pestañear.

—Puedo entrar por la terraza. Deja la puerta abierta —le dijo con suavidad.

Ella no añadió palabra, solo le hizo una caricia a Rufián sin dejar de mirarlo, para darse la vuelta y dirigirse hasta la casa grande.

Erica tenía un enfado de mil demonios.

—¿De quién fue la idea de venir aquí? —preguntó enfurruñada cuando estaban a medio cenar.

Fue Sam la que contestó:

—Creo recordar que fuiste tú.

—¿Yo? —preguntó torciendo el morro y agarrando la copa de vino tinto.

—Sí, cariño, tú. Tú se lo comentaste a Pia, Pia se lo comentó a Beberly y luego tú, otra vez, me lo dijiste a mí. «Sam, vamos a celebrar una despedida de soltera para Pia. Nosotras cuatro, nosotras solas».

—Vale, vale. ¿Y por qué elegí este sitio? —volvió a preguntar dejando la copa de vino sobre la mesa.

—Porque tenías curiosidad, dijiste. Querías conocer el rancho y querías conocer al dueño del rancho.

—Exactamente. Quería conocer al misterioso hombre para el que trabaja tu prometido. ¿Y dónde está ese misterioso dueño? —preguntó molesta y volviendo a coger la copa de vino.

—Mañana vendrá, es lo que me dijo Brian. Mañana vendrán todos.

Beberly tomó con delicadeza su copa de vino y, antes de llevársela a los labios, comentó con cierto sarcasmo:

—Nadie tiene la culpa de que no hayas… congeniado con ninguno. Y mira que lo has intentado. Eso sí, sin mediar palabra, solo con movimientos insinuantes y miradas reveladoras. Quién te iba a decir que los vaqueros de un rancho de Texas eran unos tímidos.

Erica lanzó una de esas miradas reveladoras a Beberly, aunque esta no era insinuante, más bien, amenazante.

—Bah, que les den… a esos tipos. El Indio no me ha hecho ni pizca de caso, y el que nos ha llevado y traído, cuando se ha dado cuenta de mis deseos, me ha enseñado su alianza de casado. Y, cuando le he dicho que no me importaba, que no era celosa, me ha mirado como si fuese la mayor puta del mundo, se ha bajado de la furgo y me ha dejado plantada.

—Cariño —medió Pia—, olvidas constantemente que no estamos en

Nueva York.

—¿Qué pasa? ¿Aquí no follan o qué?

—Sí, pero con sus novias, esposas o con las mujeres de aquí, que las encontrarán menos peligrosas que las de Nueva York —explicó Pia mientras Beberly afirmaba en silencio.

—¿Peligrosa, yo? Por favor —replicó recolocándose los tirantes de su vestido.

Las chicas hicieron esfuerzos para no reír, pues Erica no estaba de broma y mostraba sin tapujos su despecho.

Volvió a tomar otro trago y fijó la mirada en Sam.

—El Indio… te miró muchas veces.

—Querrás decir que nos miró a todas y a ninguna en especial.

—No, a ti, en especial. Miró a todas, pero a ti, más.

—Le habré gustado —soltó risueña, provocando las risas de Beberly y de Pia.

Los hermosos ojos de Erica se clavaron en su amiga.

—Pues aprovecha para tirártelo antes de que llegue Brian.

Samantha sonrió y enredó con la guarnición de la carne.

—Uuum, no sería mala idea…, pero un poco precipitado.

—Claro que puedes haberlo hecho a la vuelta —soltó de golpe, como si hubiese tenido una revelación, entrecerrando los ojos y arrugando el ceño.

—Claro, Erica, creo que subidos en un caballo es altamente placentero… O también en el suelo de tierra, a expensas de que cualquier arácnido se meta en mis partes.

Beberly soltó una carcajada y Pia la secundó. Fue esta última la que habló:

—Por Dios, Erica. Contrólate un poquito y no bebas más.

Pero la aludida bebió todo lo que quiso y, al final de la cena, la subieron a su habitación entre Sam y Beberly. Allí, le quitaron su precioso vestido corto de lentejuelas plateadas de tres mil dólares y la metieron en la cama.

Poco después, cada una estaba en su habitación. Al día siguiente llegarían sus respectivas parejas —seguramente, acompañados del dueño del rancho— y darían cuenta del fin de semana y por finalizada la estancia en el rancho Agua Dulce.

Capítulo 8

Era medianoche y Sam daba vueltas en la cama sin poder dormirse.

¿Lo habría dicho en serio?

¿Sería capaz de presentarse?

Solo de pensarlo, se excitaba. Quería probarlo de nuevo, otra vez, por última vez. Deseaba sentir esas manos deslizarse por su cuerpo, esa boca saborear la suya, tocarlo y que la tocara, retorcerse debajo y encima de él.

Se puso bocabajo y, recordando ese cuerpo, ese tatuaje…, se durmió.

Soñó con él.

Una mano recorría su pantorrilla y le hacía circulitos en la corva. Subía lentamente y se acercaba a la unión de los muslos, por debajo de los glúteos; el canal que llevaba a su sexo.

Despertó despacio, inundada de placer, preguntándose cuándo había tenido un sueño tan erótico, dispuesta a tocarse y terminar lo que comenzó en esa fantasía calenturienta. Pero, al momento, se dio cuenta de que no era una ilusión, de que una mano estaba sobre su muslo izquierdo y se deslizaba con una lentitud pasmosa por el pliegue que unía el muslo y el glúteo, acariciando el comienzo de la redondez plena y firme, pero sin llegar a más.

Soltó un pequeño gemido y esa voz varonil inundó sus oídos:

—No te asustes, soy yo.

Y sí, era él.

El hombre que deseaba.

El hombre que ocupaba sus pensamientos.

No dijo nada, no cambió de postura, pero abrió los muslos para que él jugase, para que entrara con su mano o con lo que quisiera.

Calder, a pesar de la invitación, no aceleró, no corrió para montarla en esa postura o en otra, no, ni metió la mano de golpe para tocarla con fiereza. Tenía un plan trazado y no tenía pensado salirse… bajo ningún motivo.

Se dedicó a jugar con sus muslos firmes, largos y suaves, a recorrer esa piel sedosa una y otra vez, a rodear su precioso culo por su periferia, a acercarse al triángulo de unión y entrar con los dedos por un lateral, muy cerca del sexo, pero sin tocarlo. Notando cómo ella empinaba ligeramente el culito, invitándolo a que fuera a mayores, deseando que su mano grande la tocara ahí, donde palpitaban todas las terminaciones nerviosas, donde ardía por ser tocada y acariciada.

Pero eso tardó en llegar, porque antes se precipitaron los suspiros y los gemidos, y cuando no pudo aguantar más, se puso a cuatro patas y le rogó:

—Tócame, por favor, tócame.

Fue un susurro y un ruego.

—Ya te estoy tocando, no he dejado de hacerlo —añadió con voz ronca.

Ella movió el trasero de manera juguetona.

—Tócame ahí… Por favor.

Él seguía con el mismo ritmo y sin adentrarse donde ella deseaba.

—¿Ahí? ¿Dónde es ahí? Dímelo, que no te dé vergüenza.

Ella siguió en la misma postura mientras la mano de él la acariciaba pero sin llegar al sitio que anhelaba.

—¿Te da vergüenza utilizar lenguaje soez? —Sam no dijo nada, él continuó—: ¿Quieres que te toque el coño?, ¿quieres que te lo acaricie?, ¿quieres que te meta los dedos antes de follarte con mi polla?

No tardó en contestar. Y no se retiró ante esas preguntas susurradas y, claramente, subidas de tono.

—Sí, por favor. Tócame, fóllame con los dedos —susurró con palabras entrecortadas.

La sonrisa que él mostró ella no la vio, pero por fin… la tocó.

Llevó la mano al sexo y lo acarició lentamente, abarcándolo por completo, deslizando sus largos dedos por todos los contornos; mientras, ella se movió de manera sinuosa, demostrando lo mucho que le gustaba, lo mucho que disfrutaba.

La penetró con un dedo, entró y salió varias veces. Continuó con dos, sintiendo cómo ella se abría más para amoldarse, para sentir el placer, para que los dedos jugasen con su sexo, con su coño, como él lo había llamado. Esos dedos hacían magia. No paraban, no estaban quietos, pero no se movían a tontas y a locas, no. Ese hombre sabía lo que se hacía, sabía cómo dar placer a una mujer, provocando que ella encorvara el cuerpo como un gato, que abriera más los muslos para permitir que los dedos y el dorso de la mano se desplazaran tocando el clítoris y haciéndolo vibrar.

—¿Te gusta que te toque así?

La voz se escuchó ronca por el deseo.

—Sí…, me gusta —contestó con la voz entrecortada.

—Tienes un coño delicioso… Mis dedos se deslizan sin que oponga resistencia, siento que me atrapa, que quiere tenerlos siempre dentro. Dime cuánto te gusta. Dímelo.

—¡Oh, Dios!… Qué cosas me dices. Me excitas con tus dedos, con tus caricias, pero con esas palabras, con esa voz que posees… Me pones tan caliente… Creo que no voy a poder aguantar más.

Entonces sacó los dedos. Sintiendo el vacío, quiso moverse, pero él no la dejó. La agarró por las caderas y entró en ella. Moviéndose despacio al principio para ir aumentado la marcha y soltar su esperma cuando ella

movió el culo contra su pelvis un par de veces, a punto de correrse.

Fue en ese momento cuando la puerta de la habitación se abrió y, en la oscuridad, se escuchó una voz masculina:

—Cariño, ¿duermes?

Era la voz de Brian, que entraba sigiloso en la habitación y preguntaba con un tono de voz ni demasiado alto ni demasiado bajo.

Se oyeron ruidos, movimientos, crujir de sábanas, pero el prometido se hallaba en la antesala de la habitación dejando su maletín y su pequeña maleta, colocando con sumo cuidado su móvil de última generación sobre la alta y estrecha mesa de palisandro, aflojándose la corbata de seda y quitándose la americana. Después, se quitó el resto de la ropa y lo dejó todo sobre la banqueta de diseño moderno, que encajaba a la perfección con los muebles clásicos, y desabrochó su carísimo reloj de acero y oro para dejarlo al lado del móvil de manera delicada, como si tuviese dentro un contenido explosivo. Cuando por fin entró en la alcoba, Samantha, acostada, encendía la lámpara más cercana y, con gesto soñoliento y la melena revuelta, lo miró sorprendida.

—¡Brian! ¿Qué haces aquí? Pero ¿no…? ¿No venías mañana?

—Ya es mañana, cariño —contestó comiéndosela con los ojos.

—Pero… si no es de día.

Sam no daba crédito, su prometido se presentaba cuando ella estaba en el comienzo de lo que habría sido una noche de sexo gozoso, de saborear unas posturas y otras, de obtener varios orgasmos, de disfrutar del cuerpo de un hombre que, con solo mirarlo, la encendía.

Las palabras de su prometido llegaron a sus oídos, machacando sus obscenos pensamientos.

—Cariño mío, no podía ni quería esperar más. Tenía tantas ganas de verte, tantos deseos de tocarte, de amarte…

El hombre, con toda la luz dando de lleno en ella, deslizó la mirada por ese cuerpo que tanto le gustaba, que tanto deseaba y que estaba cubierto con unas braguitas negras minúsculas, y por esos pechitos tan bien puestos, tan duritos y tiesos como pequeños conos, con esos pezones gruesos y ligeramente oscuros. Verla así era superior a sus fuerzas y se excitó en el acto. Su miembro fue empalmándose hasta ponerse erecto y él se lo golpeó varias veces hacia abajo, para que rebotara contra su vientre. Le gustaba hacer eso, pues se sentía importante, muy macho, moviendo su gran miembro, sacudiéndolo para que ella viera lo que le provocaba, o lo que se había perdido mientras estaba lejos de él.

—No puedo evitarlo, mi amor. Es verte y mi polla toma vida… de golpe. Se pone dura a punto de reventar por todo lo que te deseo.

Se pasó la mano por el corto cabello rubio oscuro y movió la cabeza varias veces.

—¡Dios! —exclamó observándola con esa mirada gris—. ¡Qué guapa eres! —Se acercó a la cama y se sentó a su lado—. Ábrete de piernas o…, o me correré con solo mirarte.

Samantha intentó controlar la situación mientras pensaba si el Indio estaría en el balcón o ya habría bajado. Por suerte, no había ninguna prenda de él por la zona.

—¡Vamos, nena! Déjame que te quite esas braguitas. Déjame que te vea el coñito, que disfrute con su vista.

Ella soltó una carcajada y no dejó que lo hiciera. Se levantó de la cama, por el lado contrario adonde él estaba, y con una lasciva sonrisa se fue quitando las braguitas, viendo cómo su prometido se acariciaba el miembro y sabiendo que no iba a durar mucho.

Se volvió de espaldas y le mostró el redondo trasero, moviéndolo, agitándolo ligeramente; mientras, sin que él se diera cuenta, deslizó las bragas por el sexo y limpió los efluvios que todavía le mojaban la vulva. Tiró la prenda al suelo y él ya estaba a su lado, tocándole el culo precipitadamente, manoseándolo y frotando el miembro contra la carne turgente.

—¡Joder, nena! Cuánto te he echado de menos, cuánto he soñado con este maravilloso culo…, con tus gloriosas y tiesas tetas y ese coño… ¡Cuánto te he echado de menos! No te lo puedes imaginar. No sabes lo que provocas en mí.

Hizo que apoyara las manos sobre el colchón, la agarró por detrás y entró en ella en un segundo. La respiración del hombre llenó la habitación, los gemidos de éxtasis fueron en aumento y el gozo fue tan pleno que se corrió a los veinte segundos.

Agarrado a su cintura, echando su peso encima de ella, intentó disculparse.

Avergonzado, aunque algo así no lo pronunciaría, no lo diría en palabras.

Nunca.

—¡Joder, nena! Estabas tan húmeda, tan mojada, que no lo he podido evitar. Pero te has corrido, ¿verdad? ¿Te ha dado tiempo? Si no, no estarías tan mojada.

Samantha se movió para que él se incorporara y poder ir a la ducha.

—Claro, Brian —contestó al tiempo que le mostraba una sonrisa—. Voy a darme una ducha, hace calor.

—Claro, pequeña. ¿Quieres que ponga el aire?

—No, ya sabes que no me gusta dormir con el aire.

—Pues abriré la cristalera —añadió, pero ya estaba acostado en la cama limpiándose el miembro con el calzoncillo.

—Ya lo hago yo —soltó al momento.

Se dirigió hasta la puerta francesa y la abrió sin hacer ruido, pues no estaba cerrada del todo.

Ahí estaba.

Pegado a la pared.

Se observaron, ambos desnudos, y ella contempló su erección.

Dejó la puerta abierta de par en par y movió ligeramente las cortinas para ver con el rabillo del ojo cómo su prometido tomaba una pastilla para dormir, algo usual desde hacía varios meses. Se dirigió a la ducha y, una vez en el agua, se limpió a conciencia. Casi no daba crédito a lo vivido, a lo que había pasado, a lo que podía haber pasado. No pensó que ese hombre se moviera tan rápido, incluso limpió con la mano el semen que salía de su vagina. Cuando ella se echó en la cama para que Brian la encontrase acostada, él ya no estaba y su ropa tampoco.

Salió de la ducha y se lío el cabello en una espesa toalla, el cuerpo ni se lo secó.

En la habitación, Brian Kozeny dormía profundamente mientras ella lo miraba muy seria. Sabía que en esos momentos ningún ruido lo despertaría, a no ser que cayese una bomba. Se quitó la toalla, sacudió la melena para que se secara al aire y su paso siguiente fue salir a la terraza.

No esperaba que él siguiese ahí, pero así era.

Y lo más alucinante, su miembro estaba con la misma longitud, grosor y dureza que diez minutos antes.

No se dijeron nada.

Él le mostró una mano para que se acercara, para quedar en la zona oscura.

Ella obedeció.

Sus cuerpos se pegaron.

Sus bocas se buscaron, se encontraron, se juntaron.

Él la acarició mientras la besaba, poniendo en movimiento todos sus sensores, activándola al momento, excitándola de igual manera que cuando Brian los interrumpió.

Ella gimió como una gatita.

Él se tragó esos gemidos.

La agarró por debajo de los glúteos y la subió para deslizarse dentro.

—No hagas ruido —le susurró—. No quiero partirle la cara a tu novio.

Samantha ahogó una risita.

—No despertará hasta dentro de cinco o seis horas. Se ha tomado una pastilla.

Entonces él se movió con la joven agarrada a sus caderas. Se sentó en el borde de un sillón de la terraza sin salir de ella, apoyó la espalda en el respaldo y, cogiéndola por la cintura, la subió y bajó para deslizarla sobre su dureza.

Ella se dejó.

Disfrutó.

Esos brazos eran tan fuertes que hacían que el movimiento fuese rítmico, placentero. Notaba cómo la fuerza se aplicaba desde el torso, incluso desde más abajo, desde las caderas, recorriendo esos duros abdominales, llegando a los hombros donde ella apoyaba las manos, y continuaba por los brazos y antebrazos.

En el silencio de la noche, se oía la música de los grillos y, más cerca de ellos, el chasquido de esa fricción, de ese vaivén que hacían sus cuerpos con el fondo de los ronquidos del dormido.

La agarró por la cintura y la elevó para salir de ella. Fue consciente del sonido que salió de la boca de la joven, un sonido de queja, de asombro y de enfado, pues quería seguir jugando.

Y él también lo deseaba.

Por eso la hizo cambiar de postura.

La puso de pie, de espaldas a él, y le hizo apoyar las manos en la mesa de cristal, dando lugar a que el trasero quedara a la altura de su boca. Cuando Sam sintió los labios dar pequeños besos en las nalgas y al momento la lengua dar unas lamidas, movió lentamente el culo para provocar, para decirle sin palabras que eso le gustaba, que le daba mucho placer. Y cuando sintió las manos del hombre sobre los glúteos, separándolos, abriéndolos para deslizar la lengua, para chuparla entera durante un largo minuto, para al mismo tiempo deslizar una mano hacia delante y acariciar el sexo y jugar con el clítoris de manera deliciosa, tuvo que morderse la lengua para no gritar; porque, aunque Brian durmiera como un tronco, habría despertado a todos los durmientes del rancho en esa estrellada noche de lujuria y placer.

Dentro de esa nebulosa en la que se encontraba, con su prometido en la habitación roncando y ella en la terraza con ese hombre que apenas conocía, en lugar de frenar las cosas, de terminarlo pronto para que él se fuera, lo que hacía era todo lo contrario; movía el trasero como si fuese una bailarina de estriptis, provocando al hombre para que no parase de hacerle cosas a su culo y a su sexo. Estaba tan excitada que no quería que esas manos terminaran, deseaba que la tocase hasta irritar, hasta inflamar de tanto acariciar.

Y entonces volvió a cambiar la sintonía.

La sentó en su regazo, encima de su dureza y, contemplándola, le acarició los pechos, jugó con los pezones, se los metió en la boca para chuparlos, lamerlos y succionarlos.

Acarició la largura de esos muslos suaves y prietos despacio, provocando que la respiración de la chica se volviera lenta y profunda.

Llevó la mano al sexo para ver cómo abría los muslos al máximo

esperando sus caricias, esperando la fricción de los dedos, esperando la masturbación.

No la defraudó.

Fue lo que obtuvo.

Mientras esa mano la enloquecía, esa boca la besaba y esa lengua se enredaba con la suya, sintió cómo la invadía el sopor, cómo la sensación de ingravidez se apoderaba de ella a la vez que el brazo del hombre la sujetaba para evitar que cayera hacia atrás. Se corrió juntando las piernas, tensándolas y apresando la mano con la dureza de los aductores de sus tersos y largos muslos.

El hombre dejó que ella se recuperara, que la respiración se normalizase, que sus hermosos muslos se aflojaran. Y, cuando eso sucedió, volvió a cogerla por la cintura, la elevó y le dijo:

—Abre las piernas. Clávate en mí.

Ella obedeció o, más bien, se dejó llevar, pues lo único que hizo fue abrirse de piernas para que él, con los brazos, la dejase caer sobre su miembro y fuese entrando.

Y así, cabalgando encima de ese hombre que apenas conocía, agarrada a su cuello, pegada a su boca, sintió cómo derramaba su esperma dentro de su vagina. Sin dejar de moverse, ayudada por esas manos grandes que no se habían despegado de su estrecha cintura, sintiendo la humedad del semen, que al tiempo servía de lubricante, volvió a correrse de nuevo, asombrada de que algo así fuese posible, de que ese hombre le hubiera dado tanto en tan poco tiempo.

Capítulo 9

Samantha

Brian se mira y se remira en el espejo de cuerpo entero. Se ha puesto un pantalón de pinzas beis y un polo azul marino, todo muy casual pero carísimo. Se pone los mocasines italianos y es entonces cuando mira mi indumentaria. Llevo un vestido blanco, con vuelo, escotado, contrastando con mi piel bronceada.

—No te he visto con ese vestido. Es muy bonito. ¿Es nuevo?

—No. Lo compré hace unos meses cuando estuve en Ibiza.

—¿Ibiza?

—España.

—¡Ah, ya! La isla.

—Exactamente —añado mientras me miro en el espejo y pienso qué hacer con mi pelo.

Me lo recojo en un moño flojo con un par de palillos chinos, clavados de tal manera que no van a tener la valentía de caerse.

—¿Por qué no te lo dejas suelto? Tienes un cabello tan hermoso.

Lo dice de una manera…

—Me da mucho calor. Prefiero llevarlo recogido.

No deja de observarme.

Procuro ignorarlo.

De repente, pregunta:

—¿Y el anillo?

Muevo la cabeza y clavo la mirada en su rostro. Tiene una expresión entre curiosa y molesta. Me miro la mano. No llevo anillos ni pulseras, solo un sencillo reloj de acero y oro.

—Me lo dejé en Nueva York —contesto sin darle mayor importancia.

—¿Y se puede saber por qué? —Pero él no parece estar de acuerdo conmigo.

Me da que vamos a tener bronca.

Me da que ahora mi presencia, incluido mi pelo, no le produce ese letargo que parece atontarlo.

—Me olvidé. Tampoco tiene tanta importancia.

Ahora no se corta, se acerca hasta mí y muestra su enfado.

—Es tu anillo de compromiso, Sam. Un anillo que, por cierto, me costó cincuenta mil dólares, y desde que te lo di te lo veo puesto una vez de cada diez.

Intento defenderme, que no se lo tome a mal.

—Tampoco tanto, Brian. Además, sabes que cuando viajo no me gusta llevar joyas, y menos algo de tanto valor; y, cuando vuelvo, no me acuerdo de ponérmelo. No es para darle tanta importancia.

—¿Que no es para darle importancia? Todas las mujeres que conozco muestran sus diamantes, sus anillos de compromiso con orgullo, con placer, y las que no lo tienen, estarían gustosas de llevar uno como el que te regalé.

No me molesto en contestar.

No quiero dar pie a algo más.

Me calzo unas cuñas de colorines y me dirijo a una cajonera, de donde saco una cartera de un amarillo chillón.

«Si supieras lo que hice anoche mientras tú roncabas, el anillo de compromiso se quedaría en el olvido», pienso mientras guardo el móvil en la cartera.

—Me estás evadiendo —dice airado—. Estás pasando de mí como si te importase una mierda. Como si el anillo que te he regalado con el esfuerzo de mi trabajo no valiera una mierda.

Giro la cabeza y le contesto de una forma calmada, intentado explicar que tampoco tiene tanta importancia:

—Por supuesto que no, pero creo que estás sacando las cosas de quicio. Además, esto no va a cambiar. Me pondré el anillo cuando me apetezca; sabes de sobra cómo soy. Y tampoco creo que sea algo tan importante.

Me observa sorprendido abriendo los ojos al máximo, esos ojos grises claro que tanto me gustaron cuando lo conocí.

—Te oigo y me enfado. ¿Qué demonios te pasa?

—Qué demonios te pasa a ti. Me conoces, sabes que no soy de joyas —intento controlar el tono, pero sé que no lo estoy consiguiendo.

—Pero una cosa son las joyas en general y, otra, tu anillo de compromiso. Eso…, eso es algo similar al anillo de casada. Hay que llevarlo.

—Me da lo mismo, como si fuese la corona imperial. Y corta ya.

Me observa sorprendido.

Traspasándome con la mirada, queriendo descubrir qué ocurre y por qué le hablo así.

—¿Que corte?

Le mantengo la mirada.

—¿Qué cojones te pasa?

Me enfrento a él. Subida en las cuñas de diez centímetros no se nota tanto la diferencia de altura y, mirándolo a los ojos, pienso en el Indio; creo es un poco más alto que Brian, o tal vez son iguales. Y, pensando en ese hombre que ha alterado mi vida sexual, no me lo pienso y lo suelto:

—Creo que deberíamos darnos un tiempo, Brian.

—¿Cómo dices? —Agacha la cabeza, casi la pega a mi rostro.

Noto algo extraño en esa pregunta, pues su gesto, su expresión es de incredulidad y algo más… ¿Miedo?

Es igual, ya lo he dicho y no voy a volver atrás.

—Me has entendido de sobra. Lo nuestro no funciona. Cuando lleguemos a Nueva York, te devolveré el anillo y rompemos el compromiso. —La expresión de su rostro no tiene desperdicio, y ahora, más que miedo, veo pavor y rabia, indignación y enojo.

Siento ser tan franca, y justo en este momento, en este lugar, pero hay veces que las palabras surgen por tu boca como si tuvieran vida propia, como si estuvieran deseando salir a borbotones… Sí, eso es lo que está pasando.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —No levanta la voz, pero está haciendo esfuerzos para contenerse—. No tengo pensado romper nuestro compromiso. ¿Qué demonios te pasa? ¿Estás ovulando o vas a estar con la puta regla?

Me revienta que los hombres hagan esas preguntas, esas alusiones a las hormonas femeninas y a todo lo demás.

—No estoy enamorada de ti, Brian. Al principio me sentí atraída, muy atraída, incluso pensé que te amaba; pero, con el paso de los meses, me he dado cuenta de que no siento algo especial, algo como para dar el paso del matrimonio. Tendría que habértelo dicho antes de irme a África, no debería haberlo dejado, y al volver del viaje, como no estabas cerca y todo esto ya estaba programado…

Me mira estupefacto como si no me conociera, como si fuera un bicho raro. Creo que se siente traicionado, que piensa que soy de lo peor.

Se pasa las manos por el cabello, lo tiene rubio oscuro; es bonito, al igual que sus ojos grises. Pero en estos momentos esos ojos me miran horrorizados, dolidos, enfadados.

—¿Hay otro? Es eso, ¿no? ¿Te has liado con alguno en África?

—No me he liado con ninguno en África. ¿No me escuchas? No te quiero, Brian, no estoy enamorada.

No retira la mirada de mi rostro, y yo correspondo del mismo modo, pues no quiero que piense que lo estoy evadiendo o que le tengo miedo.

—¿Es por el sexo? Se trata de eso, ¿no?

Me encojo de hombros, intentando quitarle importancia a esa pregunta.

—Es… todo, Brian. Todo.

—Anoche te follé y te gustó. —Está levantando la voz.

—Ya he dicho lo que tenía que decir. No es necesario que sigamos hablando. Es más, no hay nada más que hablar.

Seguimos uno enfrente del otro.

—Yo no tengo culpa de que seas una frígida. O ¿por qué te crees que me corro tan pronto? Porque eres insulsa, no participas, no tienes chispa en

la cama, solo esperas que yo lo haga todo y tú, nada. El clásico comportamiento de la mujer que no disfruta, que espera que el hombre la folle y termine lo más rápido posible. Pues eso es lo que hago. Meterla y sacudirla para que no tengas que soportar más minutos.

Está a escasos centímetros de mi cara, noto la saliva que me salpica cuando suelta ese discurso.

Conque esas tenemos, ¿eh?

Te vas a enterar.

—Creo que estás equivocado, muy equivocado, Brian. Yo no soy frígida, pero tú sí tienes un problema de eyaculación precoz. Creo que eres un amante pésimo, y ahora me lo has demostrado con tus palabras.

Me separo y voy hasta la puerta. Me agarra del brazo, pero me suelto con un movimiento brusco y siento el arañazo de una uña que recibe la manicura al menos una vez al mes de una manicurista que va a su despacho.

Salgo de la habitación y me dirijo escaleras abajo mientras oigo cómo grita mi nombre, cómo las doncellas que atraviesan ese salón que da acceso a otros se quedan paradas, mirándome, para seguidamente elevar los ojos y ver a Brian, que me sigue al tiempo que vocea colérico mi nombre una y otra vez.

A pesar de las cuñas que llevo, me muevo rápida, atravieso la zona de la piscina y el jardín y salgo. Estoy llegando a la ducha al aire libre cuando me agarra violentamente y me zarandea como si fuese una muñeca; el blanco vestido revolotea entre mis piernas, abriéndose y cerrándose en torno a mis muslos.

Me grita, me dice que no va a consentir que lo deje, que es capaz de cualquier cosa si sigo con esa idea. Intento soltarme, pero no puedo; su mano me agarra con fuerza, sus dedos se clavan en mi brazo como si fuesen grapas.

En esos momentos, oigo una voz conocida y me sorprendo.

—Suéltala. —No ha gritado, pero consigue que Brian gire la cabeza y lo mire fijamente, pero sin soltar su presa.

Yo.

—¡Largo de aquí! No te metas en esto.

Intento soltarme, pero no lo consigo.

—Suéltame, Brian. Me estás haciendo daño.

Pero no hace caso.

Es entonces cuando el vaquero se acerca como un rayo y le suelta un puñetazo en toda la cara. Su mano se desprende a cámara lenta, dejando mi brazo libre, y él cae al suelo de tierra por el impacto.

Me asusto. Jamás he presenciado una pelea entre hombres, ni tan siquiera entre muchachos adolescentes, solo lo que he visto en las películas,

en las series. Y al ver al que ha sido mi prometido y al vaquero que apenas conozco, pero que sexualmente me ha provocado un placer jamás conocido, temo lo que pueda ocurrir.

Brian se levanta agarrándose la nariz —que gotea sangre y le ha manchado el polo, pero como es azul marino pasa más desapercibido—, mirando a Calder de forma asesina. Pensando que va a pillarlo desprevenido, agacha la cabeza y embiste contra el Indio, pero de nada le sirve, pues le suelta otro gancho y vuelve a tumbarlo.

Creo que tengo que intervenir, no puedo dejar que siga pegándole, pues es lo que va a pasar; por suerte, aparecen el capataz y otros dos vaqueros cuando Brian vuelve a levantarse. Pero esta vez no hace ningún intento de acercarse al Indio, solo grita y grita como un poseso:

—¡Estás despedido, cabrón de mierda! ¡Estás en la puta calle! —Mira al capataz y le grita—: ¡No lo quiero ver por aquí! ¡Despídalo!

Ron Duff se muestra serio, no intenta contentar al administrador de su jefe, algo que me sorprende.

—No pienso hacer nada parecido. Usted no es mi jefe, no recibo órdenes suyas.

—¡Hijo de la gran puta! —grita Brian, mirando a uno y, luego, al otro.

—Se puede poner como quiera. —Gira la cabeza y mira al Indio—. Calder, retírate. No quiero más líos.

Calder no desaparece, simplemente, se aleja un poco poniendo distancia, pero sin perderme de vista.

—Cabrones paletos. Vais a ir los dos a la puta calle, y me encargaré de que no os contraten en ningún rancho de aquí a la puta California —murmura Brian limpiándose como puede el rostro, al tiempo que hace gestos de dolor.

—No sé si la señorita Samantha va a denunciarlo —añade el capataz—, pero, si es así, estaré encantado de ir como testigo de la agresión que ha sufrido por su parte.

—¿Qué agresión ni que cojones? Estábamos hablando cuando ese imbécil me ha soltado un puñetazo.

—He visto cómo agarraba a la señorita, he visto cómo la zarandeaba y le gritaba, he visto cómo ella quería soltarse, pero usted la tenía fuertemente agarrada del brazo. Y he visto cómo Calder le ha dicho que la soltara.

—Idos a la mierda. —Ya no grita, solo murmura.

Se sigue tocando la nariz, es posible que la tenga rota, tal vez del segundo puñetazo.

—¿La acompaño a la casa, señorita Sullivan? —me pregunta el capataz.

Miro a ese gigante de dos metros y le sonrió.

—No es necesario, Ron. Pero debería llamar a un médico para que vea al señor Kozeny.

—Por supuesto, señorita. No se preocupe por él.

Brian se da media vuelta, mientras va murmurando que rodarán cabezas en cuanto llegue Obregón, y se dirige hacia la casa.

Los ojos de Calder no dejan de observarme, y la voz del capataz se deja oír de nuevo:

—¿Necesita algo, señorita? ¿Estará segura con ese hombre alrededor suyo?

—Claro, Ron. No se preocupe. Ya han quedado las cosas claras.

—¿Necesita algo más?

Me lo pienso un segundo.

—¿Puede mandar a alguien dentro de media hora para que me lleve al aeropuerto?

Él parece dudar.

—¿Está segura, señorita Samantha?

—Sí, muy segura.

—Claro. Sin problema. Sus deseos son órdenes.

Muestro una sonrisa, no le dedico ni una mirada al Indio y me giro con un movimiento de faldas para ir a la casa a paso lento.

Cuando llego, todo está revuelto. El prometido de Pia y el esposo de Beberly atienden a Brian, que está espatarrado en un sillón. Mis amigas me miran entre sorprendidas, confusas y asustadas. No digo nada y me dirijo a las escaleras sintiendo que alguien sube detrás de mí. Al llegar a la habitación, Erica cierra la puerta y me bombardea a preguntas. Mientras entro en el baño para coger mis cosas de aseo y guardarlas en la maleta, le cuento por encima lo ocurrido. Cuando termino, al tiempo que me quito el vestido ibicenco, lo meto en la maleta y me pongo unos pantalones de vestir y una blusa, Erica suelta resoplando:

—¡No me jodas! Has roto con él, habéis montado un numerito y encima el Indio le ha pegado dos hostias a tu prometido; bueno, exprometido. ¡Joder! ¿Cómo has dado lugar a que me pierda algo así?

Muestro una pequeña sonrisa ante ese comentario tan propio de ella, pero no añado nada. Cojo el bolso y compruebo que no falte nada.

—¡Eh, eh! Yo me voy también. No pienso quedarme aquí.

—No es necesario que vengas conmigo, Erica. Puedes terminar la estancia y, de paso, intentar ligarte a un vaquero.

—Qué les den a los vaqueros. Ya no me interesan. Es más, pienso que la mayoría son maricones.

Vuelvo a sonreír.

—El dueño de todo esto viene dentro de poco.

—Me la suda —suelta de mala gana.

—Erica, ¿es necesario que hables así?

—Por supuesto que sí. Pocas palabras y mucho contenido.

No puedo con ella.

Le doy un abrazo.

—Oye, quiero que te quedes. Te lo pido por favor. Así sabré todo lo que se diga y cómo están las cosas.

—Pia y Beberly te lo pueden contar.

—Prefiero que seas tú. Eres más astuta, más inteligente.

Me siento en la cama y agarro su mano, haciendo que se siente a mi lado.

—Además, quiero que conozcas al dueño de esto.

—¿Y por qué tanto interés?

—Porque quiero saber qué tipo de relación tienen Brian y ese hombre.

Erica se sorprende ante ese comentario.

—Pues ni que fuesen maricones.

Elevo los ojos al techo y vuelvo a fijarlos en el rostro de mi amiga.

—Escucha: bebe lo menos posible y estate atenta a cada palabra que se crucen, a cómo se tratan, cómo se llevan.

Erica arruga el ceño, frunce los labios y me mira como si estuviera loca.

—No lo entiendo. ¿Acaso piensas que esconden algo? ¿Que tienen negocios raros?

—No lo sé, Erica, pero tengo la mosca detrás de la oreja. No me preguntes por qué, pues no sabría decirte. Pero esta sensación la tengo desde hace unos cuatro meses. Tal vez sea mal pensada, pero pienso que Brian mueve mucho dinero, mucho…, demasiado.

—Eso es lo que hace un bróker.

—Sí, por supuesto. Pero en más de una ocasión ha mencionado cantidades de millones de dólares, y de los bienes inmuebles ya ni te cuento. No sé si exageró para darse importancia, para que le confiara la administración de parte de mi herencia o, simplemente, se pavoneó de lo que hace.

Los hermosos ojos verdes de mi amiga me miran suspicaces; sabe de sobra que no hablo por hablar y que soy muy intuitiva. Y también que no acuso si no tengo pruebas y que ciertas cosas no las comento con cualquiera.

—Bueno, puedo hacer un esfuerzo y, si el tipo no me resulta desagradable, puede que me acueste con él.

—Yo no te he pedido eso.

Ella muestra una deslumbrante sonrisa.

—Eso es cosa mía.

Cojo la maleta y mi bolso, y nos dirigimos al pequeño ascensor que se utiliza para subir y bajar el equipaje y que tiene la apertura en la planta

baja, hacia el lado contrario al salón donde están los demás.

Erica me acompaña hasta la puerta principal y vemos la furgoneta Mercedes blanca esperándome. Ron Duff sale del vehículo, pone la maleta en la caja y abre la puerta del copiloto para que suba.

Le doy un par de besos a mi amiga y le digo en tono bajo:

—No te metas en líos, no te metas con Brian. Oír, ver y callar.

—Sí, señora. Dentro de dos días me invitarás a comer y te contaré todo lo que averigüe.

Subo en la furgo y muevo la mano despidiéndome.

En ese momento no podía saber las consecuencias que derivarían de la petición que le había hecho a Erica.

Capítulo 10

Erica no obedeció. ¿Por qué iba a hacerlo si ella era como un animal salvaje?, si muchas veces actuaba por instinto y, otras, por deseo.

Y eso fue lo que pasó esa noche.

El gran jefe no llegó, fueron ellos a su encuentro.

Highland Park es un pueblo de gente rica, en el interior de la ciudad de Dallas, con su propio censo y alcalde, donde el 95 % de sus habitantes son blancos, el 0,50 % afroamericanos, el 2,90 % asiáticos y los hispanos y latinos rondarán el 4 o 5 %. Los hoteles de cinco estrellas rondan los setecientos dólares la noche, y las grandes mansiones abundan por doquier. Si quieres visitar el centro comercial más antiguo del mundo, aquí está, el Highland Park Village, creado en 1931, donde podrás encontrar las tiendas de lujo y adquirir un Balenciaga, Chanel, Dior, Valentino…, lo que quieras, lo que estés dispuesto a pagar.

La mansión situada en Beverly Drive, algo que hizo sonreír a Beberly, era una propiedad suntuosa, extremadamente lujosa, valorada en unos diez millones de dólares, dato que supieron por Brian. Y, aunque todos estaban acostumbrados al lujo —especialmente ellas—, no dejaba de ser muy agradable acudir como invitados a una hermosa mansión exquisitamente decorada, indicando el poder adquisitivo de su dueño y, sobre todo, el gusto por las cosas bellas.

El exterior era una arquitectura neoclásica y, por dentro, sus grandes estancias estaban decoradas con muebles lujosos, mientras que las telas y paredes eran en tonos blancos, cremas y algún toque de gris claro y dorado, a excepción de un salón biblioteca que estaba empanelado en madera de roble.

El buen gusto era patente en toda la mansión, y eso fue un punto a favor para Erica antes de conocer al anfitrión.

Alfred Obregón Ross era un hombre alto, delgado, con los ojos pardos y el pelo canoso que rondaba los cincuenta y cinco años. La piel bronceada contrastaba con el cabello plateado y, en lugar de hacerle mayor, le hacía muy interesante.

A Erica le gustó desde el primer momento y, a pesar de que lo acompañaba una morena despampanante con grandes pechos de silicona, un culo de escándalo, que seguramente también llevaba relleno, y unos morritos sospechosos, estaba dispuesta a acostarse con él.

Se puso un vestido ajustado de lentejuelas plateadas y doradas —le gustaba mucho el brilli-brilli— y un llamativo escote; por supuesto, era corto y dejaba ver sus piernas morenas adornadas por minúsculas pecas. No

le gustaban, preferiría tener un color dorado como el de Sam sin mácula, sin pecas, como mucho algún pequeñito lunar, plano y estratégicamente colocado; pero, como eso era imposible, mostraba lo que tenía y lo usaba como fuese necesario. Su cabello rubio rojizo estaba suelto, ondulado por las tenacillas, que manejaba de maravilla y sin estropear su hermosa melena.

Dejó que algún mechón se metiera por el escote y disfrutó cuando ese hombre maduro clavó los ojos en sus pechos a pesar de tener a aquella morena tan llamativa a su lado, que a Erica les recordaba a las mujeres que salen en los videoclips de reguetón y demás música calenturienta.

«Tal vez este tipo sepa distinguir una mercancía de otra», pensó la joven sonriendo al tener ese pensamiento tan machista… Pero las cosas son así, hay que llamarlas por su nombre, y si ella quería acostarse con ese hombre, tenía que mostrar sus cartas.

No se achicaba, iba a por todas, sin importarle quién pudiera hacerle la competencia. Que no conseguía sus deseos como le pasó con el Indio, pues mala suerte; no podías tenerlo todo.

Brian mostraba el principio de un hematoma en los párpados y ojeras, pero, por suerte para él, la nariz no estaba rota aunque sí inflamada. Y para compensar todo lo ocurrido, para olvidarse de Samantha, para no sentir la humillación en sus carnes, estaba embriagándose a conciencia.

Hablaron de temas diversos y se rieron de las ocurrencias del señor Obregón. Brian no tenía ganas de reír, pero logró sonreír un par de veces. El marido de Beberly y el prometido de Pia estaban algo incómodos por lo ocurrido entre Sam y Brian, pero después de un par de vinos se soltaron y los ojos se les iban a los escotes de las mujeres; en especial, al de la morena, pues era tan llamativo que las prótesis de Beberly se quedaban en mantillas.

Al acabar la cena, tomaron unas copas en la terraza, al lado de la enorme piscina, y en un momento en que Obregón se cruzó con Erica, le dijo dónde estaba su alcoba.

Una hora más tarde, cuando todos se fueron a sus respectivas habitaciones, Erica acompañó a Brian a la suya sin importarle las miradas que recibió de sus amigas y parejas.

Entró con él, lo desnudó dejándolo en calzoncillos y lo ayudó a acostarse.

—¡Oh! Muchas gracias, Erica. De verdad, muchas gracias. No me esperaba esto de ti, teniendo en cuenta lo mal que te he tratado en el pasado. —Estaba bastante borracho, pero recordaba perfectamente los improperios que había dicho sobre ella en tiempos no muy lejanos y en más de una ocasión.

—No tienes que darme las gracias, cariño. En realidad, me duele

mucho lo que Sam te ha hecho. Vale que tú y yo no hemos sido uña y carne, pero… —Le pasó las manos por la cara con suavidad—. Pobrecito mío. ¿Quieres que te consuele un poquito? —le preguntó acercando la boca a la suya.

Él entreabrió los labios. Ella penetró con la lengua y le dio un barrido al interior de su boca.

Brian, en la nebulosa en que se encontraba debido a tanto alcohol ingerido, se dejó besar por la amiga de su exprometida y palpó con las manos los muslos pecosos. Ella deslizó una mano por la entrepierna del hombre y, en un momento, le quitó el calzoncillo, admirando el miembro que comenzaba a moverse. Se separó y fue quitándose el vestido despacio. Primero, un tirante; luego, el otro; después, dejó los pechos al aire y los agitó para ver cómo el hombre abría los ojos al máximo. Siguió bajándolo hasta mostrar una braguita minúscula. Se lo quitó con cuidado para que no saltara ninguna lentejuela y lo dejó en la silla más cercana. Se plantó delante con los tacones de aguja, las piernas abiertas y los brazos en jarras, y bamboleó las tetas para él.

—¡Joder, nena! —Brian, con los ojos a punto de salirse de las orbitas, hacía esfuerzos para que no se le cerrasen, al tiempo que sentía cómo su miembro se endurecía.

—¿Te gusto, cariño? ¿Te gusta lo que ves? —preguntó sin dejar de mover los pechos.

—¡Oh, Dios mío!… Ya lo creo. Qué tetas más hermosas tienes.

Ella sonrió complacida.

—¿Te gustaría tocarlas? —preguntó mientras se retorcía los pezones—. ¿Te gustaría jugar con ellas? ¿Quieres meter la polla entre mis tetas y correrte de gusto?

Brian pensó que estaba en un sueño, uno porno, delicioso.

—Tócalas mi amor, juega con ellas. ¿Quieres?

—Pero…, pero ¿no se lo dirás a Samantha?

—Claro que no, cariño. Esto queda entre nosotros.

«Samantha no volverá contigo, tontorrón. Qué importancia tiene lo que hagamos», pensó la mujer.

Se colocó encima de él y restregó los pechos en su tórax mientras él los agarraba con las manos y se metía un pezón en la boca para chupar con ansia y ella frotaba su sexo contra la potente erección; una fricción rítmica, como un movimiento de baile, que sirvió para que Erica fuese calentándose y deseara clavarse en esa polla grande y dura.

Pero nada de eso sucedió.

Todo duró un minuto, o tal vez no llegó, pues fue el tiempo que tardó en eyacular, manchando las braguitas de Erica.

—Lo siento, nena, lo siento —se lamentó casi lloriqueando.

—No pasa nada, cariño. Estabas tan excitado que es normal.

—Sí, eso es. Eres tan hermosa, tienes estos pechos tan deliciosos, que no me he podido contener.

—Claro, Brian, claro. Ahora duerme, descansa.

Se quitó de encima y bajó de la cama.

—Es que me duele la cara, ¿sabes? Me duele toda la cara de los puñetazos que me dio ese cabrón.

Erica lo contempló con lástima mientras le venía a la mente la figura del Indio defendiendo a su amiga. Lo que hubiera dado por haberlo visto.

Brian no fue consciente de la mirada de la chica, pues estaba a punto de caer grogui.

—Claro, cariño. Ya verás cómo mañana estás mejor.

—Sí. Mañana estaré mejor y…, y te compensaré.

—Claro, mi amor. Duerme, duerme.

Fue mano de santo. Antes de que ella saliera de la habitación, después de quitarse las bragas y limpiarse, él dormía como un angelito.

No había perdido mucho tiempo, pues Brian era superrápido. «Por Dios, Sam, ¿cómo has podido estar con este tipejo?», pensó mientras sus pasos la llevaban hasta la gran alcoba del gran jefe.

Entró sin llamar y se encontró en un distribuidor. Tuvo la sensación de que se hallaba en otra casa, pues lo que estaba viendo en esos momentos no se parecía en nada al lujo elegante y distinguido de toda la mansión, incluidas las salas del servicio. El suelo estaba enmoquetado, de manera que sus tacones no hicieron ruido. Llevó los pasos hasta donde creía que debía estar la cama y, al llegar, sus ojos se fijaron en la gran alcoba, con paredes forradas de seda morada y una cama gigante y redonda que ocupaba el centro de la estancia y que, si querías, podías rodearla y jugar al pillapilla.

La decoración le chocó, pero, como las luces eran discretas y ella tampoco estaba por mirar más allá o analizar con detalle cada esquina, mueble o adorno, no supo ni vio las pequeñas cámaras colocadas en lugares estratégicos para grabar desde todos los ángulos lo que se hacía en esa habitación y en el resto de la mansión.

—Creía que no ibas a venir, preciosa pelirroja.

El hombre le sonreía desnudo, acostado en la gran cama, mientras la exuberante morena, desnuda también, le hacía una felación.

—Quita, nena. Deja que la pelirroja ocupe tu puesto. —Habló de manera suave sin dejar de mirar a Erica, que comenzaba a quitarse el vestido de la misma forma que había hecho minutos antes con Brian.

—No te quites los tacones —murmuró el hombre, y contempló cómo se desprendía del vestido, cómo mostraba sus pechos y cómo dejaba al descubierto el poco vello púbico, sonriendo al ver el color de ese adorno,

que era muy similar al de esa esplendorosa melena.

Ella mostró una sonrisa mientras lucía su cuerpo desnudo sin pudor alguno, sin importarle que la morena mostrase un cuerpo neumático, pues esa era la sensación, como si la hubieran hinchado igual que un globo —bueno, que varios globos— los pechos, las nalgas y los labios, incluso los pómulos.

Obregón señaló con un movimiento de cabeza una bandeja de plata con varias rayas de coca encima de la mesa más cercana.

—No necesito esa mierda para follar ni para comerme una polla. Ni para nada de nada —dijo con maneras chulescas.

Obregón sonrió y, sin decir una palabra, vio cómo se acercaba hasta él.

—Espera. Date la vuelta. Quiero verte por detrás.

Ella obedeció.

Se dio la vuelta y le mostró el trasero. Sabía que no tenía un culo tan perfecto como Sam, pero estaba bien, más que bien.

Lo puso en pompa y lo meneó varias veces, al tiempo que torcía la cabeza y miraba al hombre guiñándole un ojo.

—Todo natural. Aquí no vas a encontrar silicona por ningún lado, pero sí vas a tener sexo hasta saturarte.

Se dio un azote en un glúteo, dejándolo colorado, sin perder detalle de cómo la miraba el hombre. También se fijó en la erección que mantenía e imaginó que se debía a la coca, viagra o las dos cosas.

—Quiero que juegues con Susy un poco. —Fue una orden dicha como un ruego.

—Si ese es tu deseo. No me van las tías, pero no me importa jugar un poco para ir calentando. —El hombre mantenía los ojos clavados en ella.

Erica sonrió y se acercó hasta la morena despacio, moviendo el culo, dejando que sus pechos se movieran al compás de su cuerpo. Esta permaneció estática mirando los movimientos de esa rubia pelirroja.

Llevó las manos a los pechos de silicona y los tocó con suavidad. Los bordeó, los sopesó y los estrujó un poquito.

—Uuum, nunca había tocado unos. Beberly los tiene, no tan grandes. Un día le dije que me los dejara tocar, pero no quiso, se escandalizó. Yo le dije: «Solo quiero palparlos, no voy a tocarte el coño», y aún se escandalizó más. —Una pequeña risa salió de los gruesos labios de la morena.

Los manoseó y frotó los pezones, viendo por el rabillo del ojo cómo el hombre se acariciaba los testículos. Enseguida notó cómo la morena estaba excitándose y aprovechó para acercar su boca y juntarla con la otra. No fue un beso, más bien un deslizamiento, pero, al momento, mientras seguía jugando con esos pechos grandes y duros como piedras, sacó la lengua y dejó que la tal Susy se la comiera.

En un momento estaban comiéndose las bocas una a la otra y

aplastándose los pechos mutuamente mientras se agarraban del cabello o de las nalgas, según surgiera, para dirigir los movimientos.

—Parad, nenas, por favor, parad.

Ellas, con las bocas entreabiertas, jadeando, miraron al hombre que, sujetándose el miembro, las contemplaba con los ojos brillantes.

—Ven aquí, Erica. Súbete en mi polla.

La joven se dirigió hasta la cama, cimbreando el cuerpo de manera sensual, sin importarle que sus pechos estuvieran algo caídos. Se montó encima y se clavó de una, haciendo que el hombre se encogiera ligeramente.

—¡Guau! Eres una hembra muy caliente.

—No lo pongas en duda, nene.

Obregón rio ante ese calificativo.

—Ven, Susy —pidió el hombre—. Acércate, mi reina, que te coma el conejito mientras Erica me folla.

En un momento, Obregón estaba atravesado en la cama, Erica cabalgando sobre él y Susy, con el sexo encima de su cara, mirando hacia Erica para jugar con sus bocas y acariciarse los pechos. Esa situación duró varios minutos, y cuando Erica pensaba que iba a correrse, se sorprendió al ver que le daba una palmada a la morena y la hacía moverse de su cara.

La chica era obediente y actuaba al momento.

Dejó de montar la cara del hombre y bajó de la cama.

Erica todavía permanecía unida a él, esperando ordenes o deseos.

—Susy, cariño. Vete a tu habitación.

La joven hizo un puchero, se tocó los pechos y los estrujó.

Obregón llevó las manos a la cintura de Erica y se la sacó de encima, dejándola en la cama. Seguía igual de empalmado. Se levantó y se acercó a la morena. Le dio un morreo en toda regla mientras le estrujaba el sexo con la mano durante unos minutos. La morena jadeó y se agarró a su cuello mientras las bocas permanecían juntas y esa mano seguía masturbándola. Cuando acabó, la miró con dulzura y le repitió:

—A tu habitación.

Le dio un azotazo cariñoso, y ella salió al distribuidor y desapareció.

Obregón miró a Erica.

Sin decirse nada, esta salió de la cama con cuidado de no clavar los tacones en el colchón. Se acercó hasta él y se paseó alrededor mientras esos ojos astutos la observaban minuciosamente. Ella cada vez se acercaba más y dejaba que sus pechos rozasen la espalda del hombre o el tórax.

—Me gusta que hayas despedido a tu muñeca hinchable —susurró con una sonrisa, provocando otra en el hombre—. Te quiero todo para mí —añadió deslizando la punta del dedo índice por un oblicuo, que, sin estar muy marcado, se dejaba ver—. ¿Crees que podrás? ¿O tenemos que llamar

a alguien más?

El hombre la agarró del brazo y la pegó a él besándola con rudeza, estrujándole los pechos.

—¿Te hago daño?

—En absoluto. Los míos no pueden reventar. —Sacó la lengua y se mojó los labios antes de preguntar—: ¿Quieres que yo te lo haga? —la pregunta salió en un tono muy bajo, taladrándolo con sus verdes ojos.

Él la observó atentamente.

—¿Me harías daño? ¿Serías capaz?

—Si tú quieres.

—¿Y qué me harías? —Se humedeció los labios.

Ella volvió a moverse alrededor del hombre.

—Si eres un niño malo —susurró al tiempo que deslizaba la palma de la mano por un glúteo—, te puedo dar unos azotes.

El hombre respiró profundamente.

—¿Y qué más? —preguntó excitado, realmente excitado, más que cuando estaba con las dos.

—Te azotaré el culito y te estrujaré esas pelotitas que tienes de juguete mientras te monto como un caballito.

El hombre se movió, se puso a cuatro patas y la miró sin decir nada.

Los ojos de Erica brillaron de excitación.

Sintiéndose poderosa, se subió encima de su espalda, entre los riñones y el trasero. Le dio un par de azotes para ver cómo él se contraía, volvió a darle otro, otro y otro subiendo de intensidad y le dio otros cuatro, para acabar cogiéndolo de los huevos y apretándolos ligeramente.

—Eres un niño malo, muy malo, y has enfadado a mamá.

Con su mano apretando los testículos se corrió de golpe, convulsionando su cuerpo, arqueando la espalda y moviéndose como si fuese un caballo, al tiempo que jadeaba de puro placer.

Ella desmontó su caballito humano y, al ver que él no sé movía, que estaba esperando que continuase con el juego, se agachó, se puso de rodillas y acarició el pene, que aún mantenía algo de erección.

—Oh, mi pequeño hombrecito. Has sido malo, te has corrido muy rápido.

Sin preámbulos, le dio un azotazo y le pegó un tirón del miembro.

—Malo, más que malo.

Ella se levantó y, mirándolo por encima del hombro, se dirigió hasta la cama, quedándose de pie.

—Ven con mamá —ordenó dándose una palmada en el muslo.

Él se incorporó y fue hasta ella.

Con cara de lástima, cogió un gran pecho y se metió el pezón en la boca.

—¿Quieres mamar? ¿Mi pequeñín quiere mamar? —preguntó la joven, que estaba disfrutando de lo lindo con ese juego pervertido.

Él hombre afirmó en silencio, y ella le hizo soltar el pezón. Lo tomó de la mano y se sentó en el borde de la cama.

Con voz enérgica, le ordenó:

—Quítale los zapatos a mamá.

Obedeció al tiempo que le acariciaba las piernas mientras desabrochaba la tira del tobillo y ella las abría para mostrarle el sexo. Los dejó caer al suelo y se quedó mirando durante un rato el sexo, que se mostraba en todo su esplendor.

—Muy bien, mi nene. Ahora, me vas a comer el conejito hasta hacerme gritar de placer y luego…, te daré lo que quieres.

Por un momento, Erica pensó que se había pasado de la raya, pues el hombre se había quedado quieto, mirándola fijamente, y le pareció que la expresión le había cambiado. Que algo había cambiado.

Estaba segura y hasta sintió algo de temor.

Pero no fue así, pues, al momento, deslizó un dedo por toda la raja, lo metió hasta la primera falange, lo movió en círculos, lo sacó y se lo chupó para fijar la mirada en la chica y ver cómo se la devolvía.

Erica estaba caliente como no recordaba, pero, al mismo tiempo, tuvo una sensación de peligro, pues el hombre la miró de una forma extraña, una mirada que no supo cómo catalogar; pero era tal el deseo que, cuando ese dedo volvió a tocarla, a penetrar un poco, a moverse y hacer ruiditos con sus fluidos, lo dejó pasar. Abrió las piernas al máximo para que el hombre mirase los labios mayores y menores, para que le toquetease el clítoris, para que, con las dos manos, le abriera la vulva y la contemplase a sus anchas.

Ella estaba tan caliente que empleó un tono ñoño para preguntar:

—¿No te vas a comer el conejito de mami? —Él la miró extasiado mientras la mantenía abierta con las manos.

Aflojó la abertura, agachó la cabeza y se puso a lamer el sexo de la mujer. Solo pasaron unos segundos cuando ella comenzó a jadear, pues por primera vez en su vida se encontraba con un hombre que sabía comer un coño de manera precisa y golosa.

Se corrió en poco tiempo, aplastando la cabeza plateada contra su carne caliente e inflamada y, al poco rato, tenía a Alfred Obregón Ross mamando primero de un pecho y, después, de otro.

Capítulo 11

No había bebido apenas la noche anterior, pero todo lo que había hecho en la habitación de ese hombre le venía a la mente como una borrachera. Tuvo tiempo para analizar lo sucedido y pensó que ese tipo no debía tener muy bien el coco cuando disfrutaba de aquella manera; pero, por otro lado, ¿cómo lo tenía ella, que había disfrutado como nunca de esa noche de vicio y placer?

Sus amigas y respectivas parejas habían abandonado la mansión de Obregón, ni que decir tiene que tanto Beberly como Pia se sorprendieron cuando ella les dijo que se quedaba unos días en la casa del anfitrión. Como estaban los hombres delante, no quisieron hacer comentarios y quedaron en llamarse.

Más tarde, se despidió de Brian; este, moviendo la cabeza a un lado y a otro para asegurarse de que nadie los veía ni oía, la arrinconó en una esquina del salón principal.

—Espero que seas discreta —su semblante era serio y su tono, con un ligero reproche, nada que ver con la noche pasada—, y que no comentes nada con Samantha.

—¿Te acuerdas de lo que sucedió?

—Claro que me acuerdo. Estaba borracho pero consciente.

Ella desplazó la mirada por el rostro del hombre, comprobando cómo los hematomas se habían unido en uno grande que le ocupaba todo el centro de la cara y la inflamación estaba al máximo.

Le mostró una sonrisa condescendiente.

—Brian, creo que todos somos adultos y sabemos lo que hacemos. No pienso contarle nada a Sam, al menos, de momento. Pero, de todos modos, mentalízate de que lo vuestro está acabado, más que acabado. Hazme caso, cariño, no esperes que Sam cambie de idea, porque no lo hará.

A Brian no le gustó nada lo que le dijo.

—¿Hay alguien? —preguntó apretando el mentón y, con ello, provocando dolor en su rostro.

—No. Al menos, que yo sepa.

—Pero… ¿crees que podría haber alguien?

A Brian Kozeny no le apetecía humillarse ante la mejor amiga de su exprometida, pero se rebajó y lo hizo.

—Sinceramente, no.

—Entonces…, aún tengo esperanza.

Erica movió despacio la cabeza.

—Pierdes el tiempo. Te lo puedo asegurar. Cuando Samantha da un

paso, no da marcha atrás.

El hombre mostró su malestar.

—También dio el paso cuando aceptó el compromiso.

—Bueno, si lo quieres mirar así. Pero, realmente, el que dio el paso fuiste tú; ella se vio entre la espada y la pared, no quiso hacerte daño… y cometió ese error aun sabiendo que no sentía por ti el suficiente amor. Pero ahora lo ha subsanado, ahora eres libre para hacer lo que te plazca y ella… también.

Brian observó durante unos segundos a la mejor amiga de su exprometida.

Erica le devolvió la mirada consiguiendo que él se sintiera molesto, pues era consciente de su rostro magullado y le molestaba enormemente.

—¿Te quedas con Obregón?

Ella pareció pensárselo durante un momento.

—Sí, voy a pasar una temporada con él a ver qué tal. Tal vez me guste.

Brian siguió observándola minuciosamente, sin importarle su rostro hinchado y los colores del hematoma, y Erica le mantuvo la mirada, pero llegó un momento en el que la incomodó.

—Tal vez no te guste. Obregón es un tipo…, cómo decirlo…, especial.

Ella soltó una carcajada.

—Entonces, me va a encantar. Estoy harta de los tipos ordinarios.

—Alla tú, luego no digas que no te avisé.

Las palabras sonaron a advertencia o, tal vez, solo se puso borde por decirle esas cosas de Samantha.

El hombre hizo un amago de sonrisa y se separó de la mujer.

Erica vio cómo se alejaba, saliendo del salón, abandonando la mansión, para subir en el taxi que lo esperaba fuera.

—Estúpido picha floja —murmuró al quedarse sola.

Tomó rumbo a su habitación mientras pensaba dónde estaría la tal Susy.

Un rato después se había cambiado de vestido y, tirada encima de la cama, hablaba con Samantha.

—¿Que te quedas con ese hombre? ¿Estás loca? No lo conoces.

La voz de Sam sonó alterada, pues más de una vez pensaba que su amiga no sabía lo que quería.

—Por eso, quiero conocerlo más, mucho más. —La voz de Sam quiso surgir, pero Erica no la dejó—: Además, no puedes imaginarte cómo es en la cama. Es el tío que mejor me ha comido el coño. Ni te lo imaginas. Tiene una lengua que parece kilométrica; se mete por todos los rincones y te pega unos chupetones que…

—Por favor, Erica. Estoy hablando en serio.

—Y yo. Muy en serio. Creo que es el espécimen masculino ideal, una

mezcla entre chimpancé y bonobo —soltó una carcajada recordando la conversación en el avión, pero Samantha no le rio la gracia—. Además, ¿qué puede pasar, que dentro de tres meses lo mande a paseo y vuelva a Nueva York? Pues vuelvo y otra experiencia más.

—Que tú lo mandes a paseo o que él te mande a ti.

—Da lo mismo, cariño. Al final, lo que sea será.

—Es muy mayor para ti.

—¡Aaah! No seas anticuada, Sam. Mayor, mayor.

—Tiene más edad que tu padre.

—Sí, reconozco que eso es lo que menos me gusta, pero no me importa. No creo que dure mucho, de manera que no voy a estar dando la medicación a un viejito. No te preocupes. Quiero disfrutar de esto hasta que me canse.

—¿Y tu trabajo?

—Nena, estamos forradas, trabajamos para no desentonar, porque es lo que se espera de nosotras; así que, por el momento, lo dejo. Luego, ya veremos.

—Está bien, ya eres mayorcita. No voy a decirte lo que debes o no hacer. Pero no me gusta nada pero nada lo que tienes pensado hacer.

—Anda, no seas mojigata. Quiero disfrutar hasta que me canse, eso no tiene nada de malo.

—Está bien. No puedo contigo. ¿Y Brian? ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo lleva todo lo que ha pasado?

Erica la puso en antecedentes, saltándose el episodio personal. Sabía que a Sam no le importaría, pues, a fin de cuentas, el compromiso estaba roto, pero prefirió no decir nada. Luego, con el tiempo, cuando estuvieran recordando cosas pasadas, se lo contaría y se reirían un buen rato a la salud del eyaculador precoz.

—¿Te vas de viaje?

—Sí. Me voy a Alaska una semana.

Samantha le contó a grandes rasgos el trabajo que iba a hacer en «la última frontera», como también era conocido el estado

—¿Y cuándo vas a ver a Brian?

—Cuando vuelva, lo llamaré y quedaré para devolverle su anillo de compromiso.

—Me alegro de que hayas roto, Sam. Ese hombre es una auténtica mierda, y te lo dice una experta en el tema.

—Bueno, en el fondo, me da lástima. No tendría que haber dejado pasar tanto tiempo, no tendría que haber aceptado el anillo… Por entonces ya tenía dudas, y las dejé pasar.

—Bueno, más vale tarde que nunca. Espera. —Hizo una pausa y volvió a hablar—: Te dejo, nena, mi hombre se acerca. Cuando vuelvas de Alaska,

hablamos.

—De acuerdo. Ten cuidado.

—Siempre, nena.

Erica dejó el móvil encima de la mesita de noche de la hermosa habitación que le habían asignado y revolvió en su bolso.

El hombre tocó con los nudillos en la puerta entreabierta y entró sin esperar contestación; ella clavó los ojos en su nuevo amante.

Se plantó delante, elegantemente vestido y con una sonrisa en los labios. Sacó algo del bolsillo de la americana de lino y se lo enseñó. Era una pulsera de oro blanco y esmeraldas, que mantenía entre el pulgar y el índice.

—¿Te gusta? —preguntó sin dejar de sonreír.

Ella cogió delicadamente la joya y la miró con atención. Sabía de joyas, su madre tenía muchas y ella las llevaba más de una vez.

—Es una preciosidad.

Él se la quitó de la mano y se la puso en la muñeca.

Metió la mano en otro bolsillo de la americana y sacó un collar que hacía juego con la pulsera, pero de mayor tamaño. De hecho, las esmeraldas eran impresionantes; en especial, la central, que colgaba en forma de lágrima.

—¿Y este? ¿Te gusta? —preguntó el hombre mirándola fijamente, pasando revista al rostro limpio, sin maquillaje, luminoso, al hermoso cabello y a esos grandes pechos que estaban aprisionados debajo del vestido ajustado a su cuerpo y que solo mostraba los brazos y las hermosas piernas.

La joven puso cara de asombro haciendo un poco de teatro, pues su madre tenía una colección de joyas impresionante y a ella, después del primer vistazo, de la primera puesta, no le producían ni frío ni calor. En eso, Samantha y ella eran parecidas.

—Guau, ya lo creo. Tú sí que sabes de joyas. Mi mamá tiene uno parecido a este, aunque las esmeraldas son algo más pequeñas.

—Esmeraldas colombianas. ¿Las de tu… mamá también lo son? —Arrastró el sustantivo, dándole una entonación sexual, al tiempo que la levantó de la cama y le bajó la cremallera del vestido, dejándola en tanga y sujetador.

Erica soltó una risa coqueta.

Le abrochó el impresionante collar, le soltó los ganchos del sostén tirándolo al suelo y le acarició los pechos, para continuar con el tanga, deslizando la prenda por los muslos, acariciándolos al tiempo que le soplaba en el vello púbico, provocando unas risitas en la joven.

—No sé si son colombianas, se lo preguntaré la próxima vez que la vea, pero me da que ni lo sabrá ni le importará. Ella mide las joyas por el

tamaño y los dólares.

—¿Y tú? —preguntó al mismo tiempo que comenzaba a masturbarla.

—A mí, las joyas no me importan. Yo prefiero a un hombre como tú antes que unas colombianas —contestó mientras aumentaba la agitación de su cuerpo.

—¿A pesar de mis defectos? —La miraba a los ojos, la agarraba por la cintura con el brazo izquierdo y la masturbaba con la derecha.

—Tus defectos me gustan mu… cho.

—¿Estás segura?

—Ajááá…

Cuando estaba a punto de venirle, él dejó de tocarla.

Se miraron a los ojos, Erica sorprendida de que la hubiera dejado a dos velas y esperando una explicación. Pero lo que salió por la boca del hombre fue una pregunta:

—¿Me dejas que te dé unos azotes?

Ella lo miró sorprendida, pero también excitada.

No se lo pensó.

—Sí.

Obregón cerró la puerta de la habitación, cerró las cortinas para que la habitación se quedara en penumbra y se fue desnudando con la vista clavada en la chica.

—Has sido una niña muy mala, Erica. Papá te ha regalado ese collar tan bonito y esa pulsera…, y tú… has sido mala.

Erica rápido se puso al nivel del hombre. Todo era un juego, un juego sexual, y quería saber de qué iba este, aunque por el comienzo ya se lo imaginaba.

Hizo un puchero y se apretujó los pechos, apresando la gran esmeralda entre ellos.

—No, no va a servirte de nada que menees esas tetas que tienes. Ni que me enseñes ese precioso coñito. No.

Ella siguió con los pucheros al tiempo que se llevaba los dedos al sexo, con la mirada del hombre sobre su cuerpo.

Él ya estaba desnudo, pero su pene no estaba erecto.

Se sentó en el borde de la cama.

—¡Ven aquí!

Ella se acercó y él la colocó en su regazo, con el abdomen contra sus muslos, bocabajo.

Comenzó acariciando los glúteos con suavidad, con mucha suavidad. Deslizando la mano por todo el contorno, dibujando la raja primero, para meter el dedo después. Notando cómo la joven sentía, se contraía, disfrutaba.

—Eres mala, Erica. Muy mala. ¿Cuántas veces he de decirte que no

seas una niña cochina, que no puedes ir enseñando tus pechos ni tu conejito a nadie? —En ese momento deslizó un dedo por la abertura hasta llegar al sexo y le acarició la raja en profundidad.

Ella sintió un ramalazo de placer y se excitó más de lo que estaba.

—Es que…, es que me gusta enseñar mis tetitas y mi conejito…, papi.

En ese momento llegó el primer azotazo, provocando que Erica se mordiera el labio para evitar el grito.

—Puta, eso solo lo hacen las putas. —Le arreó otro azotazo… y otro.

Gimió de dolor, pero no se movió, y podía haberlo hecho, pues él no la sujetaba, solo la sostenía sobre sus piernas.

—¿Vas a hacerlo más?

Otros dos azotazos.

—Nooo, no lo haré más.

—No lo haré más, ¿qué? —Otro, más potente que los anteriores—. No lo haré más, papi.

Otro.

Ahora las lágrimas se escapaban de los hermosos ojos de la joven mientras el collar se agitaba con los movimientos de sus gimoteos y de los azotes.

Otro.

Otro.

—No lo haré más…, papi —repitió conteniendo el llanto.

—Promételo, promételo.

Otro y otro más.

—Te lo prometo, papi. Te lo prometo —soltó de corrido, aguantando el escozor, el dolor y notando cómo el miembro se había endurecido, cómo empujaba contra su costado.

Se hizo el silencio mientras la mano del hombre descansaba sobre un glúteo.

—Muy bien, mi nenita. Muy bien. Ahora papi te curará tu pupita. ¿De acuerdo, mi niña bonita?

Ella solo emitió sonidos, sonidos que querían decir que sí.

Comenzó como al principio, acariciando el trasero, deslizando una mano hacia arriba y hacia abajo para luego desplazarla en círculos, abarcando toda la carne, calmando el dolor, apaciguando la rojez que adornaba ambos cachetes.

—¿Te gusta, mi nenita? —preguntó sin dejar de acariciarla.

—Síííí —afirmó entre gemidos, pues en ese momento le abría las redondeces y metía los dedos ensalivados para deslizarlos arriba y abajo por la raja del culo.

Ella apoyó las palmas de las manos en el suelo de madera y empinó el trasero para que la mano masculina llegara al sexo, para acariciarlo

lentamente al principio e ir aumentando el ritmo hasta llegar a un punto frenético que la hizo gritar de placer.

Estuvieron así hasta que ella se corrió y entonces la levantó, hizo que apoyara las manos en la cama y la penetró por detrás.

Ella no esperaba sexo anal, pero podría haberlo imaginado. De todos modos, no le importó, pues estaba tan excitada que no pensó en rechazarlo.

—Así, mi pequeña, así. ¿Te gusta cómo te folla papi? ¿Te gusta? —preguntó jadeando y dándole fuerte.

—Sí, sí, sí…

Mientras ambos llegaban al borde del abismo, varias cámaras minúsculas grababan todo lo sucedido.

Dos horas más tarde, le dijo que se iban de viaje a San Francisco.

Erica, encantada con su nuevo amante, elucubrando sobre lo pasado, sobre esos jueguecitos sexuales, pero deseando repetirlos, no pensó en nada más. Solo en disfrutar el presente, seguir disfrutando y seguir siendo el juguete de ese hombre hasta que —ella— se cansara.

En palabras de Tito Livio, historiador romano nacido antes de Cristo: «Cuanto menor es el miedo, tanto menor es el peligro».

Erica no le tenía miedo a nada y a nadie, y, como ella misma mencionaba a Oscar Wilde: «Todo es peligroso. Pero, de no ser así, no valdría la pena vivir».

Capítulo 12

Samantha volvió de su viaje a los ocho días de hablar con Erica. Pasaron otros cuatro mientras se reunía con editores, gestionaba otros trabajos y pasaba algunos ratos con sus padres, que se iban de viaje en unos días. Y, sobre todo, miraba una y otra vez las fotos que le hizo al Indio.

Llamó, y el teléfono de Erica no dio señal.

Volvió a llamar al día siguiente, y tampoco. Le mandó varios mensajes, que no obtuvieron respuesta.

La siguiente llamada fue a Pia.

—No tengo ni idea, Sam. Cuando nos fuimos de la casa de ese hombre y dijo que se quedaba con él, nos quedamos un poco…, bueno, ya sabes, de esa manera. Pero luego, hablándolo entre nosotras, dijimos «Qué quieres, estamos hablando de Erica. De ella podemos esperarnos cualquier cosa». Pero claro, después de lo que ha pasado en el rancho…

—¿De qué hablas?

—¿No lo sabes? ¿No te has enterado? —preguntó sorprendida.

—No. Llegué hace cuatro días de Alaska y he estado haciendo cosas.

—¡Ah!, es verdad. Creía que lo sabías. Y no te hemos querido molestar por…, bueno, por darte tiempo y esas cosas.

—¿Me quieres decir de qué hablas?, ¿qué ha pasado en el rancho?

Pia se lanzó en picado.

—A los dos o tres días de irnos, el rancho fue invadido por el FBI y la DEA.

Hubo un momento de silencio entre ambas, fue la voz de Sam la que exclamó con potencia:

—¡Venga ya!

—Sí, sí. Como te lo estoy contando. No sé los detalles, pero a Brian lo detuvieron y luego lo soltaron bajo fianza. ¡Una fianza de un millón de dólares!

—Brian detenido —repitió casi en un murmullo.

—Sí.

—Pero… ¿por qué?

—Drogas, blanqueo y no sé cuántas cosas más.

—Maldita sea, Pia. ¿Quieres decirme todo lo que sabes, ampliar algo más?

Pia resopló, le incomodaba hablar de algo que no controlaba al cien por cien.

—Parece ser que los camiones que utilizan para transportar ganado, caballos o cosas así, tenían un fondo falso, y ahí llevaban la droga. Cuando

los federales hicieron su aparición, descubrieron dos vehículos con no sé cuántos kilos de cocaína. Joss dice que es coca colombiana.

El futuro marido de Pia era abogado y había podido averiguar más cosas de todo aquel delito.

—Y Brian está metido en todo eso —dijo Samantha sin poder dar crédito.

—Él dice que no, que no sabía nada. Que solamente manejaba el dinero de Obregón, las acciones en bolsa y otras inversiones, pero todo legal.

—Y ese tal Obregón, ¿dónde está?

—Desaparecido.

—¡Dios mío! ¡Erica!

—Sí, Erica se quedó con él y…

—Tengo que hablar con Brian.

—Vale. No te olvides de la boda.

—¿De qué boda?

—¡Sam! De la mía. Es dentro de ocho días.

—Sí, sí, perdona. Claro que no me olvido.

—Había pensado en aplazarla, pero Joss puso el grito en el cielo; dijo que no iba a posponer su boda porque una amiga de su prometida fuese una fresca y se hubiese fugado con un traficante. Bueno, no dijo fresca, empleó otro adjetivo.

Sam la interrumpió:

—Seguro que da señales de vida antes.

Lo dijo sin pensar en el significado de la frase y, al momento, sintió un escalofrío.

—Esperemos.

—Si sabes algo más, me llamas y me lo cuentas, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Lo que te cuente Joss también.

—Vale —añadió no muy segura de sí misma.

—Hablamos —cortó la llamada sin esperar contestación.

Al momento marcó el número de Brian, cuatro tonos y escuchó la voz alicaída.

—Hola, Samantha. ¿Ya te has enterado?

—Me lo acaba de contar Pia. ¿Qué es lo que pasa, Brian? ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada, te lo juro. Administraba su dinero, lo invertía en bolsa y en otras cosas…

—En lugar de lavanderías, utilizabas los ranchos.

Brian se quedó en silencio.

La palabra «lavado» tiene su origen en las lavanderías que crearon las mafias estadounidenses en los años 20 para blanquear el dinero del tráfico

de armas, alcohol, prostitución y extorsión. El terminó lavado o blanqueo fue utilizado por vez primera y judicialmente en los Estados Unidos en 1982, en relación con el blanqueo procedente de la cocaína colombiana.

—Pero ¿qué dices? No hay nada de eso. Todo era legal. De verdad, todo lo que yo hacía para Obregón era legal.

—Vamos, Brian. Has pagado una fianza de un millón de dólares.

—¿Y qué? Ellos buscan un chivo expiatorio. Yo solo hacía mi trabajo. Obregón me daba un dinero y yo se lo invertía.

Se hizo el silencio entre ellos y fue Samantha la que lo rompió:

—Espero que te hayas buscado un buen abogado, Brian.

Él no hizo caso de esas palabras.

—Ven a casa, Samantha. —Ella no contestó—. Por favor.

—De acuerdo. Dentro de un par de horas estoy ahí.

Brian vivía en la calle 42, cerca de la séptima, en un pequeño pero lujoso apartamento que había amueblado y decorado con pequeñas obras de arte a raíz de comenzar a ganar dinero con Obregón.

Nada más abrir la puerta, agarró a la joven por la muñeca y la metió dentro.

—Seguramente, tengo el teléfono pinchado —le susurró.

Samantha lo observó con detenimiento y sintió pena por él. «Realmente, se le ve muy desmejorado, y su rostro todavía muestra coloraciones de los dos golpes que le propinó el Indio», pensó la joven mientras sentía no supo qué.

—Por favor —dijo señalando un confortable sofá donde más de una vez habían hecho el amor—, siéntate.

Samantha así lo hizo.

Llevaba un vestido de gasa de manga larga, corto y con un ligero vuelo. Brian se fijó en esas piernas bronceadas, largas, ligeramente musculadas. Esas que tantas veces había tocado y admirado.

Ahí, en ese mismo sofá, en todas las habitaciones de ese apartamento, que eran pocas —el salón, la cocina, el gran dormitorio con vestidor y un baño—, pero en todas hasta en el vestidor habían jugado, le había metido mano, se la había follado. Él pensaba que lo había hecho de puta madre, que la había embaucado con su personalidad, con su elegancia, con su saber estar y su inteligencia para los negocios, para ganar dinero y que ella no pensara que se casaba con un don nadie. Hasta estaba convencido de que en el sexo había cumplido con creces, pues, a fin de cuentas, ella no era de esas que están calientes a todas horas o todos los días.

—¡Qué guapa estás! —soltó de una, mirando sus piernas, contemplándole la cara y el cabello suelto.

Samantha pareció sorprenderse.

—Estás en la situación que estás ¿y eso es en lo que piensas?

El precioso rostro se mostró molesto, y él intentó enmendarlo.

—Bueno, eres lo más bonito que tengo delante de los ojos desde que te fuiste, desde que nos separamos. No puedo evitarlo. Te quiero con toda mi alma, eres la mujer de mi vida, y todo lo que he hecho lo he hecho por ti.

Samantha arrugó el ceño.

—¿Cómo dices? ¿Qué es lo que has hecho por mí?

—Quiero decir que mi afán por ganar dinero, mucho dinero, ha sido para que tú no pensaras que te quería por tu fortuna. Pero no hice nada ilegal, solo apliqué mis conocimientos y mi instinto en invertir el capital de Obregón en los lugares más apropiados. Lo ayudé con la administración de los ranchos y con todo lo que él me solicitó. Confiaba en él y él, en mí. ¡Droga!, por el amor de Dios. Si el único contacto que he tenido con la droga fueron los porros que fumé en el instituto y nada más. Jamás he probado una raya de coca, y tú lo sabes.

—Yo no sé nada.

—Tú sabes que nunca he consumido.

—Lo único que sé es que no has consumido en mi presencia. Y, si hubiera tenido la mínima duda, hace mucho tiempo que nuestra relación habría terminado.

—Vale, de acuerdo. Pero no me negarás que, si yo fuese un consumidor, tarde o temprano lo habrías descubierto.

—Brian, no se te acusa por consumir cocaína, se te acusa por blanqueo de capitales.

—Lo sé, lo sé. Pero ya te digo que todo es legal. Si Obregón traficaba, yo no sé nada, nunca lo he sabido. Cuando comencé a trabajar para él hace dos años, ya tenía un capital enorme de muchos millones de dólares, incluso tenía…, o tiene, cuentas en otros países. De hecho, muchos de los dividendos de los activos que yo le movía iban a parar a esos bancos extranjeros. Pero todo legal.

—¿Cuántos millones tenía hace dos años?

—Cincuenta, que yo sepa. Aparte sus posesiones, mansiones y los ranchos y locales en Dallas.

—¿Y tú trabajabas con ese dinero? —preguntó curiosa y, al tiempo, incrédula.

—No, en absoluto. Al principio me daba paquetes pequeños, de cien mil o un cuarto. Dinero que yo no tocaba, solo lo movía. Últimamente, movía cantidades más grandes, pero sin rebasar el millón.

—¿Quién lleva tu defensa?

Brian mencionó uno de los bufetes más prestigiosos de Manhattan, donde el futuro marido de Pia hizo prácticas y donde los socios ganaban más de tres millones de dólares al año.

Samantha abrió el pequeño bolso que llevaba a modo de bandolera y que no se había quitado y sacó el anillo. El hombre, al verlo, puso un gesto doloroso y levantó las manos.

—Por Dios, nena. No, ahora, no.

—Ahora, sí. Lo nuestro está roto.

—Te quiero, Samantha. Te amo más que a mi vida —susurró acercándose a ella e intentando abrazarla.

—¡No! —gritó, y le dio un empujón.

Se movió y se dirigió hacia la puerta.

—Espera, por favor —exclamó el hombre—. ¿Sabes que Erica se ha ido con él?

La chica se encaró.

—¿Sabes dónde están?

Brian se acercó despacio, temiendo que ella lo rechazara.

—¿Te acostarías conmigo por última vez si te lo digo? —preguntó en tono bajo y susurrante.

Samantha lo miró horrorizada.

—¿Te estás tirando un farol o de verdad eres tan nauseabundo?

—Perdona, perdona.

Se observaron durante un corto tiempo; ella, con gesto serio, él, como jugando a dos bandas.

—¿Qué sabes? ¿Se encuentra en peligro? —Ella también bajó la voz.

—Probablemente.

La joven abrió los ojos al máximo, y él contempló esa mirada oscura como noche sin estrellas.

—Dime lo que sepas, Brian.

—Obregón tiene cuentas en México, en Londres y en Brasil.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Sé que tiene una casa, mansión o algo por el estilo en Brasil.

—¿Dónde? ¿Río, Sãu Paulo, Brasilia?

—En la selva.

—¿La selva? ¿Quién tiene una casa en la selva? —preguntó casi susurrando.

—No sé nada más.

—¿Cómo que no sabes nada más?

Sam tenía ganas de empujarlo, de gritarle a la cara que era un auténtico hijo de zorra.

—En una ocasión mencionó una casa en la selva, en el Amazonas, donde llevaba mujeres y montaba orgías que hombres de negocios pagaban a precio de oro. Estábamos borrachos, pero me dio a entender que esas orgías podían acabar de cualquier manera, y cuando le pregunté de qué manera, sonrió, se carcajeó y…

—¿Y qué?

—Y entonces entraron unas fulanas y ahí se acabó la conversación.

El rostro de Samantha mostraba indiferencia, desprecio.

—Con el tiempo que hemos estado separados, por mis viajes principalmente, me he dado cuenta de que no te conozco. No sé si eres culpable o no, pero, si me guío por mi instinto y sabiendo que eres inteligente, creo que lo sabías y te hacías el tonto, o lo sabías y estabas metido hasta el fondo. —La miró con el rostro contraído. Ella continuó—: Ya sabes que, al final, todo lleva a lo mismo: seguir el dinero. Mi consejo es que digas todo lo que sabes, hasta lo más insignificante; creo que es la única manera de que te salves o de que la condena sea menor.

—Estoy en ello, Sam. Estoy en ello —añadió muy serio.

Ella se movió para irse de ahí, pero él la agarró por el brazo y se llevó un dedo a los labios en señal de silencio. Metió una mano al bolsillo del pantalón, sacó un papel doblado muchas veces y se lo dio.

Bajando la voz a un susurro, le dijo:

—No puedo hacer nada más.

Ella iba a desdoblar el papelito, pero él se lo impidió.

—Vete, por favor.

Salió del apartamento y, cuando él cerró la puerta, ella lo abrió.

Unas coordenadas escritas con lápiz llenaban el papel.

Estaba en la calle, comenzaba a oscurecer y la noche se presentaba cálida. Los hombres que pasaron a su lado la miraron con ganas. El pequeño ruedo del liviano vestido se movió con la ligera brisa que reinaría toda la noche. Las sandalias de grueso tacón hacían juego con el pequeño bolso de cuero, que, cruzado en bandolera, se clavaba entre los inhiestos pechos. El ruedo del vestidito, un volante apenas fruncido, se movía al compás de sus piernas, de su larga zancada, dejando los muslos al descubierto para mostrar el dorado de su piel, la tersura y firmeza de la carne. Iba a llamar a un taxi cuando se quedó clavada en el sitio.

Un hombre caminaba hacia ella, y su mirada se posaba fijamente en su rostro.

La altura y la figura les recordaron a alguien, pero no, eso no podía ser.

Vestía pantalón vaquero, camisa blanca y botas tejanas…, y el cabello largo ya no estaba.

Se paró enfrente de ella, magnetizándola con esos ojos azules.

—Ven. Tenemos que hablar.

Le ofreció la mano, y ella la miró y la aceptó.

Así, de la mano, se fueron a un bar cercano.

Capítulo 13

Calder

Está tan hermosa como siempre.

He sentido celos al saber que estaba en la casa de ese tipo, no sé por qué, pues yo no soy así. Nunca he tenido celos.

Ninguna mujer ha provocado ese sentimiento.

Todas me han sido indiferentes. Me han gustado, las he deseado, las he tomado y, cuando me he cansado, las he dejado; y si han sido ellas las que lo han hecho porque esperaban más de mí, porque deseaban pillarme, no me ha importado, he soltado lastre, pues nunca he querido atarme.

Pero esta mujer resulta tan llamativa con esa melena de color chocolate tan exuberante que la envuelve, que la rodea, que se mueve al mismo ritmo que esas hermosas piernas, con ese vestidito en tonos marrones, que parece flotar alrededor de sus muslos, que parece que se eleva para mostrar más, que provoca que desvíes la mirada para ver si enseñará las bragas, si la ligera brisa y el movimiento de sus caderas hará que se eleve, que flote para vislumbrar ese culo de pecado.

La llevo a un bar donde la mesa del final del local tiene solo un asiento doble, enfrente de la pared de ladrillo. Quiero intimidad, y ese es el mejor sitio. La parte de la derecha está ocupada por las mesas y la izquierda es una barra larga que no llega hasta donde la llevo. Las luces son más potentes en la primera zona; aquí, más tenues. Enfrente hay una mesa de billar, pero nadie juega, de manera que la lámpara que cuelga encima está apagada.

Le cedo el paso para que se siente primero, para tenerla protegida entre la pared y mi cuerpo, y me doy cuenta de que el estampado del vestido es de leopardo muy difuminado, muy pequeño, por eso parece que solo ves tonos marrones. Una suave estela de perfume se desprende desde su hermosa melena, invadiendo mis sentidos, mientras no dejo de mirarla, de olerla, de emborracharme con su presencia.

Sé que está sorprendida, pero aguanta la curiosidad.

Le pregunto qué quiere tomar, voy a la barra, pido dos cervezas y las pago.

Ella me mira con esos ojos de gacela que apenas van maquillados, pues con sus pestañas negras, largas y espesas no necesitan nada más. Sus pómulos se muestran dorados, como toda su piel.

El respaldo del asiento es alto, rebasa nuestras cabezas, de manera que puedes apoyarte si es tu deseo; pero ella no lo hace, se mantiene tiesa, algo

envarada. Apoyo el brazo izquierdo en la mesa y mi cuerpo gira hacia ella para no perderme nada, para observarla entera. Miro sus pechos, clavo la mirada en los pezones, que se muestran vibrantes y juguetones, pues esa gasa delicada poco puede hacer por ocultarlos, y deseo acariciarlos, chuparlos.

Ahora, sí.

Ahora me pregunta, tal vez molesta o incómoda por mi forma de mirarla:

—¿Qué haces en Nueva York? —Nuestras miradas se unen, y yo me pierdo en los iris oscuros como la noche… Al ver que no contesto, continúa —: ¿Es por el trabajo, porque te has quedado sin trabajo?

Además de sorprendida, parece preocupada… por mí, por mi trabajo perdido.

Qué delicadeza.

Qué dulce. ¿Será así siempre…?

Dulce y delicada.

—Más o menos.

No dejamos de observarnos; ella, con curiosidad y sorpresa, yo…

Yo me la como con la mirada.

La deseo de una manera enloquecedora.

La deseo desde la primera vez que la vi. Eso no ha cambiado.

—Siento mucho lo sucedido, que te hayas quedado sin trabajo. Acabo de volver de viaje y…

La interrumpo:

—Pienso en ti todos los días. —Mi voz sale ronca, pues, cuando bajo el tono, cuando mis labios vocalizan palabras íntimas, pensamientos que no suelo verbalizar, se vuelve más ronca, más oscura.

Ella me mira los labios; después, los ojos.

—Yo también pienso en ti —susurra las palabras.

Esa confesión hace que me tiemble el cuerpo…, ¡a mí!

Y añado, aunque no debería:

—Jamás he sentido algo así por una mujer. Nunca.

Ella enrojece ligeramente y no puedo evitar sonreír; una sonrisa torcida, una sonrisa de macho satisfecho.

—Te echo de menos…, te anhelo…, te deseo.

Está abrumada, no está preparada para que un vaquero que ha conocido en Texas días atrás haya ido a Nueva York para verla, para declararle sus intenciones.

—¿Has vuelto con tu novio?

Ella agita esa esplendorosa melena negando.

—No. Lo nuestro está roto.

—Por lo que ha pasado.

—Aunque no hubiera pasado eso, estaba roto igual.

—Tal vez ahora quieras darle apoyo moral, consuelo…

Resopla, se lleva las manos al cabello y se lo retira poniéndolo tirante mientras me mira y habla:

—Dios mío, lo acusan de blanqueo de capitales y no sé qué más delitos. —Baja las manos y deja que los mechones se deslicen por sus hombros, que inunden su espalda y discurran por delante hasta cubrir sus pechos y ocultar esos pezones provocadores que quieren perforar ese tejido que los cubre; tal vez no lleve sujetador para hacer de parapeto, para evitar que las miradas se dirijan ahí…, ahí y a todos los lados de su hermosa anatomía.

Bajo la cabeza, despacio, para ver si me lo impide, si retira la cara; pero no.

Está esperando, esperándome.

Abre sus hermosos labios y poso la boca sobre ellos. Los saboreo, los lamo, los muerdo con delicadeza; llevo la lengua al interior de su cálida y jugosa boca y juego con la suya, la chupo de manera lenta para sentir su respiración nerviosa, para sentir la excitación que va apoderándose de ella, para sentir cómo me devuelve el beso, cómo chupa mi lengua, cómo nos devoramos el uno al otro.

En esos momentos llevo la mano a su muslo izquierdo, el que tengo a mi lado, y lo acaricio todo lo largo que es, excitándome con ese tacto suave, con esa firmeza. El vestidito es tan suelto que no entorpece mis movimientos, que no me impide tocar su carne cálida, y así, subo hasta la ingle hasta rozar las braguitas. Ella abre las piernas para mí, y deslizo los dedos por encima del hinchado sexo tocando la humedad que empapa la braguita.

Nuestras bocas siguen besándose. Sus manos están en mi mandíbula, como agarrándome para que no deje lo que estamos haciendo, y, mientras, mis manos van a las caderas y le bajo las bragas por debajo de las rodillas, pues ella ha levantado la cadera para no oponer resistencia, para facilitarme el trabajo.

Dios, cómo la deseo.

Estamos en un bar, un sitio público, pero este lugar alejado del ruido de la barra y de las mesas ocupadas me da la libertad que busco y, excitado como estoy al ver que ella se abre como una flor, voy a darle lo que desea.

Acaricio su sexo y noto que está como la última vez, con poco pelo, muy depilado, para tocar carne, para palpar toda esa turgencia, para sentirlo de manera apabullante. Antes de penetrarla con los dedos, dirijo el dedo corazón al centro, bajo y recorro el perineo, esa carne delicada y sensible, esa zona minúscula que une la vulva con el ano. Sé que le gusta, por cómo se mueve, porque me estoy tragando sus tenues suspiros, porque desplaza la cadera hacia delante y levanta un poco los muslos; le acaricio el ano

durante unos segundos para volver por el camino recorrido, pues no es el momento ni lugar para seguir por ahí. Muevo los dedos por su rajita, arriba y abajo, y entro en ella con uno para moverlo adentro y afuera, para jugar con el clítoris y volver a penetrar, para sentir cómo se contrae y al mismo tiempo eleva el trasero, moviendo la pelvis al compás que marca mi mano mientras nuestras bocas siguen jugando sin que sus manos se despeguen de mi rostro recién afeitado.

Cuando aspira el aire, cuando mantiene su boca pegada a la mía, pero ya no me devuelve el beso, sé que se ha corrido, pues sus manos han ido hasta mi nuca y se han enlazado al tiempo que hacen fuerza y presionan mi cuello mientras se corre.

El orgasmo le dura más de lo habitual, o tal vez haya tenido varios seguidos.

Respira con fuerza y aplasta la boca contra la mía, intentando normalizarse y, despacio, se despega, me mira y enrojece como una amapola.

Me dan ganas de reír, pero se enfadará, no se lo tomará bien.

Se pone recta, mirando al frente, a la pared de ladrillos, y lleva sus manos debajo de la mesa para agarrar sus braguitas y subirlas, rápido pero al mismo tiempo discreta, como si alguien pudiera verla o como si, de repente, sintiera vergüenza de mí, de lo que hemos hecho, de lo que se ha dejado hacer.

—Dios mío —murmura sin mirarme—. Jamás he hecho algo así. Jamás. —Se hace un silencio y sigo mirándola, deseando que hable, que me cuente—. No sé lo que me pasa contigo. —Ahora sí eleva esos ojos tan hermosos—. Nunca…, nunca he sentido como siento contigo y… jamás he tenido relaciones con un hombre nada más conocerlo.

—¿Nunca? —pregunto por preguntar, pues la creo.

Sé que esta mujer no es mentirosa, no es manipuladora, no es una golfa.

—No.

Acaricio su mejilla con los nudillos y bordeo su boca con la yema del dedo.

—Me alegra oírlo. Y me gusta darte placer.

Respira con fuerza y empina esas tetitas gloriosas.

Deseo acariciarlas, deseo frotar sus pezones.

Y lo hago.

Llevo mi mano y la deslizo por esas elevaciones, acariciándolos despacio, mientras ella me observa y abre la boca para hablar.

—Dios mío, lo haces tan lento que… —Se muerde el labio.

—¿Lo prefieres rápido? —pregunto, sabiendo la respuesta.

—No, no. Me gusta mucho… así.

En esos momentos oigo ruido a nuestras espaldas. Varios tipos se

acercan y se sientan en la mesa adyacente, hablan de ponerse a jugar al billar.

Mi mano ha dejado de tocarla.

—Estoy en un hotel cerca de aquí. No es nada del otro mundo, pero está limpio. ¿Vienes conmigo?

Afirma en silencio.

Me levanto y espero a que ella salga.

Los tipos de la mesa, cuatro tíos más o menos de mi edad, dejan de hablar y clavan las miradas en su cuerpo, en sus piernas, en la melena que se mueve al compás de esa larga y esbelta espalda. La recorren de los pies a la cabeza y se muerden la lengua para no decir algo fuera de lugar.

La agarro por la cintura y siento que el ruedo del vestidito se eleva y que los tíos y el resto de la gente que está en el bar miran sus piernas kilométricas, la tela que se balancea sobre las caderas, que parece que, tal vez, muestre más de lo correcto…, hasta que desaparecemos de su vista.

Cinco minutos después estamos en la habitación del hotel. Podría agarrarla de una, quitarle el vestido y follármela ahí mismo, pero no hago nada de eso.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —pregunta.

Está de pie, en el centro de la habitación, mirándome.

—Quiero irme mañana.

—¿Tan pronto?

Sonrío, no puedo evitarlo.

Me dirijo hasta un rincón donde hay una mesa minúscula y dos sillones que han conocido tiempos mejores.

—Ven, tenemos que hablar.

Ella obedece y se sienta enfrente.

—Tengo que encontrar a Obregón. —Su rostro muestra sorpresa, no la oculta.

—¿Por qué?

—Porque tiene un dinero que es mío. Y pienso recuperarlo.

La preciosa mujer se muestra confusa, no sabe por dónde van los tiros.

—¿Puedes ampliarme la información?, por favor.

Me gusta que sea tan correcta, que no pierda las formas.

—Te amplio lo que quieras. Hace unos tres meses, Ross, el capataz, me hizo un comentario; me dijo que, si tenía algún dinero, que lo invirtiera en las empresas de Obregón y que en seis meses me darían un beneficio de un cinco por ciento, incluso algo más. Después de estar hablando un rato haciéndole preguntas de todo tipo, decidí que lo haría. Abreviando, le di cincuenta mil dólares… y me he quedado sin nada.

Está callada, mirándome sin pestañear, y entonces habla:

—¡Vaya! Lo siento. Si…, si quieres, yo puedo darte ese dinero.

—¿Y por qué iba a querer tu dinero?

Se envara ante esa pregunta, imagina que me puede molestar ese ofrecimiento.

—Bueno, como te han estafado, y Brian llevaba las cuentas de ese hombre…

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? —El tono de mi voz se ha vuelto más áspero y ella lo nota.

—Nada, pero puedo resarcirte por lo que te ha hecho Brian. Compensarte de algún modo.

—No quiero tu dinero. —Deseo que esas palabras entren en su cabeza.

—Vale —contesta en un tono dulce, femenino.

—Quiero encontrar a ese tipo y cobrarle los cincuenta con intereses.

Está nerviosa, se lo noto.

—Es probable que esté muy lejos.

—¿Sabes dónde está?

No sé si se da cuenta de cómo la miro, cómo observo cada gesto, cada movimiento de esos hermosos ojos, cómo me observa o deja de hacerlo.

—No exactamente, pero Brian me dijo que podía encontrarse en Brasil.

—Eso también me lo dijo Ross antes de que lo detuvieran.

La carita de esta belleza hace un gesto de sorpresa, abriendo esa boca de labios casi gruesos. Es una boca acorde al resto de sus facciones.

—¿Detenido? ¿También?

—Sí. Encontraron en su casa casi medio millón.

—¡Madre mía! Con lo bien que se portó conmigo.

—Sí. Es un tipo simpático, pero estaba al corriente de ciertos asuntos, como el tráfico de droga.

Hace un silencio sin dejar de mirarme, como asimilando la información y pensando.

—¿A ti…, a ti también te interrogaron?

—Claro que sí. A mí y a todos los demás.

—¿Y solo detuvieron al capataz?

—Solo.

Ella se queda pensativa, mirando por toda la habitación, y me suelta de sopetón:

—Si quieres, puedo ir contigo.

Algo así no me lo esperaba.

—¿Adónde?

—A Brasil.

—Brasil es muy grande, nena. —Es la primera vez que utilizo ese apelativo con ella.

—Lo sé. Pero Brian me ha dado unas coordenadas.

Al ver que no digo nada, que mis ojos están clavados en los suyos, abre

el pequeño bolso que ha llevado cruzado sobre su pecho. Saca un papel muy doblado y me lo entrega.

Lo abro y veo las coordenadas escritas con lápiz.

—¿Y por qué te ha dado esto? —Ella se encoje de hombros. Vuelvo a preguntar—: ¿Por qué no se lo ha dado a los Federales o a la DEA?

Levanta sus delicados hombros, siendo consciente de cómo la miro.

Deslizo la mirada sobre su boca, sobre sus ojos, sobre su pelo y, luego, sobre sus pechos.

—No lo sé, tal vez se guarde esa información para más tarde, para negociar. No lo sé, la verdad.

—¿Y por qué quieres venir conmigo? —Arrastro las palabras, quiero ponerla más nerviosa, o más caliente; quién sabe.

—Puedo financiarte el viaje y todo lo que necesitemos para llegar hasta el lugar. Pero, principalmente, porque mi amiga Erica está con él. Y, aunque en un principio se quedó por voluntad propia, es posible que ahora…, que ahora esté obligada. Tengo que hacer lo imposible por encontrarla y traerla de vuelta.

La miro con otro interés, no solo el sexual. Está dispuesta a ponerse en peligro por una amiga.

—Mira, te diré lo que sé por boca de Ross. Obregón tiene una casa en la selva del Amazonas. Ross no sabe coordenadas y, si las sabe, se las guarda. Pero hay más. Obregón tiene aficiones muy, como decirlo, muy especiales.

—No te andes por las ramas, habla claro.

Se ha enfadado mi preciosa muñeca y está poniéndome cachondo.

—Es probable que tu amiga esté muerta.

Se lleva una mano a la boca; una mano de dedos largos y delgados, con varios anillos dorados, muy finos, y con una manicura francesa en sus cortas uñas.

—No digas eso, por favor, no lo digas.

Sus bellos ojos se han llenado de lágrimas, lágrimas que se desbordan por esas mejillas doradas. La cojo del brazo y la atraigo hacia mí, sentándola en mi regazo, sin que oponga la mayor resistencia.

—No llores. Mañana salgo para Brasil, y te prometo que haré todo lo posible por llegar cuanto antes a ese lugar y sacar a tu amiga de ahí, si es que está en ese lugar.

—Iré contigo.

—No. Iré solo. Es lo mejor.

—Pero tú solo… no podrás. Seguramente, ese sitio estará protegido por gente armada y esas cosas; lo he visto en las películas.

Me dan ganas de reír, de ponerla de pie y desnudarla, me dan ganas… de amarla.

—Chissss. —Limpio sus mejillas y sonríe—. No te preocupes, no iré solo.

—¿No? —Está tan sorprendida de que un vaquero de Texas vaya a hacer semejante hazaña que no lo disimula.

—No.

—¿Quiénes? ¿Quién va contigo?

—Unos amigos.

—Pero…, pero ¿por qué no se lo digo al FBI o a los otros, la DEA? Ellos se encargan. No tienes por qué poner tu vida en peligro, no sabes lo que vas a encontrarte.

—No dirás nada. —Reafirmo mis palabras con un pequeño apretón de manos en su cintura—. Si entran ellos, no veré mi dinero nunca.

—Pero ellos tienen más…, más potencial, más capacidad, más… de todo.

—Samantha. —Es la primera vez que pronuncio su nombre, y ella lo sabe—. El FBI no puede hacer nada en un país extranjero. —Evito decirle que la DEA sí puede—. Habría que mover papeleo, contactos y demás hasta poder hacer algo, y, con la corrupción que hay, cuando ellos llegaran al sitio en cuestión, se lo encontrarían vacío.

Asimila la información y me mira fijamente.

—Y tú, ¿cómo vas a llegar a ese lugar?

—Conozco a gente. Cuando vuelva, te lo contaré con todo detalle.

La levanto y me levanto, cogiéndola por la cintura.

—Puedo darte dinero para financiar toda la operación.

Está muy interesada, y doy por hecho que es capaz de darme ese dinero sin concesiones de ningún tipo.

—¿Toda la operación? —Hago esfuerzos para no reír.

—Sí. Lo que necesites, lo que quieras. Igual tienes que sobornar a gente para poder sacar a Erica del lugar donde esté.

—No te preocupes por eso. Conozco a gente que me espera en Brasil, gente con mucho dinero que va detrás de Obregón y que financia todo esto.

—Pero…

Llevo la mano a su boca y cubro sus labios.

Capítulo 14

Calder

—Calla, cariño. Calla y déjame amarte esta noche. Déjame hacerte el amor despacio, lento, muy lento. Para que no me olvides, para que guardes esta noche en tu memoria hasta que vuelva. ¿Quieres?

Le levanto el ruedo del vestido y, antes de quitárselo, me susurra un sí.

Dejo caer el vestido y contemplo esos pechos inhiestos, esos pezones oscuros, gruesos.

Me agacho y le quito las bragas, deslizándolas despacio, al tiempo que le acaricio los muslos de manera lenta mientras mis ojos se clavan en esa vulva coronada por un grupito de rizos; dejo caer un beso sobre el monte de Venus mientras oigo su respiración agitada.

Le dejo las bragas en los tobillos y le desato las hebillas de las sandalias de tacón para quitárselas, para que sus preciosas braguitas negras salgan sin engancharse, para que nada obstaculice mis movimientos.

Por fin la tengo desnuda ante mí.

Por fin la tengo para mí.

La tumbo en la cama y me desnudo sin dejar de contemplarla, viendo cómo sus ojos siguen el movimiento de mis manos mientras voy quitándome la ropa y cómo se queda mirando el tatuaje del brazo como si lo viera por primera vez.

Tengo la polla a punto de reventar; desde que la he visto en la calle, ha comenzado a ir por libre. Solo la dura tela de la bragueta de los vaqueros la ha frenado todo el tiempo. Abre las piernas, se me ofrece, y no pierdo el tiempo. Me subo a la cama y me coloco encima, dejando que la polla busque el camino. No es necesario que la coja con la mano, que la dirija, no, no es necesario; pero no me importaría que las manos de ella me tocaran antes de penetrarla.

Y se lo digo.

Se lo pido.

—Cógeme la polla, tócala antes de que entre. Lo deseo.

Y obedece al momento. Lleva una mano de largos dedos y acaricia todo el tronco, incluso frota la punta con el pulgar; mientras, yo me aguanto las ganas, me muerdo el labio y tenso los brazos para no dejarme caer encima de ella.

—¿Te gusta? —pregunta con cierta timidez.

—Me excita, me alteras. Tienes unas manos tan suaves, tan delicadas…, que no me importaría que apretaras un poco más.

Sus ojos están abiertos de par en par, mirándome a mí y a la polla, que parece tener vida propia.

Rodea el tronco con la mano y aprieta un poco; me mira, le sonrío y aprieta un poco más. Desliza hacia arriba y hacia abajo, la mueve y la zarandea. Parece que va cogiéndole el gusto y el ritmo, y a mí va a volverme loco, loco de deseo.

—Métetela —le ordeno—. Métetela ya.

Y lo hace.

La introduce despacio y yo le sigo el juego mientras me deleito mirando sus pechos enmarcados por los brazos, pues sus manos están entre sus muslos, encima del coño, agarrándola mientras la va introduciendo poco a poco, muy despacio, deleitándose con lo que ve, con lo que siente.

Traga aire al sentirla dentro. Quita las manos, se lleva los brazos hacia la cabeza y los deja caer sobre esa hermosa melena que se esparce por encima de la colcha como si fuese un inmenso marco. Cierra los ojos y mueve la cabeza como a cámara lenta, mordiéndose los labios, martirizándolos, mientras me muevo dentro de ella, mientras entro y salgo, y vuelvo a entrar. Ella se abre como una flor para sentir cómo la lleno, cómo me hago el dueño de su interior, cómo lo invado y lo avasallo, pero solo para darle placer, solo para sumirnos en el pozo de la lujuria, en el apetito morboso de todos los placeres.

Mis brazos sujetan mi cuerpo, tensos, duros, para no dejarme caer, para no aplastar esos pechos preciosos, algo pequeños —solo algo—, y por eso mismo están tan tiesos, tan duros, con los pezones erectos apuntando hacia mí. Sigo moviéndome mientras ella también se mueve, todo su cuerpo se mueve, se cimbrea como si el viento lo agitara. Y esos movimientos me matan; esa elevación de pechos con la que parece que los pezones me gritan, me llaman; la contracción de la pelvis que hace que mi polla palpite. Y ahora dobla las piernas y levanta los glúteos para toparse conmigo como si fuese un ternero embistiendo. Dejo que haga lo que quiera, solo espero sus órdenes sin necesidad de palabras, solo con el movimiento de su cuerpo, con el mohín de su boca, con el aleteo de sus largas pestañas que adornan esos ojos misteriosos. Ojos que han permanecido cerrados durante un rato, pero que ahora se abren, me miran y me traspasan.

«Aguanta —me digo—, aguanta un poco más».

Quiero que disfrute como nunca, quiero que obtenga el mayor de los placeres, quiero que se corra una, dos, tres veces, antes de que yo me vaya.

«Aguanta, cabrón, aguanta».

Gime, respira con fuerza, lleva las manos hasta los costados y agarra la colcha, la retuerce con sus elegantes dedos adornados de pinceladas doradas, sin dejar de mirarme. Eleva las caderas, para chocar contra mí, para contraer la vagina varias veces. Ve cómo aprieto los labios, cómo

entrecierro los ojos y tenso los brazos al máximo evitando correrme, esperando que ella me exprima antes, que me acune y vuelva a mecerme hasta que no pueda más.

Siento sus manos acariciando mis brazos; contempla extasiada las líneas negras que se cruzan y entrecruzan hasta llegar al hombro y rodearlo.

«Aguanta, cabrón, aguanta un poco más».

Y por fin grita, por fin estira las piernas, tensándolas de puro gozo, y lleva los brazos hasta mi cuello para agarrarme, para hacer que mi tórax caiga sobre sus pechos, los aplaste… Los siento suaves contra el vello que cubre mis pectorales. Para que me coma su preciosa boca, que la devore, mientras suelto el esperma en ese nido tan cálido y delicado.

Joder…, y nunca mejor dicho.

Hacía siglos que no follaba de esta forma, o tal vez nunca lo haya hecho.

Tal vez nunca me haya sentido así.

¿Alguna vez he aguantado tanto? ¿Alguna vez he sido tan permisivo con una mujer? ¿Alguna vez me he mostrado tan generoso?

Me gusta que las mujeres que están conmigo disfruten, aunque más de una vez he ido a lo mío y no me ha importado. Pero esta criatura me trastorna, me activa por dentro y por fuera, y me produce unos sentimientos que jamás he tenido con otra.

Salgo de su cuerpo y siento el vacío.

Espero que ella también lo sienta.

¿Me estoy enamorando?

¿Será posible?

Me dejo caer en la cama, a su lado. Ella no se mueve, permanece quieta, pero siento que no está relajada, como yo, que está esperando algo.

—Eres una maravilla —le digo, mientras me pongo de lado para observar su rostro y el resto de su cuerpo.

Me mira, mostrando perplejidad.

—No me adules, no es necesario. Un hombre como tú, que se habrá acostado con…, montones.

No puedo evitar reírme.

—La verdad, no sé con cuántas me he acostado, no voy a engañarte. Comencé a los quince años y desde entonces ha llovido bastante, pero no llevo la cuenta. De hecho, no me acuerdo de muchas, pues no dejaron huella. Ni me acuerdo de sus caras ni de sus cuerpos. Tal vez si hago memoria y pienso en el lugar, en el trabajo que hacía por aquel entonces, me viene a la memoria, y puede que hasta los detalles, pero no le pongo interés. Es el pasado y solo me importa el presente y, como mucho, el pasado reciente.

Ella no pestañea, no retira la mirada, solo la desplaza de mis ojos a mi

boca y viceversa.

—Por lo menos, te acordarás de la primera.

Vuelvo a reír.

—Sí, ya lo creo. Fue la esposa de un profesor. —Sonrío al ver cómo se escandaliza sin palabras, solo con esa preciosa mirada y ese mohín de labios. Sé qué quiere saber y, aunque no me lo diga, aunque no pregunte, se lo cuento—: Iba un par de días a su casa, tenía que subir nota y repasaba varias asignaturas con él. Una tarde, estaba haciendo unos ejercicios de algebra abstracta y tuvo que salir de manera intempestiva; algo le dijo a su mujer de que un amigo había tenido un accidente de coche. Me dijo que terminase los ejercicios y me fuera a casa.

»No habían pasado ni dos minutos y ya tenía pensado recoger las cosas y largarme, cuando se presenta ella y me dice si puedo ayudarla. Le dije que sí y me esforcé para no mirar la abertura de su blusa, pensando que le quedaba muy ajustada a los pechos y que debería abotonarse al menos un botón. La seguí por la casa, subimos las escaleras y me llevó hasta el dormitorio.

Hago un silencio sin dejar de mirarla, pero no continúo.

—¿Y qué pasó?

—Me tiró en la cama, me desnudó, me comió la polla y me folló.

De repente, se pone colorada; sus ojos pestañean, se moja el labio inferior y se lo muerde.

—¿En serio?

—Mmmm…, ya lo creo.

—¿Era joven?

—Sí. No llegaba a los treinta. Más o menos como tú.

La rojez continúa en esas preciosas mejillas.

—Eso es una violación —suelta de golpe.

—Yo no lo viví así.

—Pero eras menor.

—Sí, eso sí. —No puedo evitar sonreír.

—Abuso de menores —añade ofendida. Pero que muy ofendida.

—Me gustó, me gustó mucho. No me sentí violado ni abusado en momento alguno; al contrario, muy agradecido.

Parece que a ella no le gusta mi comentario.

—¿Repetiste?

—Sí, durante el resto del curso.

Ella parece digerir todo lo dicho.

—¿Te enamoraste?

Disfruto mirándola, hablando con ella; me gusta que me haga preguntas, que quiera saber de mí.

—No. Solo estaba encoñado. Me ponía como una moto, me la comía

hasta atragantarse; me ponía a cuatro patas, se colocaba detrás y, abriéndome con sus dedos, me lamía el culo de arriba abajo hasta llegar a los huevos. —Está colorada como una fresa, pero no retira la mirada de mi boca y, a pesar de que sé que estoy abochornándola, continúo con mi relato —: Se montaba encima y cabalgaba como una loca; daba tales saltos que más de una vez pensé que me la iba a partir. —Muestro una mueca mientras recuerdo a la calenturienta esposa del profesor—. Decía que su marido no aguantaba ni medio asalto y que mi polla era mejor que el consolador que escondía en el cajón entre sus bragas.

De golpe, suelta una carcajada y me sorprendo mirando el interior de esa boca, sus dientes, su lengua y ese sonido tan hermoso que llena mis oídos.

—¡Madre mía! Se puso las botas contigo. Abusó todo lo que quiso de un crío de quince años y se lo pasó de… puta madre. —Baja el tono cuando dice el taco, como no queriendo decirlo pero haciéndolo.

Le sigo el juego.

—Sí, un crío de quince años, metro ochenta y dos, y catorce centímetros de polla en estado flácido.

Se hace un silencio mientras nos miramos.

—Y… ¿ahora? —pregunta mostrando una sonrisita preciosa.

—Creció un poco más, ya lo habrás notado.

—Sí, lo he notado.

—¿Y te gusta?

—Mucho.

—Me alegro.

—Pero… —la devoro con los ojos mientras espero que continúe, mostrando una sonrisa sin enseñar los dientes— me gusta mucho más el uso que haces de ella. Me gusta cómo la controlas, cómo la utilizas para darme placer, para que disfrute y me corra antes que tú, cómo me llenas sin hacerme mal, porque te tomas tu tiempo para que todo lleve su ritmo, para que mi cuerpo se excite y se abra, para que me vuelva loca de pasión y disfrute del sexo como jamás lo he hecho.

No dejo me mirarla, su boca cuando habla, sus ojos cuando calla, y esa confesión que acaba de hacer me llega muy adentro.

—¿Ese tipo que tenías de novio no te daba placer? —No contesta, pero niega despacio—. Cuando ocurre eso, solo pienso dos cosas: que el tipo no está con la mujer que merece o que la mujer no está con el hombre adecuado. —No dice nada, parece que se ha cerrado como una ostra. Continúo—: Más de uno piensa que, si la mujer con la que está ha tenido pocas relaciones, será más fácil contentarla; como si estuviéramos en tiempos pasados, como si las mujeres no vieran porno, no leyeran sobre el tema, no hablaran entre ellas sobre lo que hacen o les hacen sus novios o

amantes, sobre lo que les gusta o querrían probar. —Hago una pausa larga en la que nos sostenemos las miradas. Y añado—: Como si no se tocaran. —No pestañea, no se mueve, pero no dice nada—. ¿Te tocas? —Afirma en silencio, mirándome fijamente—. ¿Te gusta tocarte?

—Sí.

Ha sido como un gemido.

—¿Te gusta que te toque un hombre?

—Me gusta que me toques tú. Nada es comparable a tus manos.

Me gusta que diga eso.

—¿Cuántos te han masturbado?

—Pocos y mal.

—¿Cuántos te han comido el coño? —Arrastro las palabras, soy obsceno a conciencia; quiero saber si se molesta, si va a torcer el gesto antes esa pregunta ordinaria pero clara como el agua de un manantial.

Y no, no le molesta.

Ya está excitada, se lo noto en la forma de mirar, de respirar y, sobre todo, en la forma en que se muerde el labio, despacio, manteniendo la mordida como si fuese algo natural.

—Pocos y mal —repite azorada, pero con la verdad por delante.

—¿Y cómo has consentido algo semejante? ¿Cómo con tu belleza y, sobre todo, con tu inteligencia, no has probado y probado hasta encontrar tu satisfacción, tu deleite?

Parece sorprendida y se ruboriza, pero contesta:

—Tal vez porque no soy como la esposa de tu profesor. No soy como mi amiga Erica, que ha probado todo lo que se le ha antojado… O casi, porque a ti no te consiguió.

Sonrío recordando a esa buscona, a esa comehombres.

Deslizo un dedo por su costado, bordeo un pecho, acarició el pezón.

—Tal vez por eso me gustas más.

—¿Porque soy una inexperta?

—Porque no te tiras en brazos de cualquier tío. Porque te mantienes fría y piensas las cosas antes de hacerlas. Porque te haces respetar.

—Creo que te equivocas. Si fuese así, no habría sucumbido contigo.

—Bueno, alguna vez tenía que ser. —Llevo la mano entre sus pechos y deslizó las yemas de los dedos por el esternón, sin apoyar la palma, hasta llegar a la clavícula—. Eres una mujer ardiente, receptiva, pero al mismo tiempo eres tan prudente, tan íntegra, que no te atreves a menospreciar a un hombre, a decirle que no te da placer, que no sabe dónde tocar o qué decir, que no sabe cuándo hay que parar y esperar, que no sabe contenerse para que su pareja disfrute. —Le acaricio un pecho despacio, como si mi mano fuese una pluma suave y ligera—. No quiero que te comportes así conmigo. Deseo saber lo que te gusta, lo que más, lo que te vuelve loca de placer y lo

que quieres repetir una y otra vez. Deseo que te abras a otras cosas, que juguemos, que disfrutemos los dos.

—¿A otras cosas? ¿Orgías, tríos? —pregunta entre sorprendida y asustada.

No puedo evitar reírme.

—No, Samantha. Nada de orgías. Dos es el máximo en una relación. Te quiero solo para mí. No podría compartirte.

Estoy empalmado otra vez.

La cojo por la cintura al tiempo que me tumbo y la coloco encima; no tarda ni un segundo en metérsela y jugamos de nuevo.

Capítulo 15

Samantha

Abro los ojos y me desperezo.

He dormido como un tronco. De golpe, me acuerdo de dónde estoy y todos los pensamientos de la noche pasada vienen a mi mente.

Lo busco, toco el lado vacío de la cama, me levanto y abro las cortinas. Así, con la luz del día, la habitación se ve más… rancia, cutre y vieja. Me dirijo al cuarto de baño y me mojo el rostro, despego las pestañas unas de otras; siempre me pasa lo mismo cuando duermo de manera profunda.

Joder, se ha largado sin despedirse… Maldita sea.

Tengo que utilizar el inodoro; lo miro y lo remiro, no está sucio, pero paso un trozo de papel por la tapa y, aun así, mantengo el culo en vilo mientras orino.

Miro por la habitación, encima de las mesitas, de la cómoda, en los sillones donde estuvimos sentados y dentro de los cajones buscando una nota, una despedida. «Nadie deja notas dentro de los cajones», pienso enfadada.

Nada.

Me visto en un segundo, agacho la cabeza y sacudo la melena para que se peine sola, de manera salvaje; ya me ducharé en casa. Cojo el bolso, me lo cruzo mientras me dirijo a la puerta y abandono la habitación.

Un rato más tarde estoy en mi apartamento. Lo tengo todo para mí, mi planta alta y la de abajo, pues mis padres están de crucero; de esos que duran varios meses para dar la vuelta al mundo. Querían cancelarlo cuando se enteraron de mi ruptura con Brian, y les dije que ni hablar, que no había necesidad de algo así, de manera que yo me fui a Alaska y ellos, de crucero.

Me he dado una ducha caliente y me he acordado de él.

Y me he masturbado a su salud, recordando todo lo que me hizo. Uf, no es lo mismo, pero al menos relaja. Ahora estoy en otra cosa, aunque no me quito de la cabeza a ese hombre.

Dejo caer el contenido del bolso encima de la cama y voy a coger otro más grande cuando algo llama mi atención: una cajita pequeña. Eso no estaba ayer, porque eso no es mío. Es roja, como de regalo. La abro y saco despacio y muy sorprendida el contenido. Un papelito cae de la caja. Lo leo:

A esto me refería con probar cosas nuevas.

Son unas braguitas de encaje negras, casi un tanga.

Las miro detenidamente. No es necesario que emplee demasiado tiempo, pues al momento descubro cómo son y no puedo evitar sonreír.

No tienen entrepierna, bueno, sí tienen, un hilo de pequeñas perlas ocupa el lugar.

Muestro una enorme sonrisa y me las pruebo al momento. Las perlas se acomodan en el centro del sexo y es…

Oh, cuánto daría por que él estuviera aquí y jugase con estas perlitas.

Me las quito al momento y las guardo en un cajón.

Tengo ropa interior preciosa y sexi, pero jamás me he comprado cosas así, ni tampoco Brian me las regaló.

Cambio de bolso y hago un esfuerzo por dejar de pensar en ese hombre.

Ahora estoy en otra cosa, tengo que organizar un viaje.

Acabo de marcar el número de mi amigo Marc y espero que lo coja si no está volando, reunido o ligando. Al quinto tono oigo su voz:

—¿Quién me llama? —grita como un loco—. ¿Quién se acuerda de mí en estos momentos? ¿Quién osa molestarme?

—¿Por qué eres tan escandaloso, Marc? ¿Por qué te gusta tanto llamar la atención?

—¡Ay! Mi preciosa flor, la más encantadora, la más hermosa, la más lista, inteligente y valiente. ¿Cuántas veces te he dicho que, si no me gustasen los hombres, hace tiempo que estaríamos casados y te habría hecho dos niños y dos niñas?

Me río a carcajadas, no puedo evitarlo.

Más de una vez pienso que este hombre está más loco que cuerdo.

—Muchas, mi amor. Muchas veces. ¿Dónde estás?

—¿Y tú?

—En Nueva York.

—San Francisco.

—Perdona, ¿te he despertado? Lo siento, cariño.

—No pasa nada. Estaba a punto de levantarme, tengo que hacer el equipaje y vuelvo para la maravillosa Nueva York.

—Estupendo. Entonces, te espero.

—¿Me necesitas?

—Sí. Tenemos que ir…, tenemos que hacer un viaje. Un viaje… largo.

—¡Oh, oh, oh! ¡Me encanta viajar! ¡No importa lo largo que sea!

—No te emociones, no vamos de vacaciones.

—¿Trabajo?

—Un poco de todo.

—Soy todo oídos.

No quiero hablar de más por el teléfono, no vaya a ser que los del FBI

me estén vigilando por todo este lío.

—Prefiero contártelo en persona. ¿Cuándo puedes estar aquí?

—Esta noche estoy en tu casa.

—De acuerdo, Marc. Si quieres, voy a buscarte al aeropuerto.

—No es necesario, cariño. Voy a tu apartamento.

—Muy bien. No me falles —le pido.

—Eso nunca, mi vida.

Minutos más tarde estoy arreglándome el pelo y, cuando acabo, llamo a las chicas; primero, a Pia y después, a Beberly. No hay noticias, no saben nada de Erica. No les digo lo que sé, lo que me contó Brian y tampoco lo sucedido con Calder. Eso me lo dejo para mí.

Beberly me dice si voy esta noche a cenar a su casa, le digo que no, que me voy de viaje y tengo que preparar equipaje y bártulos de trabajo.

—¿Otra vez? Pero si acabas de llegar de uno.

—Sí, cosas que pasan.

—Por Dios, Samantha. Si no te conociera, pensaría que eres una pobre asalariada. ¿Por qué trabajas tanto? No lo necesitas —lo dice casi exaltada. No lo entiende, nunca lo ha entendido.

—Me gusta, ya lo sabes. No valgo para la vida ociosa.

—Vale, qué le vamos a hacer. —Hace una pausa y aprovecho para despedirme, pero no me da tiempo—. ¿Estarás para la boda de Pia?

—Claro, qué cosas tienes —contesto riéndome, pero lo que no digo es que tal vez no llegue a tiempo, que en el sitio adonde voy no sé lo que puedo encontrarme.

Besitos y todas las cosas que nos decimos para despedirnos, y corto la llamada.

Tenemos un grupo las cuatro, donde Erica pone muchas tonterías, Beberly manda fotos de la nueva decoración de su apartamento, o Pia muestra su vestido de novia, y los que se pondrá después.

Abro la aplicación, esperando que haya algún mensaje de Erica, aunque sé que no va a ocurrir.

Su último mensaje fue del día que hablé con ella. Dice: «Con amantes así, quién necesita marido». Y una foto de un collar y una pulsera de esmeraldas encima de una cama.

Siento un temor profundo, y no quiero, pero es algo que no puedo remediar. Si todo esto queda en nada, si está sana y salva, juro que no le hablaré en semanas.

Seguro que está disfrutando de todo tipo de experiencias en un lugar tan apartado, sintiéndose agasajada por ese tipo, para luego llenarnos los oídos con sus aventuras sexuales y de las otras. Seguro. O, tal vez, haya dejado al mafioso y esté haciendo el tonto por ahí. O el mafioso la haya dejado a ella, y esté lamiéndose las heridas. Nunca ha llevado bien que la dejen… Nunca.

—Puedo conseguir el avión, no hay problema. Ya sabes, con dinero todo se puede.

Marc es un hombre alto y delgado, pero fibroso. Se acerca peligrosamente —como dice él— a los cuarenta; pero como yo le digo, no se le notan. Su cabello se mantiene rubio, más oscuro que cuando tenía treinta años, pero sigue siendo rubio; y su barba, como la que lleva ahora, es rubia, más clara que el pelo, rojiza y presenta alguna cana que le da mucho caché.

Nos tomamos un *gin-tonic* mientras sus penetrantes ojos grises no dejan de mirarme y su boca no deja de hacer preguntas.

—¿Y dices que es un traficante? ¿El tío para el que trabajaba Brian? ¿El de los ranchos en Texas?

—Sí.

—¡La hostia! —Apura el trago y vacía la copa que utilizo habitualmente para los *gin-tonic*s—. ¿Te preparo otro, nena?

—No, todavía tengo.

Veo cómo se levanta y se dirige al bar. Le encanta estar en el dúplex cuando mis padres no hacen acto de presencia, pues está convencido de que a ellos no les gustan los homosexuales y, en especial, los que tienen esta pinta de macho como él. No puedo evitar sonreír mientras lo veo moviéndose por la gran barra de mármol travertino toscano. Prepara la bebida de manera eficiente, dándole el toque especial con las cortezas de cítricos, la pimienta rosa y el cardamomo.

—No entiendo el comportamiento de tu amiga. ¿Qué le pasa? ¿Tan cachonda está que se va con cualquiera?

Me encojo de hombros y clavo la mirada en su rostro mientras viene hacia mí.

—¿Qué? ¿Qué me estás diciendo con esa mirada?

—Que actúa como tú. Se va con el primero que le gusta y le dice ven.

—Pero yo soy un tío, y con muy mala hostia. Y, si me quiero follar a uno, sé dónde me meto. Erica es una loca, no piensa con la cabeza, piensa con el coño. Le encanta que la adulen, que le miren esas tetorras que tiene; está deseando que le coman el coño y que le metan dos metros de polla.

Es brusco y ordinario, pero no replico, pues tiene razón.

—Que sepas que me embarco en esto por ti, no por ella. Además, tengo curiosidad por conocer al tipo ese.

—No sé lo que vamos a encontrarnos, Marc. No tengo ni la más remota idea.

—No te preocupes. Nos apañaremos perfectamente.

Le da un trago a la bebida y vuelve a clavar sus penetrantes ojos en mi cara.

—Y el tío ese que no te ha querido llevar, ¿quién cojones es?

—Un tipo que trabajaba en el rancho. El capataz le aconsejó que invirtiera dinero en los negocios de Obregón y así lo hizo.

—Qué raro —murmuró para sí mismo.

—¿Raro? ¿Por qué?

—¿Un vaquero invirtiendo dinero en los negocios de su jefe? Reconoce que no es lo más habitual.

Me pongo en guardia, no me hace gracia que se meta con él.

—¿Un vaquero no puede tener ahorros? ¿No puede invertir donde le dé la gana?

Marc no se mueve, me sigue mirando con el gesto serio, y entonces rompe a carcajadas.

—¡La hostia, nena! ¿Qué tienes con ese tipo?

No sé qué expresión estoy mostrando, pero noto calor en la cara.

Seguro que estoy colorada y por eso me mira y sonríe de ese modo.

—No tengo nada. —Me callo, pues él deja la copa en la mesa y se levanta de su sitio Se deja caer a mi lado, echa el brazo por mi hombro y me mira de esa forma tan suya, tan penetrante.

—¿Te has acostado con él?

—No digas tonterías.

—Pero mírate, mi preciosa niña, si estás coloradita como un tomatito. —Me coge la cara entre las manos y me suelta un beso en los labios—. ¡Santo cielo! Si me gustasen las mujeres, ahora mismo estarías probando mi polla.

—¡Anda, quita! Y no digas idioteces.

Me levanto y me paseo por el gran salón.

Él me observa con una sonrisa.

—Me acosté con él en el rancho, antes de que llegase Brian. —Marc suelta un silbido, pero no dice nada—. Anoche estuve con él. Hablamos de todo esto y me dijo que se iba a Brasil con otros tipos a quienes por lo visto Obregón también les debe dinero.

—¿Follasteis también? —Ahora la sonrisa es amplia y la expresión de su cara muestra la curiosidad que siente. No le contesto, pero él ya sabe la respuesta—. Entonces, el tal Obregón tiene muchos enemigos.

Me quedo un rato en silencio y vuelvo a sentarme junto a él.

—Estoy muy preocupada por Erica. No sé qué le vio a ese tío.

—¿No te lo dijo?

—Sí, me dijo que le gustaba en la cama. —Hago una pausa y añado—: Que era el hombre que mejor le comía el…

—El coño. Dilo, hostia. Co-ño.

Su sonrisa es tan amplia que sonrío también.

—Vale. Coño.

—Eso es. Sabes que me encanta cómo eres, que la elegancia nació

contigo, pero hay veces que hay que llamar a las cosas por su nombre. Todo entra en un contexto. Y si hablamos de Erica, coño, chocho, polla, rabo, joder, culo, cómeme el coño, te chupo la polla…, todo entra en el contexto de tu querida y zorra amiga.

—Bueno, vale ya. Sé de sobra cómo es, pero, aun así, si ese tipo la está reteniendo en contra de su voluntad, da lo mismo que sea promiscua o que sea una monja.

—Sí, en eso te doy la razón. Pero no me discutas que, si no fuera tan zorra, ahora no estaría desaparecida y nosotros no estaríamos planeando una incursión en el Amazonas. Y te diré que tendrías que haberle dicho al vaquero lo que tenías pensado hacer.

—Seguramente, lleguemos antes que él.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—No lo sé.

—Bueno, demos un último repaso. —Le da un trago largo a la bebida y deja la copa con sumo cuidado sobre el posavasos—. ¿Lo tienes todo preparado?

—Sí.

—¿Bolsas de plástico? —pregunta como si estuviéramos en un examen, y yo afirmo con la cabeza.

—¿Y las vacunas?

—La última me la puse antes de ir a África, no creo que pase nada. ¿Y tú?

—Hace algo más de un mes cuando estuve en Colombia.

—¿Vas mucho a Colombia?

—Voy donde me pagan bien, nena. Ya lo sabes, me da lo mismo que sea Colombia o la China.

Nos miramos fijamente, y continúa:

—Repelente, crema solar, ropa de algodón, impermeable fino y ligero por si le da por llover…

—Marc, no estás con una novata. Llevo todo lo necesario, incluso he preparado algunas cosas para ti.

—Vale. Oye, según estas coordenadas, se encuentra cerca de Colombia. Leticia no está muy lejos. Es una zona de turismo, de manera que tenemos que ir a Bogotá y, de paso, aprovecharemos para ponernos las vacunas que nos faltan.

—¿En el aeropuerto?

—Sí, El Dorado. Tengo contactos.

—Pero… ¿Leticia no forma una ciudad con otro lugar de Brasil?

—Sí, con Tabatinga. Están en la frontera. Ya sabes, triple frontera: Brasil-Colombia-Perú. Si las coordenadas son correctas, el lugar en cuestión no debe estar lejos de la ciudad.

—¿Tabatinga no tiene aeropuerto?

—Sí, pero prefiero entrar por Bogotá. Vamos con avión privado, pasaremos más desapercibidos que si nos dejamos caer en el aeropuerto de Tabatinga con una sola pista. Además, ahí suele haber mucho movimiento de naves militares que custodian la frontera.

—Vale. Y de Bogotá, a Leticia.

—Sí.

—En vuelo comercial.

—No, cariño.

—Pero has dicho…

—He dicho que entramos por Bogotá, aprovechamos para las vacunas, buscamos algo de información y después nos vamos a Tabatinga con nuestro avión. Mi esposa es rica. —Abro los ojos y lo miro sorprendida—. Tú serás mi esposa, cariño. Los que me conocen no saben de mi vida privada, de manera que somos una pareja muy rica que quiere pasar unos días en el Amazonas.

Muevo la cabeza despacio, sintiendo algo extraño dentro de mí.

—Esperemos que Erica esté cerca… y que esté bien.

—Esperemos, cariño. Y como tu querida amiga esté con ese tipo por voluntad propia, recuérdame que le dé una somanta de hostias.

Marc hace unas cuantas llamadas. Mientras, yo preparo una cena ligera y oigo su potente voz cerrando tratos. Es un experto piloto, lleva igual un Boeing 747 que un *jet*.

Tengo dinero de sobra para tener avión privado, pero lo veo una estupidez. Tanto a mis padres como a mí, cuando nos interesa, fletamos un *jet* privado y no tenemos que estar manteniendo un avión propio con todo lo que conlleva: tripulación, seguros, *catering*, permisos y bla, bla, bla.

Es lo que está haciendo Marc en estos momentos.

Cuando acaba, se acerca a la isla de la cocina y husmea la fuente de espaguetis como si fuese un sabueso.

—Uuum, huele de maravilla. ¿Esto es una cena ligera, mi amor?

—Sí.

Nos reímos y, mientras se acomoda en un taburete de la isla, le sirvo una buena ración.

—¿Qué has alquilado? —pregunto mientras me lleno un plato.

—Un Challenger. —Voy a quejarme, pero levanta la mano—. Ya sé lo que vas a decir.

—Tendremos que repostar.

Él, con la boca llena de espaguetis, mueve la cabeza y traga.

—Es lo que toca, nena. No podemos presentarnos en Bogotá con un Boeing. Eso llama mucho la atención. Un Boeing y toda una tripulación para una pareja. Somos ricos y, aunque papá pilote —se da una palmada en

el pecho—, llevamos otro piloto y tripulación acorde a un Challenger.

—De acuerdo.

—Cuando traigamos a tu amiga de vuelta, si es que se quiere venir, le cobras el pastón que te va a costar esta fiesta.

—No me importa el dinero, Marc. Solo me importa que ella esté bien.

—De acuerdo, preciosa. La pasta es tuya.

Terminamos de cenar y poco después estamos durmiendo.

Al día siguiente partimos para Bogotá.

Capítulo 16

Eran cuatro. Estaban agazapados entre la espesura, vestidos con ropa militar; el verde caqui se difuminaba bien con el follaje de la selva. Los cuatro llevaban chaleco de múltiples bolsillos, que ocultaba las armas: pistolas con silenciador y armas blancas, una de ellas escondida en las recias botas de media caña.

—Me cago en la hostia —murmuró el Indio con los prismáticos clavados en los ojos.

Se los pasó a su compañero.

—No me jodas —soltó el otro al reconocer a la chica—. Es la novia de Kozeny. ¿Qué cojones hace aquí? ¿Y quién es ese tío?

—Y yo qué sé —contestó el Indio sin dejar de mirar hacia el punto donde estaba esa mujer y ese tipo.

Comenzó a caer una lluvia fina. La temperatura era de veintinueve grados, pero la humedad era del 90 %, algo que les ponía de mal humor, y al ser testigos de cómo esa pareja entraba en la zona protegida de Obregón, aún se enfadaron más.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperaremos —contestó el Indio.

—¿Cuánto? —preguntó el que seguía con los prismáticos.

—Hasta que anochezca. Ni un minuto más.

Habían sido testigos de todo el paripé montado por la pareja, pues el Indio sabía que todo era un cuento para entrar en la casa del traficante. No podía dar crédito, no se le pasó por la cabeza que esa mujer fuese capaz de presentarse ahí para buscar a su amiga. Tal vez la había subestimado, había pensado que era una niña rica que trabajaba por capricho y, de paso, para explotar su afición por la fotografía. Pero el hecho de que en esos momentos estuviera dentro de la casa decía mucho de ella y también de su ingenuidad; aunque, por otro lado, ¿quién era el tipo con el que iba?, ¿qué había urdido para entrar?, pero, sobre todo, ¿cómo pensaban salir?

Daría un millón de dólares por saber qué estaba ocurriendo en esos momentos.

Se acercaron a la verja.

—No la toques, no vaya a estar electrificada —siseó Marc, todo sucio, lleno de barro.

—¡Hola! ¡Hola! —gritó Sam, mirando al interior del recinto.

Al momento se acercaron dos hombres, los dos armados; uno, con pistola a la espalda, el otro, con un AK-47.

—¿Qué quieren? ¿Quiénes son? —preguntó en portugués.

Samantha, que hablaba bastante español y que entendía el portugués, contestó:

—Perdone, perdone. Le pido mil disculpas por molestar. —Miró a uno y, seguidamente, al otro—. Nos hemos perdido. Estábamos haciendo una ruta y mi marido —dirigió sus ojazos hacia Marc, que presentaba un lamentable aspecto—, se ha caído por un terraplén… Yo lo he seguido y…, y nos hemos desorientado…, y hemos visto la casa…

Los dos hombres miraron concienzudamente a la pareja, sobre todo, a ella. Samantha llevaba un pantalón corto y sus largas y hermosas piernas, aparte de mostrar ese precioso bronceado, estaban sucias. La contemplaron desde las botas Panama Jack *vintage*, que eran las que solía llevar a la mayoría de sus viajes por trabajo, los gruesos calcetines que asomaban por encima, el pantalón verde caqui y una camiseta de manga larga en un color similar a las botas y que, debido a la humedad y a la lluvia casi incesante, se le pegaba al torso como si estuviera en un concurso de camisetas mojadas. Por suerte, llevaba sujetador deportivo y no mostraba más de lo necesario.

La chica se ajustó la mochila a la espalda con un ligero movimiento y los dos pares de ojos observaron ese cuerpo y esas largas piernas, pero seguían sin hablar.

Entonces Marc se dejó caer y quedó sentado en el barrizal, siendo consciente de cómo lo miraron los hombres mientras se hacía el aturdido.

—No puedo tenerme en pie, cariño. No puedo —susurró en inglés.

—¿Son estadounidenses? —preguntó el de la pistola mirando a Samantha.

—Sí…, sí, somos de Nueva York. Hemos venido de turismo. Nos…, nos dijeron que no había problema, que las excursiones en la selva no tenían inconveniente… Pero…, pero se ve que no hemos controlado la situación. Y aquí estamos. Y menos mal, porque si no, estaríamos dando vueltas como tontos y… pronto se hará de noche.

Los hombres no retiraban la mirada de la chica; mirada de curiosidad y de admiración, incluso, de deseo. El tipo, el marido, que estaba espatarrado en el camino de tierra —en esos momentos, un lodazal— con su mochila a la espalda, la camisa de manga larga enrollada hasta el codo y el pantalón, largo también —todo de un color beis, seguramente, estrenado para ese viaje, pero en esos momentos salpicado de barro, por no decir lleno—, nos les llamaba tanto la atención.

En esos momentos, uno de los tipos se llevó la mano al oído; mientras, Sam se dirigió hasta Marc y, quitándose la mochila, lo ayudó a levantarse empleando todas sus fuerzas.

Tanto Samantha como Marc sabían que alguien estaba hablando a uno

de los guardias de seguridad por el auricular que llevaba.

—Pon un poco de tu parte, Marc. Pesas mucho —se quejó con la idea de que los tipos oyeran y vieran.

Habían decidido que Marc se llamaría igual y Samantha utilizaría su segundo nombre: Anastasia, puesto en honor a su abuela paterna. Pero Marc, para no equivocarse, siempre la llamaba con apelativos cariñosos.

—Pero, mi amor…, tengo el cuerpo entumecido. Si tuviera menos años, si tuviese tu edad…

En esos momentos la puerta automática se abrió y el de la pistola movió una mano con ligereza para darles paso.

—¡Venga! Pasen, pasen.

—¡Oh, muchas gracias! —añadió Samantha sintiendo que estaban metiéndose en la boca del lobo.

Marc, agarrado a los delgados hombros de Samantha, simulaba los pasos cojeando sin importarle ser una carga para la chica, que llevaba la mochila en una mano y, con la otra, lo agarraba de la cintura.

—No te preocupes, cariño. Estamos a salvo.

—Eso espero —contestó el hombre en tono tan bajo que solo fue oído por ella.

Antes de llevarlos al interior de la casa, los cachearon y les registraron las mochilas. Con Samantha no se excedieron, y no fue precisamente por la mirada que les brindó Marc, algo que a los tipos armados les traía al fresco. Las mochilas fueron inspeccionadas con rapidez, buscando bolsillos escondidos y, sobre todo, armas. Tanto Samantha como Marc llevaban un cuchillo enfundado, y ambas pasaron de las manos del hombre que hacía el registro a las del otro, que se los colocó en la espalda, dentro de la cintura del pantalón, sin soltar el fusil.

Fue entonces cuando se dirigieron al interior de la casa, pero por la zona de un lateral, donde se hallaban un pequeño jardín y una fuente ornamental que no expulsaba agua, pero que, en su pila, sí la contenía de la lluvia constante.

Entraron en un *office* y les dijeron que esperaran. Segundos después, el de la pistola volvió y miró a Samantha.

—Será mejor que se duchen y se pongan ropa limpia.

La chica lo miró con esos ojos tan oscuros y el hombre pareció incomodarse.

—¿No entiende?

—Sí, entiendo.

—Pronto anochecerá, mañana pueden irse.

—¡Ah! Vale, de acuerdo. ¿Usted es el dueño de esta casa?

El tipo la miró como si le hubiera preguntado si era el presidente del país.

—No. Cuando estén en condiciones, los llevaré con él.

—¿Qué dice, cariño? —preguntó Marc. Ella se lo explicó bajo la atenta mirada de los tipos—. ¡Ah! Estupendo, necesito quitarme toda esta mierda de encima, y darme una ducha me vendrá fenomenal. Seguro que rejuvenezco los diez años que he envejecido en las últimas veinticuatro horas. Y no me digas nunca más, pero nunca más, de hacer excursiones por la selva…, por el Amazonas, en Tailandia ni en China. ¡Por todos los santos! En qué hora te hice caso. Si es que haces conmigo lo que quieres. Eres tan caprichosa, tan… —Dejó la frase sin acabar, sabiendo que había captado la atención de todos y sabiendo que estos comentarios se los restregaría Samantha en un futuro cuando recordaran esta aventura.

Aventura peligrosa.

Marc ya había visto las pequeñas cámaras de vigilancia que había colocadas en sitios estratégicos y, dando por hecho que estaban observándolos, decidió poner en práctica las clases de actuación que dio en sus años de juventud cuando soñaba con ser actor.

—Tampoco es para tanto —replicó Samantha mientras dejaba su mochila en el suelo y ayudaba a Marc a quitarse la suya.

—No y no. Todo lo que no esté controlado y todo lo que represente aventura tipo *The Walking Dead*, no y no.

—Por favor, no digas tonterías.

—¡Tonterías! Casi me rompo las dos piernas cuando me he caído por ese terraplén, y casi me ahogo con todo ese barro y agua, y… ¡Todo lo demás!

Los dos tipos no les quitaban la mirada de encima, entendiendo más o menos la conversación que mantenía la pareja y dándose cuenta del enfado del hombre.

—Cariño, ya sé que esto no es lo tuyo, pero de vez en cuando…

—No, Anastasia. No.

En esos momentos comenzó a quitarse la ropa y, en cuestión de unos segundos, estaba en pelotas mirando a los hombres con cara de pocos amigos.

Samantha se mordió el labio para evitar reírse.

—Por favor, Marc. Un poco de decoro.

—¿La ducha? —preguntó mirando al de la pistola—. ¿Agua? Y jabón, a poder ser.

Los hombres miraron al tipo alto, que les sacaba varios centímetros, pues pasaba del metro noventa. Se fijaron en el torso delgado y poco musculado y deslizaron la mirada hacia abajo mirando de refilón el pene, que se mostraba tal cual, grande y velludo.

El de la pistola enfiló por un pasillo, Samantha y Marc cogieron las mochilas y las ropas y lo siguieron; el del AK-47 iba detrás, cerrando filas.

Abrió una puerta y les hizo una seña.

—Duchas.

—Gracias, muchas gracias —añadió Sam regalándole una bella sonrisa, que provocó que el hombre clavara la mirada en la boca.

—Dentro de unos minutos vuelvo.

—Vale.

—Tampoco es necesario que vuelva muy pronto. Tenemos muuucha mierda que limpiar —añadió Marc al tiempo que Sam le daba un codazo en el costado.

Por fin se quedaron solos, pero Marc comenzó a hablar:

—Te lo digo en serio, cariño. No me vengas con más viajecitos de este tipo, porque no pienso repetir. —Samantha ya sabía lo que quería decir, pues también se había fijado en las cámaras—. Venga, nena, desnúdate y vamos a ducharnos. No vamos a ser descorteses con los dueños de este… lugar. —La chica se quitó la ropa y mostró su cuerpo… a las cámaras—. ¡Oh, nena! Cómo me pones —murmuró agarrándola de la cintura—. Hasta llena de barro eres la más hermosa de las criaturas, y te voy a meter la polla…

—¡Cállate, Marc! —exclamó quitándose sus manos de encima y viendo que el miembro se le endurecía por momentos.

—¿Me vas a dejar así? —preguntó mirándose su apéndice.

—No seas estúpido. No estamos en casa.

El hombre bajó la cabeza.

—Tienes razón. Venga, vamos a ducharnos.

Se metieron en la ducha y cerraron las cortinas de vinilo, para a continuación abrir los grifos del agua caliente y fría. Con el ruido del agua, la agarró de la cintura y le dijo al oído:

—Sígueme el juego. Hay cámaras por todos los sitios. Ni se te ocurra decir nada que nos comprometa.

—Vale.

—Es probable que los móviles no tengan cobertura o tengan inhibidores de frecuencia.

—Vale —susurró la joven separándose y enjabonándose el pelo.

Se ducharon entre risas, mientras el vozarrón de Marc se mostraba en todo su esplendor diciendo que su mujercita tenía el mejor culo del mundo, el mejor chochito y las tetitas más tiesas y duras que hubiera visto, tocado y chupado en su larga y experimentada vida; mientras, Samantha ponía caras ante toda esa palabrería, y él se enjabonaba los huevos y se reía de los gestos de la chica.

Un rato después, Samantha, con una toalla enrollada en el cabello y otra alrededor del cuerpo, y Marc, con otra enrollada a sus estrechas caderas, sacaron ropa limpia de las mochilas y se vistieron para ser presentados al

anfitrión.

—Mira, nena —dijo Marc sacando su móvil de la bolsita de plástico y moviéndose por la habitación—. El teléfono no va. Mira el tuyo.

Samantha hurgó en el fondo de la mochila y sacó otra bolsita igual a la de Marc.

—No, el mío tampoco. No habrá cobertura.

—No me extraña. Tú y tu manía de ir a sitios perdidos de la mano de Dios donde no podemos utilizar ni un puto móvil.

Samantha estaba asombrada de cómo interpretaba el papel de marido ofendido y molesto, incluso un pelín machista. Cuando volvieran a la civilización, se lo echaría en cara.

Esperaba que eso sucediera pronto; que pronto pudieran estar en casa sanos y salvos y con Erica de la mano.

Acababan de guardar los móviles en su sitio cuando llegó el de la pistola. Samantha se quitó la toalla de la cabeza y sacudió la larga y húmeda melena sabiendo que esos ojos no dejaron de mirarla.

—Nena, vas a atontar a este hombre o vas a ponerlo cachondo como un animal en celo.

—Por favor, Marc. Deja de decir estupideces.

—Sí, estupideces —repitió sonriendo al tiempo que miraba al tipo pensando si en un cuerpo a cuerpo podría con él.

El hombre se dirigió a Samantha y le dijo entre portugués y español:

—El señor los espera. Vengan conmigo.

—Claro, vamos. No se imagina lo agradecidos que estamos.

Enfilaron detrás de él, y el que llevaba el fusil de asalto salió no se supo de dónde y se colocó detrás de Marc, que lo miró durante unos segundos.

Anduvieron por varios pasillos, traspasaron diversos vestíbulos o distribuidores y, según iban avanzando hacia el destino, el lujo iba en aumento. Pasaron de estar en una zona sencilla, con paredes encaladas y suelos de terracota, con plantas tropicales y muebles de mimbre y bambú, para terminar caminando sobre suelos de mármol, paredes forradas de seda y techos de filigranas en escayola.

Al llegar a un pequeño y lujoso salón, un hombre maduro, vestido con un pantalón y camisa de lino, todo de blanco, se levantó de su cómodo asiento y se dirigió hacia ellos.

—Mis inesperados invitados, ¿cómo están? ¿Ya se les ha pasado el susto? —La voz del hombre sonó potente y acogedora en un español con acento cubano.

Obregón se dirigió hacia Samantha, la cogió de la mano y analizó todo lo que sus ojos veían.

—Es usted muy amable, de verdad. No sabe el favor que nos hace, lo agradecidos que le estamos mi esposo y yo —contestó la joven, en español,

sintiendo esa mirada sobre su rostro y su cuerpo como si fuese un rayo láser—. Me llamo Samantha —no supo por qué, pero dijo su verdadero nombre y no sé fijó en la expresión de Marc—, Samantha Tucker. Y él es, mi esposo, Marc Tucker.

—Encantado, querida. Mi nombre es Alfred Obregón. Pero… creo que uno de mis hombres ha oído a su esposo llamarla Anastasia.

—Sí, es mi segundo nombre. A mi marido no le gusta el nombre de Samantha, y menos, Sam.

Obregón movió la cabeza despacio, sin dejar de observarlos, pero, en especial, a la chica.

—¿Habla español, señor Tucker? —le preguntó al tiempo que le tendía la mano.

—Apenas, señor Obregón.

—Por favor, llámeme Alfred —añadió en inglés.

Y entonces Marc se explayó:

—¡Oh! Qué placer oír hablar en mi idioma. No sabe cuánto me fastidia no hablar diversas lenguas como hace mi esposa. Pero, a pesar de que llevo viajando la mayor parte de mi vida, no salgo de siete u ocho palabras en español y otras tantas en francés, y como casi todo el mundo habla inglés…

Obregón se rio del comentario y se dirigió hasta la zona de sofás para indicarles a sus invitados que tomaran asiento y él hacer lo mismo.

—¿A qué se dedica, Marc?

En vista de que Samantha había optado por decir su nombre, y sus motivos tendría, él hizo lo mismo: decir casi toda la verdad.

—Soy piloto.

—¡Ah! ¡Qué interesante! ¿De aerolíneas?

—No, privado.

Obregón movió la cabeza y clavó la mirada en la chica.

En esas piernas.

En esos pechos inhiestos que se dibujaban dando forma a la camiseta de algodón.

En esa cara preciosa.

En esa melena gloriosa, que, según se secaba, parecía tomar vida propia.

—¿Y usted, querida? ¿Se dedica a acompañar a su esposo?

Sam mostró otra vez esa esplendorosa sonrisa, se llevó la mano izquierda al pelo para colocarse un mechón detrás de la oreja y, de paso, mostrar la sencilla alianza de casada, alianza que había pertenecido a su abuela, que guardaba en su joyero y que cogió antes de salir del apartamento.

—Soy fotógrafa, y no, no me dedico a acompañarlo. Más bien, él me acompaña a mí.

Obregón puso cara de no entender.

La voz de Marc hizo que moviera la cabeza y dejara de contemplar a la chica.

—Cuando mi esposa trabaja, se va a hacer reportajes a África o Alaska, y yo la llevo. No a todos, pues a veces tiene concertados otros vuelos con las empresas para las que trabaja, pero en muchos, sí.

—¡Ah! Entiendo, entiendo. —Hubo una pausa mientras una doncella les servía un zumo de lima y limón azucarado y recién exprimido—. ¿Y llevan mucho tiempo casados?

Marc iba a contestar, pero Sam se adelantó:

—Apenas unos días.

Obregón hizo un movimiento de hombros, de ojos y de manos.

—¿Están de luna de miel? —preguntó sorprendido.

—Sí, así es.

—Vaya. Pues han tenido suerte de caer por aquí. Un accidente en la selva, solos, perdidos…

—Tiene toda la razón. —Marc intervino—. Conozco a Anastasia desde hace años, llevo queriendo casarme con ella desde hace mucho y, aprovechando que rompió con su prometido, me declaré, aceptó, nos casamos… y aquí estamos.

Alfred Obregón mostraba una pequeña y torcida sonrisa mientras hacía una pirámide con las manos y se golpeaba suavemente la boca.

—¿Usted fue la prometida de Brian Kozeny?

—Sí, señor —contestó la joven, viendo por el rabillo del ojo la expresión que puso Marc.

—¿Y no están aquí por casualidad? —volvió a preguntar sin retirar la mirada de la chica.

Samantha no contestó y Marc se hizo el tonto diciendo:

—¿Qué está pasando aquí? —Observó al traficante, y clavó la mirada en la joven—. ¿Qué cojones es esto, Samantha? —preguntó ofendido y levantando la voz.

Samantha iba a contestar, pero se tomó su tiempo y ese tiempo lo utilizó el anfitrión.

—Creo que su estrenada esposa lo ha utilizado, señor Tucker.

Marc dejó el vaso sobre la mesa de cristal y se levantó ofuscado.

—¿Me vas a decir qué estamos haciendo aquí? ¿Qué significa todo esto? Y, sobre todo, ¿qué cojones tiene que ver ese cabrón de Kozeny?

Samantha le dio un trago al zumo y no contestó.

—Estás enfadándome. Y lo sabes —añadió sin levantar la voz, pero fulminándola con la mirada, mientras Obregón no perdía detalle.

—Si te lo contaba, no ibas a querer hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Venir a buscar a… Erica.

Marc se movió hacia delante, agachó el cuerpo y acercó la cara hasta el rostro de Sam; mientras, el anfitrión seguía toda la conversación, todos los movimientos, todas las expresiones.

—¡¿A esa puta?!

Se incorporó, movió la cabeza deprisa, como diciendo «no puedo creérmelo», y se dejó caer en el asiento más alejado de su «esposa».

Capítulo 17

Faltaba poco para servir la cena y Marc, haciéndose el ofendido, el humillado, el utilizado, se estaba tomando una copa, comportándose como si su «esposa» no estuviera presente.

A Obregón parecía hacerle gracia la situación.

—¿Cómo prefiere que la llame?

—Puede llamarme Samantha.

—Samantha, su amiga Erica no está aquí.

La joven mostró un gesto de incredibilidad y Marc soltó un «Ja».

Tanto Sam como Obregón dirigieron la mirada hacia él.

—Me engañas, me traes hasta aquí de la peor manera buscando a la zorra de tu amiga y encima no está. Esto no se va a quedar así, Samantha Anastasia. Sabes de sobra que la sinceridad y el respeto es fundamental para que una relación funcione.

—¡Cállate ya, Marc! Deja de quejarte como si fueses una damisela. —Semejantes palabras provocaron que los dos hombres mirasen a la chica de distinta forma: Marc, ofendido y enfadado, y Obregón, sorprendido y conteniendo una sonrisa.

Samantha clavó la mirada en el anfitrión.

—Hablé con ella y me dijo que se iba con usted.

—Sí, es cierto. Se vino conmigo hasta San Francisco y, cuando le dije que me dirigía hacia aquí, se lo pensó y cambió de idea. Mire, Samantha, mujeres como Erica, y mejores, las tengo cuando quiero. Si una mujer no está a gusto o yo no estoy a gusto con ella… —Dio unas palmadas con las manos como diciendo «ahí te quedas».

—Pero… no contesta a las llamadas ni a los mensajes.

La voz de Marc se interpuso:

—Estará follando con alguno y se habrá olvidado de sus amiguitas y de su familia.

Samantha lo fulminó con la mirada.

—Samantha —volvió a intervenir Obregón siendo consciente de la animadversión entre la pareja—, entiendo que es su amiga y mi intención no es faltarle al respeto, tampoco es que quiera darle la razón a su esposo, pero no puedo faltar a la verdad. —Hizo una pausa mientras se recreaba mirando esos ojos tan oscuros y pensaba que esa preciosidad podría pasar por hispana.

—¿Qué quiere decir con la verdad?

—Erica se metió en mi cama la primera noche que la conocí, en mi casa de Dallas. No tengo nada en contra de eso. Es más, vivimos tiempos

modernos, si el hombre lo hace, por qué no la mujer. La noche anterior a dejar San Francisco, la sorprendí en el baño del restaurante donde cenábamos con un tipo que compartía mesa con nosotros. Ella ya me había dicho que no continuaba el viaje conmigo, pero al menos podría haber esperado… un poco, un día al menos… En fin, por no alargar ese momento incómodo, abandoné el restaurante y fue la última vez que la vi.

Marc, llevándose la copa a los labios, murmuró:

—*C'est la vie!*

Samantha dirigió la mirada hacia él durante unos segundos, con gesto enfadado, y volvió a mirar a Obregón.

—¿Y quién era el tipo en cuestión?

—¡Ah! El tipo en cuestión es un empresario californiano casado y con cuatro hijos, y, para colmo, su esposa también estaba con nosotros. Terminó la velada, yo me fui sin cruzar palabra con Erica, siendo consciente del malestar de la esposa del empresario, y poco más puedo decirle. Ni la llamé por teléfono ni ella me llamó a mí. Al día siguiente hablé por videollamada con el californiano, me comentó que había tenido una bronca de campeonato con su esposa y que volvían a Los Ángeles para intentar calmar las cosas.

—¿Y ya está?

—Ya está, señora Tucker.

—Claro que ya está, Samantha Anastasia. ¿Qué te piensas, que Erica es una adolescente de catorce años a quien hay que vigilar, controlar y si, llega el caso, seguir?… Seguro que habrá encontrado otra polla que seguir. Por Dios. —Apuró el trago y dejó la copa en la mesa—. Tiene que perdonarnos, Alfred; si llego a saber esto…

Alfred movió la mano para quitar importancia al tema.

—No, no se preocupe. Lo entiendo, lo entiendo perfectamente. Es más, está haciendo que yo me preocupe también. Cierto es que mi relación con ella ha sido corta y de tipo sexual, pero —dejó de mirar a Marc y clavó los ojos en la chica—, tal y como están las cosas, que no sepan nada… Puede haber tenido un accidente. ¿Su familia tampoco sabe de ella? —preguntó sin dejar de mirar a Samantha.

—No, señor.

—¿Habrán dado parte a la policía?

Samantha movió la cabeza negando.

—No.

Obregón alzó los hombros en señal de asombro.

—¿No?

—Bueno, no es la primera vez que lo hace. Cuando hablé con su padre, me dijo que la última vez no dio señales de vida en un mes.

—Y si algo así usted ya lo sabía, ¿a cuento de qué tanta preocupación?

—Ella no dijo nada, pero no retiró la mirada—. Entiendo. Ha relacionado todo el follón que se ha armado en el rancho y con la detención de su exprometido con la «ausencia» de su amiga.

—Sí.

—Mire, Samantha, he tenido que salir de los Estados Unidos a toda prisa para no acabar en la cárcel. Su amiga era el menor de mis problemas.

—Es usted un traficante.

—¡Eh, eh! —protestó Marc—. No le faltes el respeto a nuestro anfitrión.

—No le estoy faltando al respeto. Simplemente, digo la verdad.

Marc se dirigió al hombre:

—No se lo tenga en cuenta, Alfred.

Alfred mostró una sonrisa y observó a su invitado forzoso.

—¿No le molesta que yo sea un traficante? ¿No se siente ofendido como su bella esposa?

—Bueno, cada uno se gana la vida como puede o como quiere. Y mi opinión sobre estos temas es amplia y conocida. Ella lo sabe. Si la droga circula por todos los sitios, es porque se consume, porque hay gente que la toma por gusto o necesidad. Por mi trabajo, he visto a mucha gente colocada alrededor de una mesa llena de rayas; y qué decir de los aseos de restaurantes, bares o discotecas… Hasta en los aviones que piloto. —Soltó una risilla—. Yo mismo tuve mi época, pero ya no consumo. Además, no solo de la coca vive el hombre; qué me dice del café o esto. —Levantó la copa vacía—. Si alguien hubiera prohibido el café o el alcohol, la mayoría seríamos unos adictos, y alguien tendría que ocuparse del suministro.

—Sí, muy cierto —afirmó el hombre, que no perdía detalle.

—Claro. Y quien sepa un poco del tema, quien haya echado la vista atrás, seguramente, conocerá la publicidad que se hacía de la coca; publicidad que hacían agencias publicitarias —añadió Marc gesticulando con las manos y mostrando una expresión alegre.

—Exactamente. Hasta se vendían cajitas y pequeños tubos para llevar la coca —añadió el traficante.

—Sí. Incluso unas cucharillas de oro de catorce kilates y de plata, para coger la coca, y cuchillas para cortarla. Todo tipo de accesorios de plata o de oro para que la mercancía no se contaminara con otro tipo de metales, que podrían alterar el polvo blanco. Era alucinante —añadió entre risas el «marido» de Sam—. Y carteles publicitarios con unas nenas estupendas en ropa interior y las piernas abiertas de par en par que te ofrecían el polvo mágico y todo lo demás para que tu imaginación se desbordara. ¿Cómo era ese eslogan…?

—¡Haz feliz a tu nariz! —contestó Obregón.

—Eso. —Soltó una risotada—. Eran los años…

—Setenta —especificó el traficante.

Marc miró a Samantha.

—Tú no habías nacido, cariño.

—Y tú tampoco, me parece a mí.

—Pero yo estoy informado, mi vida. He visto las ilustraciones publicitarias de esos años; cuando Nixon promovió la guerra en contra de las drogas y la coca no estaba entre ellas. Fue la hostia. La marihuana, el LSD y la heroína. —Volvió a soltar otra risotada—. Dejó la coca libre porque no era mala, no llevaba a la hospitalización o a la muerte. ¡Y venga a salir toneladas y toneladas de coca colombiana para los Estados Unidos!

Marc dejó de hablar y su sonrisa fue desapareciendo poco a poco, mientras observaba al traficante.

—Sí, así fue. Pero ahora estamos en otra época y lo cierto es que se sigue consumiendo y, como usted bien dice, alguien tiene que suministrarla. —Mostró una sonrisa y miró a Samantha—. Pero parece que su esposa no está conforme con ello.

Marc iba a contestar, pero Sam se adelantó:

—A mí me molesta todo lo que sea nocivo para la persona y, ya de paso, para el medio ambiente. —La penetrante mirada de Obregón no se despegaba del rostro de la chica y sus labios finos se mantenían apretados formando una línea en su atractivo hombre—. No me meto con quien quiera estropear su vida esnifando un día sí y otro también, siempre que sean adultos y que lo hagan por voluntad propia. Pero todo lo que conlleva el negocio de la droga es malo, nefasto. Unos cárteles que se comportan como multinacionales, que hacen cualquier cosa porque su negocio siga floreciendo, que tienen ejércitos, que sobornan, que asesinan… ¿Sigo?

Marc ya no reía, es más, estaba incómodo; pensaba que Samantha se había pasado de la raya, y nunca mejor dicho. Eso sin contar con la expresión que tenía Obregón, algo así como entretenido, divertido y ufano.

—Querida Samantha, lo malo está en todos los lugares, en todos los sitios. Creo que es usted una idealista, pero… no sea tan ingenua. Desde que existe el ser humano hay maldad, provenga de donde provenga. Yo llevo en este negocio desde que era crío, mi padre me lo enseñó, y yo lo levanté. Pero le puedo decir que sobornos he hecho muchos, pero asesinatos, ninguno. Eso es en las películas y, de vez en cuando, en México.

Samantha iba a contestar, pero esta vez Marc no la dejó:

—Se acabó la conversación —soltó levantándose del sillón, y se sentó a su lado—. Te prohíbo que sigas por este camino. Ya está bien con que me hayas engañado para venir hasta aquí en busca de la zorra de tu amiga. No es de recibo que ofendas al señor Obregón, que nos ha ofrecido su hospitalidad. ¿Está claro?

Marc y Samantha se midieron el uno al otro, ya no estaban fingiendo, lo sabían, y podía írseles de las manos.

La joven carraspeó y dirigió la mirada hacia el anfitrión.

—Le pido disculpas, Alfred.

—¡Oh! No se preocupe, querida. Entiendo su viveza, su ímpetu; los lleva en la piel, en su preciosa juventud. Es más responsable que su amiga, más sensata, más seria. Algo llamativo por otro lado, teniendo en cuenta que es usted una rica heredera, como Erica, como el resto de sus amigas. No, no me mire así. Sé esos pequeños detalles por Brian; se ponía muy parlanchín después de dos o tres copas. —Hizo una pequeña pausa por si quería añadir algo, pero no fue así. Miro a ambos y siguió hablando—: Igual que entiendo el amor que le profesa a su amiga y la preocupación por ella; pero ya verá cómo, cuando estén de vuelta en Nueva York, sabrá algo de la revoltosa Erica. Segurísimo. Igual que estoy seguro de que usted se enfadará mucho con ella por ser así y por haber dado lugar a esta serie de acontecimientos. —Se levantó de una, tocó varias veces las palmas y mostró una radiante sonrisa—. ¡Y ahora…! ¡A cenar!

Capítulo 18

Siento que esto no va por buen camino. Tal vez yo tenga la culpa, tal vez he hablado demasiado…, pero no me creo ni una palabra de todo lo que ha dicho sobre Erica.

Estamos cenando y tengo que decir —y así lo he hecho— que los platos que degustamos están deliciosos. Aunque la expresión de Marc al llevarse a la boca la cuchara de sopa llamada Tacacá no es muy demostrativa de placer. Estoy segura de que hubiera preferido una hamburguesa con todos los condimentos.

El Kivevé de calabaza tampoco le entusiasma, pero se guarda de decir nada fuera de lo normal y lo engulle con altas dosis de vino blanco. A lo que no le hace ascos es a la carne de sol frita, acompañada de arroz y ensalada, que se come más rápido de lo normal. Lo cierto es que no deja nada, tanto le guste menos o más, y llama la atención que sea tan delgado, pues seguro que el traficante lo piensa, aunque no lo diga.

Dentro de un rato nos retiraremos, nos iremos a la habitación que nos han asignado para mañana temprano salir de ahí.

La voz de ese tipo llega a mis oídos:

—Por favor, ni lo mencionen. No van a volver andando. Uno de mis hombres los llevará a la ciudad.

—No es necesario —replico al momento—. Podemos ir andando. No creo que nos perdamos de nuevo.

—De eso nada —tercia Marc. Siento su enfado por momentos, y no está actuando—. No pienso dar un paso, al contrario. Le agradecemos su gesto, Alfred. Y, si puede dejarnos en el aeropuerto de Tabatinga, mejor que mejor.

—Por supuesto, no hay problema.

—Genial. Tenemos el avión ahí. —Empina el codo de nuevo.

—¡Ah! Han traído su propio avión.

—Sí, es lo que tiene casarse con una heredera —suelta con sarcasmo y de mal humor.

Obregón sonríe de manera displicente, pues no es una sonrisa amistosa ni cordial, y no sé si Marc es consciente.

No sé si siente el peligro como lo siento yo.

—No se lo tenga en cuenta, amigo —tercia este tipo engreído y mafioso —. Las mujeres son… de esa manera.

Sé que quiere que entre al trapo, como el toro al torero, pero no hago caso. Solo deseo salir de este lugar.

—Sí, dígamelo a mí.

Obregón dirige la mirada al plato mientras corta la carne bovina en trozos más pequeños y suelta una sonrisa al tiempo que añade:

—Esta noche harán las paces y disfrutarán el uno del otro.

Marc eleva la mirada, agarra la copa de vino y le da un buen trago.

—No sé, tal vez la tenga castigada durante una temporada.

Obregón ríe a carcajadas, que parecen rebotar por el recargado comedor de muebles oscuros, pesados, y yo actúo como si no estuviese presente.

—La cuestión no es esa, querido amigo. La cuestión es quién puede aguantar la tentación de tener a una mujer como la suya y no tocarla. En una habitación, en una cama… o en una ducha. —Hace una pausa con la mirada clavada en los ojos de Marc—. Perdóneme, pero tendría que ser gay para semejante acto. Qué palabra, ¿verdad? Gay. A mí siempre me ha gustado más la otra, la de toda la vida. —Vuelve a callar y Marc aprovecha para intervenir.

—¿Maricón? —pregunta de forma exaltada…, eufórico.

¿Estará borracho?

—Sí, maricón. O, en todo caso, homosexual.

La voz de ese hombre sigue en el mismo tono, sin alterarse, pero nos observa como un águila.

—Sí, estoy de acuerdo con usted —añade Marc llevándose de nuevo la copa de vino a los labios.

Siento los nervios en todo el cuerpo, en especial, en el estómago.

Decido intervenir, pues no me gusta el cariz que está tomando la conversación y, sobre todo, no me gusta que Marc beba tanto, como si estuviéramos en casa de un amigo.

—Llamar maricón a un hombre siempre ha sido ofensivo —añado seria sin levantar la mirada del plato.

Marc entra al trapo.

—¡Oh, vamos, nena! La palabra gay la eligieron los homosexuales de San Francisco para referirse a sí mismos.

—Lo sé. No tienes que dártelas de sabelotodo.

Me mira y se encoge de hombros como diciendo «es lo que hay, es lo que ves, es lo que soy».

—Y el término homosexual es más ofensivo todavía, pues siempre ha estado relacionado con patologías o taras. En la época nazi, el triángulo rosa era una insignia para distinguir a los maricones, bisexuales y mujeres machorras —aclara con suficiencia.

Estamos picados como si fuésemos niños.

—Para que lo sepas, no era rosa, era verde o rojo. —Suelto las palabras rápidamente, dejando los cubiertos en el plato, molesta y enfadada.

—Verde, para los homosexuales criminales; rojo, para los políticos; y después… rosa.

—¡Y negro! —exclamo sabiendo que estamos divirtiendo al mafioso.

—Ese triángulo fue para los «asociales».

Obregón aplaude durante unos segundos mirándonos con curiosidad.

—Son ustedes como críos. Qué envidia me dan.

—Perdone —me disculpo al tiempo que coloco los cubiertos en paralelo para dar por terminado mi plato.

—No hay nada que perdonar, querida. Son aire fresco…, una pareja preciosa.

Me mira como si quisiera taladrarme con sus ojos pardos, y yo no bajo la mirada. Es en ese momento cuando suena un golpe que hace que dé un brinco y que mire hacia donde debería estar Marc. Me levanto en un segundo y me arrodillo en el suelo, a su lado.

—¡Marc, Marc!

Obregón está a mi lado y comienza a darle tortitas en el rostro.

—¿Es diabético? —pregunta mirándome.

Creo que tardo más de la cuenta en contestar porque esta situación se ha desbordado y, que yo sepa, Marc no es diabético, pero tampoco conozco su vida al dedillo.

—No, no es diabético ni tampoco tiene ninguna enfermedad.

—¿Está segura?

—Por supuesto. Está fuerte como un roble.

El traficante me observa durante unos segundos, pocos, al hacer esa afirmación.

En ese momento entra uno de los hombres de vigilancia, coge a Marc por las axilas y lo deja en uno de los sofás.

Está grogui.

—Será mejor llevarlo a la cama. —Da órdenes, no me dirige la mirada —. Lleva el botiquín a la habitación para tomarle la tensión y hacerle la prueba del azúcar —le dice a su hombre.

Unos minutos después, Marc está en la cama solo con los calzoncillos y roncando como un cerdo. Obregón acaba de tomarle la tensión, que dice estar bien, y le pincha en el dedo corazón para después dejar caer una gota de sangre en una tira específica y, seguidamente, introducirla en un aparato medidor. En unos segundos sale la medida: sesenta y ocho .

—Un poco baja, pero no demasiado. Creo que su esposo ha bebido más de la cuenta. Pero no se preocupe. Una noche de descanso y mañana estará como nuevo.

No le digo que estoy preocupada, más que eso, asustada. No le digo que Marc está acostumbrado a beber. No le digo que pienso que lo han drogado… Pero, si lo han drogado, ¿por qué a mí no? También he bebido vino en la cena, y seguro que ha sido el detonante.

O tal vez les han echado algo en los platos, pues la comida ha sido

emplatada en la cocina.

—Vamos, querida, dejemos roncar de manera satisfactoria a su esposo y tomemos el postre.

No me salen las palabras, no le digo que no quiero postre, que no quiero estar ahí, que deseo que sea de día para irnos de este lugar, que se puede ir al diablo.

No, nada sale por mi boca.

Siento la mano de ese hombre colocarse en mis riñones, sacarme con suavidad de la habitación y, sin retirar la mano de mi espalda, llevarme al salón, donde nos esperan los postres encima de una de las mesitas que hay entre los sofás y sillones.

Nos sentamos, uno enfrente del otro; coge su plato, me mira y me sonríe esperando que yo haga lo mismo.

—No se preocupe. Marc está bien. Dormirá la borrachera, puede que mañana tenga una buena resaca y se acabó la historia. Pruebe el postre, pruébelo. Y dígame si le gusta.

Obedezco y llevo la cucharita a mi boca.

—Tiramisú —pronunció la palabra como si estuviera en una nube de placer.

—Exacto. ¿Le gusta? —pregunta de manera encantadora.

—Sí. Está delicioso. Es uno de mis postres favoritos.

—¿No me diga? Qué coincidencia, también es uno de mis favoritos, junto con el Baked Alaska. Siempre que voy al Delmonico´s lo pido. —Hace una pausa mientras saborea el tiramisú y no retira la mirada de mi cara—. Ahora voy a tener que estar un tiempo sin ir al Delmonico's… Una pena. Tengo que encontrar un chef que me lo haga. No es fácil, no. —Hace una pausa, manteniendo la cuchara en el aire mientras sujeta el plato, y continúa—: ¿Usted cocina?

—Sí, pero la repostería no es mi fuerte.

—¡Esa es la cuestión! —exclama dejando el plato sobre la mesita—. La repostería no es fácil, no es sencilla. Hay que utilizar un buen helado, el bizcocho tiene que ser esponjoso, casero, y el almíbar, importantísimo. —No retira la mirada de mis ojos—. Un mismo tipo de almíbar no funciona igual con el helado de chocolate que con el de cereza. ¡Y el merengue!

Junta el dedo pulgar y el índice, se los lleva a la boca y hace el gesto italiano de sabroso.

—Me pongo cachondo solo de pensar en ese manjar.

Con la mirada baja, dejo la cuchara en el plato y lo deposito en la mesita sin querer creer las palabras que acabo de oír.

—¡Ay! Qué preciosidad, si se ha puesto colorada como una fresita.

Estoy mordiéndome la lengua para no contestarle lo que realmente me apetece, pero también estoy temblando como un flan porque siento que este

hombre es peligroso, y ahora estoy más que segura de que Erica…

—Tengo que confesarle un secreto. —Su boca se tuerce mostrando una sonrisa ladeada—. Siempre me han gustado las mujeres calientes, las que no se cohíben y se abren de piernas para dejarse meter mano y todo lo demás a la primera de cambio. Sí, siempre me han gustado. Pero ¿sabe qué pasa después? Que me canso enseguida de ellas; que una vez que las he tomado varias veces, que hemos hecho todo lo que nuestra imaginación y elasticidad nos ha permitido, me aburren, incluso, me asquean. Es entonces cuando se las paso a otros y contemplo a esas mujeres desde otra perspectiva, cuando las veo actuar con otros hombres como lo han hecho conmigo, inundadas con falos de distintos tamaños y grosores o las oigo jadear con más o menos acierto… Es entonces cuando echo de menos a una mujer decente, como las de antes, una que no se acuesta con el primero que llega, con el primero que le diga lo hermosa que es o que la invite a una copa.

Se hace el silencio.

No digo nada.

Él no dice nada.

No deja de mirarme.

Estoy tensa, sentada en el borde del sillón, con la espalda envarada. Veo cómo levanta una mano, cómo se acerca a mi cara, cómo desliza el índice por mi mandíbula.

—Usted no es de esas, ¿verdad, Samantha?

—Lo que yo sea o deje de ser… es asunto mío.

Retira la mano y suelta una carcajada.

—Kozeny lo dijo: «Mi prometida es una mujer de los pies a la cabeza. Tiene clase, sabe estar en cada momento, y tengo plena confianza en ella». —Entrecierra los ojos y continúa hablando—: Esas fueron sus palabras. Las primeras que oí sobre usted. Después vinieron más comentarios, más confidencias. Cuando terminábamos de hablar de negocios, se relajaba, se tomaba dos o tres copas más y se iba de la lengua. Hubo un momento en que sentí lástima por él, incluso me pregunté cuánto tardaría usted en darle puerta. —Hace una pausa, pero el muy cabrón no deja de observarme. Desliza la mirada por todo mi cuerpo para volver al rostro y continuar—: Era de gatillo rápido o fácil, ¿eh? —pregunta sonriendo con aire de suficiencia.

Intento que esa afirmación y la consiguiente pregunta no me alteren, pero creo que no lo consigo.

—El muy desgraciado me lo confesó la última vez que nos vimos a solas. Yo estaba con la mosca detrás de la oreja, planificando la huida del país, y el hijo de puta desgraciado me entretuvo un rato con sus lamentaciones. Decía que no podía controlarse, que tenía una novia tan

bonita, con un cuerpo tan espectacular, que se corría al poco de meterla, incluso, a veces, antes. Y no me quedó más remedio que creer semejantes palabras, pues qué clase de tipo va a decir algo así y no ser verdad. —Vuelve a soltar otra risa, y yo sé el motivo. Siento que me arde el rostro—. ¿Era así, bonita mía? ¿Se corría antes de meterla? ¿Te dejaba a dos velas?

No contesto.

—Al menos, te comería bien el conejito… ¿O tampoco?

—Perdone, señor Obregón. No hablo de mi vida privada.

Hago el acto de levantarme, pero él me lo impide, sujetándome de los brazos, y chista con la boca.

—No vas a ningún lado. Por lo menos…, hasta mañana. Mientras tu marido duerme la mona, tú vas a entretenerme. Tampoco es mucho pedir después de daros auxilio y ofreceros mi humilde hogar a ti y tu esposo.

Me suelta los brazos mostrando lascivia en su rostro.

—¿Es tu marido? ¿Te has casado con él por despecho?

A estas alturas, no me voy a molestar en contestar esas preguntas.

—Mire…, Obregón, yo no entretengo a los hombres. Si piensa que voy a cooperar, está muy equivocado. Si va a violarme, no pienso oponer resistencia; no voy a dar lugar a que me golpee o a que sus gorilas me sujeten para que usted pueda hacer ese acto vil.

Ahora no ríe, no muestra lascivia ni placer de ningún tipo.

No le ha gustado nada lo que he dicho.

—¡Qué pena! Erica se ofreció a mí, primero, con la mirada y después se metió en mi cama como si fuese lo más natural del mundo. Me habría gustado conocerte en otras circunstancias, siendo la prometida de Brian. Seguro que te habría seducido, te habría embrujado con mi experiencia, con mis dotes amatorias.

—Lo dudo. Ya tengo un padre.

Rompe a reír de manera ruidosa.

—*Touché*, gatita. —Se pasa una mano por la mandíbula y fija la mirada en mi boca—. Dime una cosa, ¿rompiste con él porque te follaste al vaquero? —Abro los ojos como platos y no disimulo mi sorpresa—. Pensabas que nadie se había dado cuenta, ¿eh? El capataz, Ron Duff, os vio follando en el recinto de la ducha, más bien os escuchó, y luego acabasteis en la habitación del Indio. Bueno, no es de extrañar. Algunos de esos vaqueros podrían salir en un calendario, ¿verdad, pequeña? No te lo reprocho, qué ibas a hacer; tarde o temprano, tenía que pasar. Una mujer como tú aguantando esa mierda sexual que te daba Kozeny…

—Por favor, acabe con esto.

—Ya te he dicho lo que quiero.

—Y yo le he contestado.

—Verás, vamos a hacer una cosa. Tú cooperas como una buena chica, y

tu marido…, tu amigo o lo que sea se salva la vida.

—Pero qué está diciendo. ¿Está loco o qué le pasa? —No grito, no levanto la voz, solo quisiera que esto fuese una pesadilla y despertar en este momento.

—No, mi amor. No estoy loco, solo quiero follar contigo. Quiero disfrutarte, quiero que me diviertas, y no es mi deseo violarte ni muchísimo menos. Tampoco es mi deseo matar a Marc y darte una paliza, después follarte y, a continuación, dejar que te follen otros. ¿Sabes? Puedo levantar el teléfono, hacer unas llamadas, decir unas palabras y, en cuestión de un par de horas, tal vez menos, tener a varios hombres dispuestos a introducirte un rabo tras otro. —Se hace el silencio—. De manera que la elección es fácil. Yo, o yo, todos los demás y la vida de ese tipo que ronca en la habitación.

Nos miramos, nos medimos, pero yo sé que tengo las de perder.

No voy a dar lugar a que maten a Marc y tengo que hacer lo posible y lo imposible para salir de aquí con el mínimo de daños.

—¿Qué quiere que haga?

Él sonríe sabiéndose ganador.

—Levántate —me ordena de manera perezosa.

Obedezco.

—Desnúdate, muy… muy despacio.

Llevó tan poca ropa que, aunque lo haga despacio, no voy a tardar mucho.

Me quito primero las botas, desatando los cordones, aflojándolos.

Me saco una; luego, la otra.

Sigo con los calcetines y deseo que huelan, que mis pies apesten y se le quiten las ganas, pero no es el caso.

Continúo con la camiseta.

Agito la melena cuando la arrastro por la cabeza.

Llevo un sujetador sencillo, negro, que apenas sujeta.

Desabrocho el botón del pantalón, bajo la cremallera y lo dejo caer al suelo.

Las braguitas hacen conjunto con el sostén, de algodón, sencillas, pero dejan medio culo al aire.

Dudo.

Trago saliva.

Voy a quitarme las bragas, pero su voz me lo impide:

—Date la vuelta. Yo te las quito —ordena con voz rasposa, caliente.

Me giro. Cuando lo hago, trago saliva, pues colocarme de espaldas a este tipo me da…, me da repelús.

Siento sus manos en los glúteos.

Cómo los palpa, los menea.

Siento cómo los abre para que la braga se introduzca entre la raja.

Me suelta una palmada en una y en otra, y oigo sus palabras:

—Buen culo. Todo natural.

Hace una pausa y, con las manos en los lados, siento su boca, que me besa primero un glúteo y, luego, el otro.

Intento que no se note el respingo que doy, pero creo que no lo consigo, pues oigo su risa.

—Macizo pero suave.

Desliza la lengua, dejándome saliva en la parte más llena, al tiempo que huele por donde pasa.

—¡Qué maravilla! ¡Qué preciosidad! ¡Deseo pasar la lengua por el interior de estas nalgas! ¡Lamerte el culo hasta hacerte jadear!

Me lame y besa a partes iguales mientras pienso que en otras circunstancias, con otro hombre, estaría excitándome.

—Ven, siéntate en mi regazo.

No hago nada, son sus manos las que me guían; en la misma posición, me deja caer sobre sus muslos, y noto la dureza del hombre.

—Muévete, restriégate contra mi polla…

Estoy de espaldas a él, no nos vemos las caras, y yo no ejecuto su orden.

—Mueve tu culo sobre mi polla… o probarás algo que no te va a gustar.

Ahora sí obedezco.

Echo la espalda hacia delante, elevó ligeramente las nalgas y las muevo sobre su erección, escuchando una ligera exclamación:

—¡Ah! Muy bien, preciosa. Muy bien. Mueve, mueve ese culito. Rózate sin parar hasta que yo te lo diga.

Pero, de repente…

Capítulo 19

Un ruido fuerte nos sobresalta. Ha parecido un disparo.

O un golpe… contundente.

Obregón gira la cabeza hacia el arco que comunica el salón con el pasillo de acceso, y yo quiero esconderme en algún sitio, pero no soy lo suficientemente rápida, pues las manos del hombre me agarran de la cintura con rudeza y me colocan de escudo tapando su cuerpo.

Siento algo sobre el cuello, como un arma.

Bajo todo lo que puedo los ojos y veo la cucharilla de postre con la punta del ornamentado mango clavada en mi cuello.

El reflejo de la plata casi me encandila cuando, en esos momentos, dos tipos vestidos de oscuro, con armas y pasamontañas, hacen acto de presencia.

Son altos, fuertes, con pinta de militares, o tal vez son narcos o paramilitares…

O puede que sea…

La voz de mi opresor es la que se deja oír, y lo hace en español.

—Como os acerquéis…, ¡la mato! —Se supone que me está amenazando mientras siento mi cuerpo pegado al suyo como si fuésemos uno solo.

Ha levantado la voz para que quede claro que está dispuesto a hacerlo mientras mira, miramos, a esos hombres y repite las mismas palabras en inglés.

La erección del traficante ha desaparecido por encanto…, pero qué menos con ese tipo apuntando con esa arma.

Es un AK-47, igual que la usada por uno de los guardias que nos recibieron. En México la llaman Cuerno de Chivo por la curva que tiene en la parte delantera que sostiene el cargador.

Me entran ganas de reír a carcajadas. Cuando volvía de Alaska, en el avión, leí un artículo sobre este tipo de armas en un número atrasado del Reader's Digest que devoré hasta la última palabra. Y, mira por donde, ahora estoy contemplando más AK-47 que en una película de la mafia rusa.

Trago saliva y miro al tipo que sujeta el fusil con precisión, que no le tiembla el pulso mientras mantiene la mirada sobre nosotros. Para intentar calmarme, para que deje de temblar mientras el traficante me rodea con el brazo izquierdo la cintura, apretando con fuerza, aplastándome contra su cuerpo. Mientras siento el pico de la cucharilla en mi cuello, intentando controlar mi vejiga, recuerdo lo que sé de esa arma: fusil ruso, antiguo, de 1947, diseñada por Kaláshnikov cuando se recuperaba de una herida

recibida durante la Segunda Guerra Mundial. No es tan preciso como el M16, pero su resistencia y facilidad de uso son magníficas, además de emplearse en zonas de arena o de lluvias y no atascarse como el M16.

La que lleva ese hombre no tiene la culata original de madera, no tiene culata. Es la misma que llevaba el guardia que nos recibió; sí, estoy segura. O tal vez…

Siento el pico de la cucharilla de plata pinchar mi cuello, incluso parece que noto un hilillo de sangre.

No he soltado ni un quejido, ni un suspiro, y tal vez eso le molesta al traficante, aunque estoy segura de que siente el temblor de todo mi cuerpo; eso, y que esos tipos no digan nada, sobre todo, el que nos apunta con el AK-47.

El AK-47 pesa algo más de cuatro kilos y… puede disparar seiscientos disparos por minuto; el cargador extraíble curvo tiene capacidad para treinta cartuchos. Puede sumergirse en el agua o llenarse de barro y no pasa nada, su fiabilidad y seguridad serán óptimas.

Dicen que puede haber más de cien millones de unidades en todo el mundo, pero ese dato será falso, pues se produce una cantidad masiva sin licencia.

Millones y millones de AK-47, y el señor Kalshnikov no cobró regalías jamás.

Pienso estas cosas y no puedo despegar los ojos de ese hombre… ¿Será él?

No, no puede ser. Un vaquero no maneja un arma de esas, ¿o sí?

Bueno, puede ser que sí. Estados Unidos es un país de armas, puede ser uno de esos que igual maneja una escopeta de caza o una metralleta.

En ese momento, oigo el disparo.

Uno.

Solo uno.

No grito, solo elevo los hombros, los encojo del susto cuando ocurre.

Ya no estoy sujeta por ese hombre y evito caerme con él porque mantengo el cuerpo rígido para que no me arrastre.

Ya no siento la punta de la cucharilla sobre la piel.

Pero siento la salpicadura de la sangre del traficante antes de que caiga hacia atrás.

Me quedo paralizada.

Todo ha sido muy rápido.

Y lo primero que pienso es que ahora no podré averiguar dónde está Erica. Y los otros, los guardias, o los trabajadores de la casa, ¿lo sabrán?

¿Los habrán matado?

Estoy temblando, pero no de frío, mientras mis ojos siguen fijos en ese hombre que ha disparado y en sus movimientos. Se acerca hasta mí,

despacio, mientras oigo ruido alrededor, como buscando algo. Será el otro tipo, que ha desaparecido, o tal vez haya más hombres.

Y entonces, al oír esa voz, me quedo de piedra.

Elevo la mirada y veo cómo se quita el pasamontañas mientras repite la pregunta:

—¿Estás bien?

Clavo la mirada en esos penetrantes ojos azules y creo morir de… placer.

No me salen las palabras, solo atino a mover la cabeza para decir que sí.

—Nos vamos. Vístete —me ordena con suavidad.

Obedezco en el acto, y en un minuto me visto y termino atando mis botas mientras oigo ruidos por las habitaciones contiguas.

—¿Dónde está tu amigo? —me pregunta sin retirar la mirada de mis ojos.

Madre mía, casi me olvido de Marc, y, sin embargo, él…, él sabe que no estoy sola, que no he venido sola.

—Está… en una habitación. Creo que lo han drogado.

En ese momento entra en el salón el otro tipo con una maleta enorme, una de esas a prueba de agua, polvo, choque, con código de seguridad; una maleta que, normalmente, se usa para el transporte de armas militares o de caza. Indestructible, hecha con resina de ingeniería y fibra de vidrio, y con el interior de espuma para proteger el equipo o lo que sea. Una maleta que puede costar más de noventa mil dólares.

El tipo le hace una seña al Indio, y yo los observó a los dos mientras desvío la mirada de vez en cuando hacia el cadáver del traficante, hacia el agujero que tiene en el centro de la frente.

—Venga. Vamos a por tu amigo. Hay que salir de aquí.

—Pero tenemos que encontrar a Erica —me atrevo a decir mientras esos hermosos ojos me miran.

—Vamos —dice con suavidad.

Y la manera de decir esa palabra y, sobre todo, la suavidad me produce escalofríos.

Coloca su mano en el final de mi espalda, pero sin empujar, ni tan siquiera presionar, y obedezco.

Llegamos a la habitación y, con la puerta cerrada, se dejan oír los ronquidos.

Liam abre y, sin perder ni un segundo, agarra a Marc para levantarlo. Le da un par de sopapos y vuelve a darle otros dos con más fuerza.

Vaya, hacen efecto, pues abre los ojos y se nos queda mirando como si no nos conociera. Y, bueno, al Indio no lo conoce, pero a mí, sí.

—Espabila, tío. Nos vamos de aquí —le increpa el Indio.

Lo sienta en la cama y comienza a vestirlo.

Me muevo rápido y lo ayudo a ponerse la camisa, el pantalón, calcetines y botas.

Cojo su mochila y la mía para no dejar pruebas.

Él me mira.

—¿Es todo lo que habéis traído?

—Sí.

—¿No os dejáis nada?

—Es todo.

—Bien. Vámonos.

Coge a Marc por debajo de las axilas, se echa el brazo izquierdo sobre su hombro para cargarlo y salimos al pasillo para dirigirnos al exterior, justo a la misma zona por la que entramos Marc y yo.

La oscuridad es plena, solo los faros del todoterreno alumbran la zona, y el ruido del motor se mezcla con los sonidos nocturnos de la selva. En el coche hay un tipo al volante y otro fuera que nos observan mientras Calder introduce a Marc en la parte de atrás y me agarra de las caderas para que suba a su lado; El tipo que vigila fuera del todoterreno sube también y se coloca al lado de su compañero, haciendo que todos quedemos apretujados, y que el de la maleta cierre sus piernas sobre esta.

—¡Venga! Vámonos —ordena el Indio. Mientras sube al asiento del copiloto, el otro acelera y salimos del recinto.

Es noche cerrada, estamos en la selva y, en cuestión de un minuto, se pone a llover. No sé por dónde vamos ni adónde. No me atrevo a preguntar, pues no sé qué está pasando aquí y ya no tengo tan claro quién es ese hombre que va en el asiento del copiloto.

Marc parece que está dormido, pero, de repente, me dice:

—¿Dónde vamos, Samantha? ¿Dónde cojones vamos?

—Vamos a casa, Marc. No te preocupes.

Se hace el silencio verbal mientras nos inunda el ruido del motor, de los neumáticos rodando por el camino de barro y la lluvia. Pero Marc está desorientado y seguramente sigue bajo los efectos de la droga.

—¿Y quién son estos tipos? ¿Son hombres de Obregón?

No me da tiempo a contestar, pues el tipo que está sentado a su lado, el que tiene la maleta entre sus piernas, se adelanta:

—No, tío. No somos hombres de Obregón. Ahora, ¿por qué no te duermes un rato y dejas de hablar?

—Porque no me sale de los cojones —replica, pero sin mucho ímpetu —. Joder, Sam…, creo que voy a vomitar.

—No me jodas, tío —exclama el de la maleta.

Y efectivamente.

Me da tiempo a colocarle la cabeza hacia abajo, y vomita entre sus

piernas.

—¡Hostia puta! —blasfema el de la maleta, mientras, el que está a su lado murmura algo que no logro entender.

El Indio mira cada dos por tres hacia nosotros, pero no dice nada.

Después de cinco o seis minutos, el conductor da un giro inesperado y entramos en una zona abierta, un claro en la selva, que veo gracias a los faros del todoterreno. Y lo que más me llama la atención: un helicóptero, con las palas en movimiento, esperando.

—¡Venga! ¡Abajo! —exclama el Indio antes de parar.

Todos obedecemos, y Marc se agarra a mi cuello para no caer sin dejar de mirar el helicóptero.

El tipo de la maleta corre hacia la nave con su carga y la mete dentro de la cabina; mientras, el Indio se acerca hasta nosotros y carga con Marc para subirlo al tiempo que mi amigo dice, como si estuviera borracho:

—¡Hooostia! Es un Cobra, ¿eh, tío? —Mira al Indio, que le da el último empujón mientras el de la maleta lo agarra, lo sienta y le pone el cinturón —. ¿Eh, tío? ¿Es un AH-1 Cobra? ¿A que sí?

—Sí, cabrón, sí. Es un puto Cobra.

—Lo sabía —dice entre risas—. Lo sabía. Es un HueyCobra. —Vuelve a reír—. Es un Snake.

Todos han subido, solo faltamos Liam y yo.

Coloca sus grandes manos en mi cintura, las sube por los laterales para rozarme los pechos y, antes de alzarme, desliza la boca por el lateral de mi cuello, logrando que todo el vello de mi cuerpo se erice.

Sube detrás de mí y hace que me siente entre Marc y él.

Al momento, grita entre el ruido de los rotores:

—¡Arriba!

El aparato levanta el vuelo y siento un hormigueo en todo el cuerpo. La mano de Marc agarra la mía.

—¡¿Sabes, nena, que el Cobra fue la columna vertebral de la flota de helicópteros del Ejército de los Estados Unidos?! —me grita al oído. Muevo la cabeza negando—. ¡Hasta que fue sustituido por el Apache! ¡Joder, hace mucho tiempo estuve a punto de subir en uno!

No digo nada.

Siento a un lado el cuerpo del hombre que me ha hecho vibrar, el que me ha hecho conocer el placer sexual en su máxima expresión, y parece que estoy en una nube, en un sueño, o puede que en una pesadilla, pues pasar de estar en una cama disfrutando del sexo más erótico con un hombre tan misterioso como atrayente a compartir un helicóptero mientras sobrevolamos la selva, y mientras Marc sigue diciendo no sé qué de los marines y los helicópteros… es algo de lo más sorprendente que me ha pasado.

Observo la maleta negra, que está enfrente, entre las piernas de ese hombre que no deja de observarnos a Marc y a mí, y me pregunto qué es lo que contiene, qué está pasando aquí. ¿Estará llena de dinero? ¿Dinero de Liam y de estos hombres que van con él? ¿Será eso?

De repente, me sobresalto, pues el de la maleta grita para hacerse oír:

—¡Ahí están la lancha y el barco!

Liam inclina ligeramente el cuerpo sobre mí y mira por el lado izquierdo al tiempo que siento su mano en mi espalda, acariciándome.

—¡Vamos!

El helicóptero está descendiendo y, al momento, bajamos. Liam me ayuda, pues está oscuro como la boca de un lobo, y yo ayudo a Marc, que no hace más que repetir: «La hostia, la hostia, la hostia…».

Liam me agarra de la mano, yo agarro a Marc y los otros se adelantan hacia el agua, con maleta incluida, mientras el helicóptero levanta el vuelo inundándonos con su ruido y levantando todo lo que pilla a su alrededor con la energía de las palas, de manera que antes de poner un pie en el agua ya estamos mojados.

Me llega el agua hasta el cuello, siento cómo la mochila se moja y pesa sobre mi espalda cuando las manos de Liam me alzan hacia el interior de la lancha y, de reojo, veo cómo dos hombres agarran a Marc de las axilas y lo suben como si fuese una marioneta.

Mojados, pero en el interior de esa lancha neumática, siento cómo me desplazo al coger velocidad. El brazo del Indio me sirve de tope, me agarra por si las moscas, y pienso, tontamente, que ahora somos siete.

El agua nos salpica, la velocidad es llamativa, la oscuridad total, pues el cielo está cubierto, y, para colmo, se pone de nuevo a llover; pero qué más da si estamos empapados por todos los lados. El Indio me agarra con fuerza, y yo agarro a Marc, pensando que va a caerse por la borda; además, me llama la atención que no diga nada, al tiempo que pienso cómo se apaña el piloto de la lancha para ver. Como si me leyese el pensamiento, el barco hace acto de presencia, la velocidad disminuye y chocamos suavemente contra babor o estribor, no tengo ni idea.

Comienzan a subir: primero el de la maleta, que es ayudado por los otros tres, no porque la maleta pese en exceso, más bien por el volumen, y para que no acabe en el agua. Después agarran a Marc y lo elevan en un periquete. No sé cómo, pues, aunque Marc está delgado, es un tío de metro noventa.

Liam me quita la mochila, acerca la boca a mi oído y me pregunta si puedo subir sola o me lleva él.

No contesto. Actúo. Agarro la escalera de cuerda y enfilo hacia arriba, subiendo lo más rápido posible al no llevar peso en la espalda. Al llegar a cubierta, las manos de dos hombres me agarran y levantan por el aire para

dejarme sentada en el suelo de la cubierta al lado de Marc.

Mis ojos, que parecen adaptarse a la oscuridad poco a poco, ven cómo la lancha toma rumbo y se aleja del barco, y es cuando Liam termina de subir y retira la escala.

Entonces oigo la voz de Marc:

—¿Estoy soñando, Samantha? ¿Estamos soñando?

—No, cariño. No estamos soñando.

Capítulo 20

Nos encontramos en un camarote doble de un barco de carga. Marc lleva ropa seca, igual que yo, y duerme a pierna suelta en la litera de abajo, inundando la reducida estancia con los ronquidos habituales. Hace unos minutos Liam ha traído un teléfono para que me pusiera en contacto con el piloto del avión que hemos dejado en Tabatinga y le diera instrucciones para que se dirija al aeropuerto de Panamá, donde debe esperar nuestra llegada. Se ha ido sin más, y yo espero como una tonta sentada en un asiento incómodo, metálico, al lado de un escritorio.

Nuestros móviles están en las respectivas mochilas, donde los dejamos después de ducharnos en la mansión de Obregón, pero alguien se encargó de darles un golpe con algo —seguramente, cuando nos fuimos a cenar— y ambos están rotos, inservibles, dentro de las mojadas mochilas y de sus bolsitas protectoras.

No dejo de dar vueltas a todo lo sucedido, pues parece de película, y lo que es peor, tengo la sensación de que, si no hubieran aparecido Liam y esos hombres, estaríamos muertos o a punto de estarlo. Analizando fríamente lo sucedido, y teniendo en cuenta que nos habíamos metido en la guarida de un traficante…, qué podíamos esperar.

Me gustaría que Marc estuviera despierto y sin restos de droga para poder hablar de ello, pero así, solo vuelvo a darle una y mil vueltas a todo para no sacar nada en claro. Y lo que es peor, Erica…

«¿Dónde estás, amiga?».

Ha pasado al menos una hora cuando se abre la puerta.

Es él.

Me mira, me ofrece su mano, la agarro con fuerza y salimos del camarote dejando a Marc y sus ronquidos en soledad. Vamos a una zona común, una especie de comedor pequeño con una pared trasera para dar cabida a ocho personas sin espacios superfluos; pero estamos solos, solo los ruidos del barco nos acompañan y, de vez en cuando, se escuchan voces.

Hace que me siente en la parte interna, con la espalda apoyada en la pared, y él, en la de fuera, enfrente de mí.

Su voz está ligeramente ronca, afónica, y encima emplea un tono bajo, con lo cual apoyo los brazos en la mesa y clavo la mirada en esos ojos tan penetrantes, tan misteriosos, para no perderme palabra.

—¿Cómo se te ocurrió meterte en el territorio de Obregón? ¿En qué estabas pensando?

Me molesta que me diga eso. Quito los brazos de la mesa, pego la espalda al respaldo del banco y lo miro enfadada y dolida.

—Fuimos a por Erica.

No dejamos de mirarnos.

Nos comemos con los ojos, a pesar del tono que empleamos.

—¿Quién es él? —pregunta en el mismo tono, aunque noto que se contiene, que se queda con ganas de seguir con la regañina.

—Un amigo. Piloto.

No dice nada, pero está esperando que le amplíe la información.

—Nos conocemos desde hace años. Me acompaña en muchos de los viajes que hago por trabajo. Pilota los aviones en los que vuelo.

Sigue sin decir nada.

Observándome.

Analizándome.

Se pasa las manos por el denso y corto cabello negro, alborotándolo, despeinándolo. Lo observo, lo devoro…, lo deseo.

¡Joder! Qué guapo es.

—¿Quién eres? —me atrevo a preguntar.

No contesta en el acto y no despega la mirada de mi rostro.

—Me llamo Liam Campbell. Agente especial de la DEA. —No me muevo, no pestañeo y espero—. Cuando tú y tus amigas aparecisteis por el rancho, llevaba varios meses infiltrado.

—Entiendo —añado nerviosa.

—Lo que sucedió entre nosotros no tiene nada que ver con todo esto.

—Claro.

Intento mantenerme fría, pero no sé si lo consigo.

—Y… —hace una pausa mientras continúa examinándome—, con relación a tu amiga…

De golpe se levanta y me agarra de la mano. Antes de que mis piernas salgan de la estrechez del banco y de la mesa, me observa con esa penetrante mirada y me pierdo en el azul más hermoso que veré jamás mientras baja la cabeza y me besa suavemente. Me lame los labios, tan despacio que creo derretirme, y cuando voy a sacar la lengua, pidiendo más, queriendo tocar la suya… ¡Zas! Me deja, me ayuda a que salga, y nos dirigimos por un pasillo estrecho hasta una puerta; la abre, me introduce dentro y después, él, cerrando tras de sí.

Es un camarote, supongo que será el suyo. También tiene una litera.

Quiero que siga besándome, que me toque, que me lo haga todo; pero nada de eso ocurre.

—Erica está muerta —me suelta de sopetón.

Trago saliva, abro la boca y siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas. Me falta el aire, creo que voy a sufrir una taquicardia.

—¿Cómo…? ¿Cómo lo sabes? —Las lágrimas se me desbordan y me limpio las mejillas con las manos mientras él me mira; no deja de mirarme.

—Ven aquí. —Abre los brazos y obedezco.

Dejo que me abrace y que sus manos acaricien mi espalda.

Despacio.

Mientras mis pechos se aplastan contra su tórax duro como una roca y cálido como un fuego, esas manos se deslizan arriba y abajo, en círculos, hacia dentro, hacia afuera; una, en la cintura y otra, en el centro de la espalda.

Siento su aliento en la sien.

Siento que sus labios se mueven.

Y oigo el susurro:

—Por eso lo maté. Por eso no le di en el hombro o en el brazo. No iba a permitir que te hiciera mal alguno.

Quiero separarme, es lo que debo de hacer, pero me siento tan segura en sus brazos que lo que hago es mostrarle la cara, ofrecerle la boca para que continúe con el beso, para que yo pueda besarlo.

Lo agarro por la camisa y me empino para alcanzar sus labios. Me mira con interés, incluso, curiosidad, y baja la cabeza para que nuestras bocas se unan, para devorarnos.

Llevo las manos a su nuca y le hago todo lo que él me hace.

Me hace el amor con la boca, con la lengua, y yo se lo devuelvo. He ansiado tanto volver a estar con él que todo me parece poco, y mientras nuestras bocas disfrutan, mientras mi respiración va en aumento, mientras siento cómo se endurece a pesar de llevar un pantalón de tela dura, me viene a la mente la imagen de Erica y me separo.

Me separo bruscamente, siendo consciente de su mirada interrogante, pero, a la vez, comprendiendo mi comportamiento; o eso creo.

—Por favor, cuéntamelo todo.

Él afirma en silencio, coloca la mano en mi cintura y nos sentamos muy juntos, pegados, en el asiento de la mesa que sirve de despacho o para comer.

Me coge una mano con tanta delicadeza que me dan ganas de llorar.

Comienza a hablar:

—Llevamos detrás de Obregón mucho tiempo, y detrás de otras personas de Dallas y de Texas que recibían sobornos de él, pero también estábamos al corriente de otro asunto muy…, demasiado… No sé cómo decírtelo. —Esos ojos me traspasan, pero, a la vez, me infunden algo de temor—. Escabroso.

Su mano sigue acariciando la mía.

Sus ojos, fijos en los míos.

No sé qué es lo que va a decir, pero temo, por sus palabras —o, mejor dicho, por esa última palabra— que es algo grave.

Trago saliva de lo nerviosa que estoy y, sobre todo, para que me salgan

las palabras.

—Dímelo sin más, Liam.

—No es fácil, nena.

Me gusta que me llame así.

Nena… ¿Soy su nena?

Espero mientras siento las yemas de sus dedos acariciar el interior de mi mano, produciendo un hormigueo en mi cuerpo de puro placer.

—¿Sabes lo que es el gore o el *snuff*?

—Sí —contesto con un hilo de voz al tiempo que retiro la mano para que deje de tocarme.

Él no parece molestarse. No sé si entiende cómo me siento, pero creo que va a contarme algo muy sucio, muy escabroso, como antes ha mencionado, y no me parece decente que yo esté gozando del placer que me provocan sus dedos, aunque sea a través de una sutil caricia, mientras eso ocurra.

—Obregón y otros hacían ese tipo de películas o vídeos para después subastarlos en la red oscura.

¡Oh, Dios mío!

Llevo una mano a mi garganta para deslizarla hasta las clavículas como si quisiera abrirla después de atragantarme.

—¿Me estás diciendo que utilizaron a Erica para eso?

Él ha colocado las manos entre sus piernas abiertas, juega con los dedos, mirándolos y mirándome.

—Sí, a Erica y a otras mujeres. Erica fue la última. Antes hubo otras…, demasiadas. En la maleta que hemos traído están los originales, entre otras cosas.

Endereza el tronco mientras planta las manos sobre sus muslos.

—Pero ¿cómo sabes que Erica está muerta? —pregunto sin dejar de observarlo.

—Porque en la búsqueda logramos entrar en la subasta de la última película. Solo se muestra un poco, unos instantes que no llegan al minuto, para calentar a los posibles compradores y que las pujas se disparen. —Hace una breve pausa y sigue—: Las violaciones, el maltrato…, todo es real. La finalidad… es la muerte. Todo se graba de la manera más cruda, violenta y sangrienta; incluso después de la muerte siguen practicando sexo con el cadáver.

No me he movido. No he dejado de mirar sus ojos, el movimiento de esa boca atrayente mientras pronunciaba palabra tras palabra: subasta, pujas, compradores, violaciones, maltrato…, muerte.

Creo que voy a vomitar y, cómo no sé si voy a controlarme, me muevo deprisa y voy hasta el aseo para levantar la tapa del váter y dar una arcada.

«Ya está, ya está».

Intento calmarme.

Respiro profundamente y suelto el aire.

Me miro en el espejo y abro el grifo.

Me mojo el rostro una y otra vez, suelto varios gemidos y después cojo una toalla y me seco.

Él está en la puerta y me ofrece un botellín de agua.

—Gracias. —Mi voz sale entrecortada.

Volvemos al asiento, tomo un trago de agua, respiro profundamente y fijo la mirada en ese hombre.

—¿Has visto la película?

—Sí. Hace un rato. Antes de ir a por ti.

—Quiero verla.

Me mira como si le hubiera pedido la Luna y luego, Júpiter.

—No. De hecho, no tendría que haberte contado nada. Además, son pruebas.

—Por favor, cuéntame lo que les hacen. Necesito saberlo.

—No. Ni hablar. No voy a contarte nada de nada.

Mis ojos lo taladran, lo miran enfadados, mientras aprieto los labios con fuerza.

—Mírame como quieras, llora si quieres, pero no voy a contarte nada de lo que ocurre en esa cinta, porque es lo más cruel y nauseabundo que veré en mucho tiempo.

Y se me llenan los ojos de lágrimas, porque, con eso, ya me ha dicho mucho.

—¿Y dónde está su cadáver? —pregunto mientras me restriego los ojos.

—Todavía no lo sabemos. Hay que averiguar quiénes son los otros que están con Obregón, y no será fácil. Van con máscaras. No se las quitan en ningún momento.

—Pero si habéis reconocido a Obregón.

—Sí. Obregón tenía una marca de nacimiento en la cadera izquierda. Los hombres van desnudos; unos llevan una especie de capucha y antifaz, y otros, solo antifaz. El cabello y la estura, así como la complexión, y sobre todo la voz, delatan a Obregón. Por otra parte, está el que filma, pues la cámara se mueve constantemente, no es una cámara fija.

Suelto un suspiro, no puedo dar crédito a algo así, pero si él lo dice, si él lo ha visto…

Dios mío…, Erica.

—¿Has visto cómo asesinaban a Erica? —La voz me sale entrecortada, no puedo soportarlo, pero, aun así, evito echarme a llorar de nuevo.

Él se muestra incómodo ante mis preguntas, ante ese tipo de preguntas.

—Sí.

Respiro profundamente.

—¿Cómo? Dímelo, por favor. Necesito saberlo.

Liam se mantiene en silencio durante unos segundos.

—Obregón le corta el cuello mientras otro se la está follando.

No ha querido ser tan explícito, pero sabe que, si no es así, voy a estar haciendo preguntas y más preguntas.

Bajo la cabeza y el cabello me tapa la cara.

—Lo siento, Samantha —me susurra al tiempo que lleva las manos a mi cara y echa la melena hacia atrás—. Lo siento mucho.

Y entonces rompo a llorar y me cobijo en sus brazos.

Estamos así varios minutos. Mientras, me voy calmando, pues sus manos son como bálsamo para las heridas, su boca me acaricia el pelo, la sien, la frente… Son como elixires para combatir el dolor, y la calidez de su cuerpo es el refugio más seguro.

Cuando su cuerpo se separa del mío, cuando se aleja, me siento vacía, y mi tristeza parece aumentar hasta el infinito. Pero no se va. Comienza a quitarse la ropa y cuando se queda desnudo, me ofrece la mano.

—Ven, quédate conmigo.

No digo nada, solo obedezco y dejo que sus manos me desnuden.

No tarda apenas, solo las botas dan más tarea, por los cordones y eso, y es lo primero que me quita; en unos segundos, el pantalón corto y la camiseta están en el suelo. Me deja la ropa interior y hace que me introduzca en la litera de abajo para meterse él y arrinconarme contra la pared.

Jamás me he sentido tan segura, tan protegida.

Y jamás me he sentido tan triste.

Y ahora, en esta situación tan dolorosa, soy consciente de que estoy enamorada.

Sí, en una situación extrema, cuando acabo de enterarme de la muerte más que violenta, obscena, aberrante, de mi querida amiga de la infancia. Siento un dolor en el pecho y, si no fuese una mujer joven y sana, pensaría que es un infarto. Pero no, solo es dolor, puro y duro, por la pérdida de mi amiga del alma y por otra cosa.

Porque este hombre no me quiera, porque solo sea un deseo, un juguete sexual durante un tiempo, durante unos instantes; antes y ahora.

Y duele, duele mucho.

Llevo las manos hasta su cuello y acaricio esa mandíbula rasposa, bordeo el contorno de su boca mientras me mira, me observa sin pestañear, mientras siento cómo su miembro se endurece y empuja mi vientre.

Su boca desciende despacio mientras esos ojos se mantienen abiertos.

Captura mi labio inferior, lo lame, lo succiona despacio.

Hace lo mismo con el otro y enseguida me introduce la lengua,

volviéndome loca.

Y, a pesar del dolor, a pesar de todo lo que me ha contado, dejo que su mano se meta entre las bragas y toque mi sexo, que me acaricie, que me masturbe mientras no deja de besarme, mientras me trago su lengua, mientras lamo sus labios igual que él lame los míos.

Me llevo las manos a las caderas y me bajo las bragas sin dejar que su boca se separe de la mía; me abro de piernas para que me introduzca los dedos, para que me provoque un orgasmo, para que se trague uno a uno los gemidos que suelto, para que se monte encima y me penetre de una, acogerlo con celo, sentirlo tan adentro que duele… Pero es un dolor placentero, un dolor deseado.

La cabeza me da vueltas mientras su gran polla me llena, me empuja, me desborda…, mientras su boca no deja de besarme. Cierro los ojos con fuerza cuando me viene una y otra vez. Y él sigue empujando, sigue entrando y saliendo para clavarse hasta el fondo, una y otra vez, para irritar mi vagina. No sé por qué tarda en correrse, tal vez sea por la tensión, por los nervios acumulados durante las horas pasadas.

Tal vez sea… por lo que ha visto…

Levanto las piernas, doblo las rodillas y contraigo varias veces la vagina; y ahora sí, ahora descarga con violencia, ruge con su afonía y me muerde el cuello con delicadeza.

No se deja caer, aguanta su peso con los brazos mientras aminora la respiración, y vuelvo a contraer varias veces la vagina, logrando que suelte algo parecido a una risa.

—Eres maravillosa… Eres el ser más delicado y precioso que he conocido —murmura en mi oído.

Siento cómo mis mejillas se acaloran antes esas palabras…

Siento que mi corazón palpita desbocado…

Siento que mi garganta quiere gritar a los cuatro vientos que lo amo…

Pero siento tanta vergüenza, tanto miedo por ser rechazada, que me trago todas las palabras de amor que conozco.

Sale de mi cuerpo, y siento el vacío.

Se levanta de la litera y mis ojos lo siguen con ansia.

Devorando tanta belleza, admirando ese esplendor.

Ese portento de masculinidad.

Ese tatuaje tan llamativo.

Entra en el cuarto de baño. Oigo cómo arranca papel y doy por hecho que está limpiándose.

En un momento ha vuelto a vestirse mientras mis ojos siguen todos sus movimientos. Voy a intentar levantarme, pero él me lo impide.

—Quédate aquí y duerme. Nadie te molestará. Estaremos en Panamá dentro de catorce o quince horas.

—No sé si podré.

—Inténtalo. Vendré dentro de un rato, ¿de acuerdo?

—Vale —contesto como si fuese una niña pequeña.

Se acerca, me besa delicadamente en los labios y se va.

Me he dormido pensando en él.

Me he dormido recordando sus besos.

Me he dormido sintiéndolo dentro de mí.

Me he despertado con violencia, entre sollozos, con el corazón palpitando y con la imagen de Erica en mi mente, mi pobre amiga degollada.

Capítulo 21

Panamá fue un bálsamo para Marc donde recuperó todas sus aptitudes en los dos días que permanecieron en el hotel de lujo que les reservó no supieron quién, pero que pagaría Samantha.

Pero una vez que recapituló, que recordó y, sobre todo, cuando Samantha le contó todo lo que él vivió sin saberlo, su imaginación se desbordó y su carácter se calentó, provocando que sus nervios estuvieran como cables a punto de soltarse de los amarres.

—¡Joder! No me lo puedo creer. ¡Me cago en la hostia!

El hombre se paseaba por la enorme habitación que ocupaba Samantha como si estuviera enjaulado. De repente, se paraba, la miraba y volvía a moverse de un lado a otro.

—Jamás habría imaginado que nos meteríamos en semejante trampa. Eso es lo que era, Samantha. Un puto cepo, una puta trampa que habría acabado con nosotros si no hubieran aparecido tu amigo y sus hombres.

—Lo siento, Marc. Lo siento mucho. He sido una inconsciente, no pensé…

—No, la culpa es de los dos, no solo tuya. No sé por qué no analicé las cosas de otra manera. Joder. Hostia —soltó bajando la voz—. ¿Y qué cojones me pusieron en la comida o en la bebida? Ahora que lo pienso, que hago memoria, la cena salió emplatada de la cocina.

—Sí, es posible que lo echaran entonces. O tal vez en la bebida… —Marc la observaba con atención—. Puede ser que Obregón te echase la droga en los *gin-tonics* que tomaste antes de la cena.

—Sí, puede ser. Cualquier cosa es probable.

Volvió a moverse de un lado a otro.

—Para un poco, Marc.

Pero no hizo ni caso.

—Mientras ese cabrón te estaba amenazando con el mango de una cucharilla, yo estaba roncando… ¡Por todos los diablos! —Se quedó quieto mirándola—. ¿Te hizo algún mal? ¿Te violó?

—No, Marc. No lo hizo, aunque tenía esa intención. Lo habría hecho si no llegan a aparecer ellos.

—¿Y quién cojones son ellos? ¿La CIA?

—La DEA.

—¿Y tu amigo se cargó a Obregón?

—Sí, Marc. Ya te lo he contado.

—Me habría gustado ver cómo le disparó al hijo de la gran puta.

Se acercó hasta ella, se acomodó en el reposabrazos del sillón y la

agarró por la barbilla, levantándola y mirando el cuello de la chica.

—¿Ese cabrón te hizo eso? —preguntó mirando la pequeña marca que le hizo cuando le clavó ligeramente la punta del mango de la cucharilla.

Samantha se movió soltándose de una.

—Por favor, Marc. Es un simple rasguño que desaparecerá en días.

En ese momento llamaron a la puerta, y cuando Samantha iba a levantarse para abrir, Marc se lo impidió con un gesto y fue él.

Liam Campbell clavó su penetrante mirada en el amigo de Samantha. Este se hizo a un lado y lo dejó pasar sin mediar palabra ni uno ni otro.

Llevaba un informe en su mano que dejó caer sobre la mesita de cristal al tiempo que lanzó una penetrante mirada a la chica.

Vestía vaqueros y camisa negra, con las mangas subidas hasta el codo, dejando ver sus fuertes y morenos antebrazos. Marc clavó la mirada en el tatuaje del brazo izquierdo y dejó de mirar al oír el plaf que hicieron los papeles contra el cristal.

—Aquí están los resultados de su analítica. Un poco más y no lo cuenta.

Marc cogió el informe y miró por encima.

—¡Joder! Oxicodona, morfina y codeína.

—Así es. No sé si Obregón quiso acabar con su vida esa noche o si su idea era que al día siguiente estuviera más tieso que un palo, pero esa cantidad con un tipo más enclenque que usted lo habría llevado al otro barrio —añadió Liam sentándose en el sofá mientras Marc lo hacía en un sillón, igual que estaba Samantha.

—¿Cree que iba a matarme?

—Si no hubiese muerto por las drogas, habría muerto de otra cosa, seguro.

—Menudo hijo de puta. Me alegro de que le pegase un tiro, la lástima es que no pude verlo.

Marc mantenía la mirada en ese hombre tan atractivo, no solo porque sabía… lo que sabía, sino porque era muy interesante. Un tipo de la DEA, que, seguramente, procedía de los marines —se jugaba un huevo a que era así—, con un tatuaje tan llamativo como esos ojos azules.

¡Joder, el tío estaba bueno!

¡Más que bueno, hostia!

—¿Se encuentra bien? —preguntó Liam observando atentamente al amigo de la mujer que ocupaba su mente.

—Sí. Perfectamente.

—Estupendo. En ese caso, pueden irse cuando quieran —añadió sin mirar ni una sola vez a Samantha.

Pero Marc quería saber, las preguntas se le agolpaban en la boca.

—Oiga, ¿qué podemos esperar de todo esto?

—¿Qué quiere decir?

Marc se removió en el sillón, nervioso, inquieto.

—Que… ¿Vamos a tener que declarar en un juicio o algo por el estilo?

Liam lo observó durante unos segundos antes de contestar:

—En lo que a nosotros se refiere, fuimos solos y hemos vuelto solos. Fin de la historia.

—Pero… ¿Y los empleados de Obregón?

—Los tipos armados están muertos.

Marc y Sam se miraron en silencio.

—¿Muertos?

—Sí.

—¿Y los criados? —preguntó con cierto recelo.

Marc recordaba a una chica y un chico sirviendo la cena, y pensó que podían ser hermanos, pues el parecido era notable. Y eso le dio para pensar más; si todos los criados eran familia.

—Los criados están muy contentos de haberse salvado el pellejo. No nos vieron las caras porque llevábamos pasamontañas, los atamos y tapamos los ojos. Con seguridad, al día siguiente los encontrarían los del avituallamiento. Fueron advertidos de que no dijeran ni una palabra de la pareja de norteamericanos.

—¿Y serán de fiar? Igual están compinchados con los narcos, cuentan todo lo que saben y vienen a por nosotros. —En la voz grave y masculina de Marc se adivinaba cierto recelo, incluso temor.

—¿Por qué van a ir a por ustedes?, ¿tienen algo que ver con ellos?, ¿les deben dinero?, ¿tienen alguna cuenta pendiente?

—Bueno, Samantha es…, era la prometida de… Y Erica se fue con el traficante y es…, era amiga de Sam.

—Mire, Obregón está muerto. Los criados saben que unos tipos con pinta de militares mataron a los guardias y a Obregón. La pareja de estadounidenses no deja de ser anecdótica. Ustedes no conocen a nadie más, no han tratado con otros traficantes… ¿O sí?

—No…, por supuesto que no —contestó con rapidez.

—Pues ya está. Ustedes fueron al Amazonas, después hicieron escala en Panamá por trabajo, negocios o lo que consideren, y volvieron a los Estados Unidos. Fin de la historia.

Campbell se levantó y se dirigió hacia la salida sin mirarlos a ninguno.

—Les aconsejo que vuelvan a Nueva York, no pierdan más tiempo.

La puerta se abrió y se cerró.

De nuevo, solos.

—Para haberte follado a este tipo, lo disimula muy bien.

—Corta el rollo, Marc —contestó con gesto triste.

—Vale. Pero el tío es frío de cojones. Seguro que estuvo en los

marines. Y menudo tatuaje lleva. —Hizo una pausa mínima—. Joder, si todo él es llamativo, encima se hace ese tatuaje. ¿Por qué se lo hizo?

—Y yo que sé.

—¿No se lo has preguntado? —Samantha puso cara de póker—. Entiendo que follar con ese tío sea la hostia, pero…

—Pues sí, es la hostia. Y, con tanto follar, se me olvidó preguntarle por el tatuaje. Podías haberle preguntado antes de que se fuera —añadió con sarcasmo.

Samantha se levantó y se dirigió al baño.

—No te enfades, pero es que el tío está bueno de cojones.

—Creía que te gustaban más afeminados —levantó la voz, aun sabiendo que lo llevaba pegado a los talones.

—Me adapto a todo, nena. Y hombres así no los encuentras todos los días.

—Pues no te hagas ilusiones, no le van los tíos —añadió enfadada.

—¿Y tú qué sabes? Si apenas lo has tratado. Puede ser bisexual. No puedes hacerte una idea de la cantidad de homosexuales y bisexuales que hay en todas las profesiones: deportistas, militares…

—Marc, vivo en este mundo y no tengo quince años.

Marc hizo como que no la escuchaba.

—Mi última relación fue con el dentista que me ha puesto estas preciosas carillas que llevo. —Sonrió de manera afectada para mostrárselas a Sam mientras esta recogía las cosas del baño—. Esposa y tres hijos, ¿qué me cuentas?

—Pues que eso está muy feo, ¿no crees? ¿Para qué se ha casado con una mujer?, ¿para tener hijos?

—A mí no me preguntes, ni mi importa ni me incumbe. La primera vez que fui a que me empastara una muela, mandó a la enfermera fuera de la consulta y, antes de ponerme la anestesia, me hizo una mamada que no aullé de milagro.

—¡Qué vergüenza! —replicó Samantha sonriendo.

—Son los mejores, los que no han salido del armario. Mira, si quieres te cuento lo que me hacen para que tú se lo hagas al ojos azules y lo tengas pegado a tu precioso culo para los restos.

—Déjalo ya.

—No, en serio. Y hablando de culos, seguro que está deseando hacer con el tuyo… ya sabes qué. Permíteme un consejo: no te hagas la estrecha, deja que lo disfrute…, que ya verás cómo lo disfrutas. —Marc rompió a carcajadas al ver los colores de las mejillas de Samantha—. Por Dios, cariño. Eres una monada cuando te acaloras. Seguro que enciendes a ese tío y le pones la polla a reventar.

Samantha dejó caer la bolsa de aseo en los brazos del hombre, y este la

cogió con una gran sonrisa.

—Le he dicho al piloto que nos vamos dentro de un par de horas y que tú no estás en condiciones de pilotar.

—Hicimos bien en traer una pequeña tripulación. —Llevó la bolsa y la dejó encima de la cama—. ¡Oye! ¿No era hoy la boda de tu amiga?

—Fue ayer.

Marc se dirigió hacia la puerta.

—¿La has llamado?

—Sí.

—¿Y?

—Les he contado una patraña. Que estamos en San Francisco, que tuvimos un pequeño accidente, que te encontrabas muy mal y que no puedo dejarte solo. No he ampliado la información.

—¿Y sobre Erica?

—Nada.

—Ya.

—Liam se encargará de ver a sus padres y les contará lo sucedido.

—Liam —repitió el hombre.

—Liam o quien corresponda.

—Claro, quien corresponda.

—Venga, vete a preparar tus cosas. Quiero largarme de aquí.

—¿Estás enamorada de ese hombre?

Samantha miro a su amigo con sus ojos tan hermosos, tan oscuros, tan grandes, y Marc pensó que, si no le gustasen los hombres, esa chica sería la ideal para él, para cualquier hombre. Pero ¿era la adecuada para ese tipo?

—Métete en tus cosas y vámonos.

—Ya me has contestado, mi preciosa Samantha.

Capítulo 22

Habían pasado tres meses desde el viaje al Amazonas. Samantha continuó con su vida, sus viajes de trabajo y alguna cena o comida con sus amigas y con Marc cuando aparecía por Nueva York, y poco más. Sus padres seguían de crucero. Cuando sus amigas supieron lo ocurrido con Erica, quedaron horrorizadas, pues, aunque en un principio no supieron los detalles, con el paso de las semanas Pia supo lo más escabroso por boca de su marido.

Estaban en casa de Beberly celebrando que por fin estaba embarazada de dos meses; era un poco pronto para decírselo a la familia, pero sus amigas sí debían saberlo. Una vez que se pusieron al día de unas cosas y otras, Pia contó lo que sabía:

—Al principio, no quiso contármelo, decía que era algo tan atroz, tan indecente, que no quería que lo supiera. Tuve que ponerme en mi sitio. A veces se piensa que porque soy mujer y tengo este aspecto no debo saber ciertas cosas por ser demasiado escabrosas. Así que le dije: «O me lo cuentas, o lo averiguaré por otro conducto y quedarás en evidencia y en ridículo, Joss. Estamos en 2019, no en el siglo xix».

—¿Y no se enfadó? —preguntó Beberly.

—No, Joseph no se enfada, es solo… que a veces le gusta ponerse en plan protector. Y a mí también me gusta, pero a veces, solo a veces, y no precisamente en ese momento.

Samantha se impacientó.

—¿Y qué te contó?

La menuda Pia, vestida con un vestidito azul cielo y el rubio cabello que seguía llevando cortito, se humedeció los labios y se dispuso a narrar los hechos:

—Dicen que estaba drogada, que las mujeres de las otras películas también lo estaban lo suficiente para obedecer, pero sin que se dieran cuenta de lo que pasaba para que no se pusieran rebeldes y que diera más realismo a todo. Pues, a fin de cuentas, esas películas son… para eso.

Samantha y Beberly la escuchaban con atención; la primera tomándose un *gin-tonic* como Pia, y Beberly, un zumo de arándanos.

—Ella estaba vestida de doncella, con un vestido muy corto, negro, muy provocativo, un delantal blanco y una cofia. No llevaba nada debajo. Los tres hombres la toqueteaban por todos los lados, la besaban y después ella se la chupaba a los tres; ya sabéis, una, otra, otra. —Samantha escuchaba atentamente. Beberly hacía muecas cada dos por tres, incómoda ante esa información, ante tanta información—. Hasta ese momento,

Joseph dice que es como una película porno casera en un entorno lujoso, excesivo, rodeados de cortinajes de terciopelo, de brocados y muebles oscuros, grandes… Bueno —añadió pensando en qué parte se había quedado antes del inciso sobre la decoración—, pues eso, mamadas, toqueteos, y luego practicaba sexo con todos, y se la chupaba a uno y a otro mientras el tercero se la tiraba.

»En fin, sexo durante quince o veinte minutos con posiciones varias. Joss —unas veces lo nombraba con su diminutivo y otras no, según le viniese a la boca— dice que es para calentar motores, para que el público que vea esa cinta se vaya caliente. Porque lo que empieza de esa manera va a terminar de otra muy distinta. Cuando acababan con eso, es como que la escena o la película volvía a empezar. Ella apareció con una bandeja de bebidas y, cuando se acercó a uno de ellos para servirle, este le dio un azote y la bandeja se cayó. Entonces la cogió uno, se la colocó en el regazo bocabajo y le dio unas palmadas entre las risas de todos; pero, como eso no era suficiente, otro apareció con una fusta y comenzó a darle en el trasero. Le dio con fuerza, con mucha fuerza. Con tanta que le hizo sangre, y los gritos de Erica se oyeron por encima de las risas de los hombres.

—Por favor, Pia. No sigas —se quejó Beberly.

Samantha miró a una y luego a la otra.

—Continua, quiero saber lo que tú sabes. —Volvió a mirar a Beberly —. Si no quieres oírlo, vete y luego vuelves.

Beberly se molestó ante ese comentario.

—¡Oye, estáis en mi casa!

—Lo sabemos, Beberly —increpó Sam—. ¿Quieres que nos vayamos?

—Voy al baño, pero desde luego, Pia, para no querer contarte nada, Joseph se explayó a gusto.

Se levantó y salió muy tiesa del precioso saloncito donde habían comido moviendo el trasero embutido en un estrecho vestidito floreado, pues el embarazo no se le notaba por ningún lado de su sinuoso cuerpo.

—Continúa —ordenó Sam de manera suave.

—Bueno, pues la azotaron y, cuando se cansaron, le habían dejado el culo en carne viva. Entonces la pusieron de pie, le rompieron el uniforme por la parte de arriba para que los pechos quedaran al aire y se pusieron a jugar con ellos y a burlarse. Joseph no quiso explayarse más, solo añadió que… le quemaron los pechos con cigarrillos y después la violaron, uno tras otro. Cuando acabaron, la dejaron tirada en el suelo y ellos se pusieron a beber; después, la colocaron de rodillas y se lo hicieron por detrás… Ya sabes…

—Sí, Pia. Ya sé.

—Joss me dijo que, cuando uno la estaba violando, otro le… —se le humedecieron los ojos y, con el pico de la servilleta, se los limpió despacio

—, otro le cortó el cuello con un estilete, muy despacio, y el otro se mojó una mano con la sangre para untarle los pechos.

Se hizo un silencio.

—¡Oh, Dios mío! Imaginaba algo por el estilo, pero… —Las palabras de Samantha fueron casi un susurro.

Pia no dejó de mirar a su amiga, porque, aunque las cuatro se conocían desde niñas y todas eran amigas íntimas, sabía que entre Sam y Erica siempre hubo una conexión especial.

—El amigo de Joseph dijo que era nauseabundo. Que, estando muerta, los cuatro practicaron sexo con el… cadáver.

Pia abrió su bolso y sacó un paquete de clínex.

—¿Los cuatro? —preguntó Samantha con la mirada húmeda.

—Sí. El que estaba filmando dejó la cámara en un sitio para seguir grabando en ángulo fijo o como se diga, y entonces él lo hizo también.

Samantha dejó vagar la mirada por la lujosa y perfecta sala pensando en todo lo que vivió su amiga.

—¡Ojalá y cojan a los otros tipos que hicieron eso y se pudran en una cárcel, y les hagan lo mismo que ellos hicieron a Erica y a las otras chicas! —exclamó al tiempo que se limpiaba una lágrima traicionera.

—Hay más, Sam.

Las dos amigas se miraron fijamente.

—Brian ha confesado que estuvo en una de esas filmaciones. Que estaba drogado, que Obregón lo obligó, que le dijo que si no aceptaba lo dejaría en la ruina, en la calle o, peor, los narcos le ajustarían las cuentas. Cierto o no, es lo que dice. Y que, en su estado, no fue consciente de que mataran a ninguna mujer, que él solo tiene vagos recuerdos de participar en una orgía de sexo, alcohol y drogas.

—¿Cuándo fue eso?

—El amigo de Joseph dice que hace dos años más o menos.

—¡Madre mía! Es de locos.

—Está cooperando con el FBI y la DEA para que su condena sea lo más benévola posible, o que incluso no lo juzguen y entre en protección de testigos. Pero Joseph dice que se va a tirar una buena temporada en la cárcel, a no ser que haya más información importante.

—¿Más importante?

Pia movió la cabeza ligeramente.

—Es posible que sepa quiénes son los hombres que estaban con Obregón. Bueno, por lo menos, los que estaban en la que él participó, sí.

Samantha meneó la cabeza haciendo que su hermosa melena se moviese.

—Con todo esto que estás contando, creo que Brian sabe mucho, demasiado; y estoy segura de que lo aprovechará en su beneficio.

—Tonto será si no lo hace. Su futuro, de una forma o de otra, no va a ser como él había planeado.

En ese momento apareció Beberly.

—¿Habéis terminado con los temas escabrosos e indecentes? —preguntó ligeramente enfadada, molesta de no ser ella y su embarazo los protagonistas de la velada.

—Tal vez sea escabroso, horrendo, cruel e indecente lo que tus delicados oídos no han querido escuchar, pero es lo que le ha ocurrido a nuestra amiga. La horrible muerte que ha sufrido —dijo Samantha observándola con atención.

Beberly, molesta ante la reprimenda, no se cortó ni un pelo:

—No se tendría que haber marchado con ese hombre. Si no hubiese sido tan loca, ahora estaría aquí vivita y coleando. —Sus palabras fueron dichas de manera fría y controlada.

Samantha se levantó, cogió su bolso y la miró por última vez.

—Loca o no, ninguna mujer se merece eso.

Salió del saloncito dejando a las dos amigas mirándose una a la otra.

Decidió ir andando hasta su apartamento.

Hacía frío, pero no le importó; después de oír todo lo que había dicho Pia, el aire de diciembre era lo ideal para apaciguar su dolor. Dolor por muchas cosas: por la horrible muerte de su amiga, por todo lo ocurrido con Brian —pues, a pesar de haber tenido una relación, de haber estado comprometidos, no lo conoció en absoluto—, pero, sobre todo, estaba dolida por no saber de él. De ese hombre que no se le quitaba de la cabeza, de ese hombre del que se había enamorado como una tonta. Porque habían transcurrido tres meses y no tenía una llamada o un triste mensaje. Sentía que solo había sido un pasatiempo para alguien…, tal vez, demasiado complicado para ella. No tenía su número telefónico, pero, aunque así hubiera sido, no lo habría llamado.

Era una romántica, en la superficie y en el fondo, y hubiera deseado que él tomara la iniciativa para tener una cita, para tener sexo, para lo que fuera con tal de verlo, de estar con él. Las tres veces que había visto a Marc y que este le había preguntado por él a saco, sin más preámbulos, sin más recorrido, le fastidió enormemente, pues cuando contestó «No sé nada», él casi puso los ojos en blanco y las manos abiertas como pidiendo explicaciones.

Sacó la melena que se había quedado escondida debajo de su abrigo de cachemir y la soltó encima de su espalda provocando que más de una mirada se fijase en ella. Sus tacones de aguja repiqueteaban en la acera. Las piernas desnudas, el cuerpo envuelto en ese abrigo sencillo pero carísimo y esa melena como el chocolate, espesa, larga y ligeramente ondulada que contrastaba con el color camel del abrigo, provocaban las miradas de unos

y de otros, pues parecía una modelo con sus grandes gafas de sol y el bolso rojo haciendo juego con los tacones.

Era una mujer llamativa.

Hermosa y llamativa.

Pero los ojos que más la observaron, los ojos que la siguieron hasta que el portero del edificio de la Quinta Avenida le abrió la puerta y desapareció, esos ojos eran azules.

Azul eléctrico.

Días más tarde se preparaba para una gala benéfica en el Museo Metropolitano. No le apetecía ir, pero la organizadora era amiga de su madre y se lo había prometido; aun así, no estaría mucho tiempo. Sus amigas y maridos también harían acto de presencia. Por no ir sola podría haber llamado a algún amigo, incluso Pia le había dicho que había un compañero de Joseph interesado en ella, pero le dijo que no. No necesitaba ningún hombre para que la llevara del brazo.

Lo que faltaba.

Unos vestidos encima de otros se esparcían encima de la cama. No se decidía. No quería ir provocadora, pero tampoco muy clásica; aunque, pensándolo bien, lo segundo era lo mejor. Casi siempre optaba por el negro, pero esta vez sus ojos se fijaron en un vestido por encima de la rodilla en color ciruela. Lo sacó del armario y vio que la etiqueta colgaba de la manga. Sí, era de manga larga y ajustada, escote barco por delante y un escote drapeado por atrás que llegaba pasada la media espalda. Era un tejido ligeramente brillante, elástico, de manera que se le pegaría al cuerpo como un guante. Con unos sencillos pendientes de diamante y el cabello recogido quedaría muy bien.

Cuando salió del baño, la peluquera la estaba esperando. Charlaron de todo un poco mientras le recogía el abundante cabello en un moño francés, y cuando estuvo lista, la ayudó a vestirse, cosa que siempre hacía cuando acudía al apartamento de Samantha.

La peluquera se marchó y ella terminó la tarea. Se puso las joyas, los *stilettos* y, mientras sacaba del armario una cartera de piel, se acordó de otra cosa. Fue hasta uno de los cajones y sacó la cajita roja; la abrió y contempló el tanga sin entrepierna, con el hilo de perlas en el centro. Se descalzó, se quitó las bragas que había elegido para ese vestido y se puso el tanga aguantando la respiración cuando las falsas perlas entraron en contacto con su sexo, colocándose en el centro. Pasado un momento, se amoldó a ellas, se bajó el vestido, se calzó los tacones, cogió la cartera y dudó entre una corta chaquetita de visón o un abrigo blanco.

Optó por el abrigo mientras sonreía al sentir el movimiento de las perlas entre sus labios vaginales.

El portero del edificio la esperaba para abrirle la puerta del taxi y, en cuestión de diez minutos, estaba en el Metropolitano. Enseguida se encontró con Pia y Joseph, y hablaron durante unos minutos de las donaciones que habían hecho para la subasta que se realizaría una hora más tarde, dando tiempo a los invitados a tomarse unos canapés, una copa y, de paso, ponerse al día unos y otros y mostrar sonrisas a destajo. Más tarde, vio a la organizadora del evento, que le hacía señas, y dejó a sus amigos para ir a saludar a la señora Thomson.

—¡Samantha, cariño! Cuánto tiempo sin verte. ¿Dónde te metes, que no nos vemos nunca?

—Hola, Sarah. —Se dieron un par de besos, con cuidado de no estropear sendos maquillajes; el de la señora Thomson, más potente—. Trabajando, siempre trabajando.

—No paras, cariño. Tus padres haciendo un crucero interminable y tú… —Elevó las cejas como preguntando dónde había estado.

—He llegado hace unos días de Florida. Un reportaje de bañadores.

Samantha sentía las perlas entre su delicada carne y tenía ganas de sonreír, pues a veces parecía que le hacían cosquillas y otras le daban ganas de ir al aseo y…

—¡Huy, con el frío que hace aquí! —La agarró del brazo y la condujo hacia un punto determinado—. Vamos, quiero presentarte a unas personas que, seguramente, no conozcas.

Durante un rato estrechó manos, saludó a gente que hacía tiempo que no veía, contestó a los que sentían curiosidad por saber dónde estaban sus progenitores, mostró radiantes sonrisas y dio fe de la buena educación recibida, dando gracias porque ninguno sacase a colación la detención de Brian y el próximo juicio, aun sabiendo que sí se hablaba a sus espaldas, que seguía siendo la comidilla de moda.

Cuando estaba pensando en poner una excusa para volver con Pia y su esposo —o, mejor, ir al aseo y quitarse el tanga, que estaba trastornándola —, sus ojos se fijaron en un hombre alto, moreno, con un esmoquin negro, camisa negra… Sintió que su corazón se aceleraba y que las perlas aumentaban de tamaño, pero cuando Sarah Thomson dijo algo como «No puede ser», el corazón comenzó a palpitarle de forma violenta.

Sin soltarla del brazo, la llevó hasta el hombre que le quitaba el sueño, que le anulaba los sentidos, que amaba de una forma desconocida.

—¿Has venido? —preguntó la señora Thomson al hombre, mirándolo como si sus ojos la estuvieran engañando.

Samantha escuchó sin decir nada, sin dejar de mirar a ese hombre magnífico y a la amiga de su madre, y cuando esa voz profunda, intensa y penetrante contestó, casi le da un patatús:

—Sí, madre. He venido.

Liam bajó la cabeza para que su madre posara un beso al aire en su mejilla, sin dejar de mirar a la chica, mientras esta contemplaba absorta esa escena y se embobaba con el comienzo de una sonrisa en la seductora boca de ese hombre que inundaba sus sueños. Esa sonrisa que capturó en una fotografía el día que fueron de excursión cuando se ponía unos guantes y se disponía a montar al potro medio salvaje.

—Samantha, te presento a mi hijo, Liam. Porque no lo conoces, ¿cierto? Por supuesto, si apenas viene a la ciudad.

El hombre se adelantó sonriendo ligeramente ante el asombro de esos ojos que solo él notaba.

—No, madre. No tengo el placer de conocer a esta preciosa mujer.

Extendió la mano y esperó que ella le diese la suya.

—Un placer —casi susurró, sin dejar de observarlo, al tiempo que le devolvía el saludo esperando que la mano no le temblase como si fuese una timorata.

—El placer es mío, Samantha —añadió acercando la boca hasta su mano pero sin besarla.

Sarah Thomson focalizó la atención en Samantha y le explicó de manera rápida y concisa:

—Liam trabaja para la DEA y antes estaba en los marines. No sé qué es peor, si lo uno o lo otro. —Volvió la mirada a su hijo y le preguntó—: ¿Has venido solo?

—Sí, madre.

—Pues, entonces, no te importará hacer pareja con Samantha, ¿verdad?

—Encantado de ser su acompañante.

—¡Qué bien! Perfecto. Os dejo, que tengo que saludar a mucha gente. —Miró a Samantha—. Luego nos vemos, querida.

La joven afirmó en silencio.

Se miraron sin decirse nada, pero de manera distinta.

Él, devorándola.

Ella, sorprendida…

Más que eso.

—Eres hijo de los Thomson —susurró sin dejar de observar a ese atractivo hombre.

—No. Soy hijo de Sarah.

Ella movió ligeramente la cabeza, y los ojos del hombre se desviaron hacia el hermoso cabello, deseando soltar ese recogido, deseando besarla y tocarla, pero sería mejor hablar y aclararle las ideas.

—Ven, vamos a tomar una copa.

Se acercaron a la barra del bar y pidieron un Martini para ella y un *bourbon* para él. Se quedaron en una esquina donde no corrían el riesgo de ser molestados, pero siendo conscientes de que más de una mirada se había

fijado en ellos.

Fue ella la que habló primero:

—Creía conocer a los hijos de Sarah. No es que tenga mucha relación con ellos, pero los he tratado de vez en cuando.

—Imagino, a fin de cuentas, os movéis en los mismos círculos.

Samantha notó cierto sarcasmo en la última palabra.

—Por qué no me lo cuentas y evitas que se me dispare la imaginación.

La penetrante mirada no dejaba de mirar esa boca y esos ojos oscuros como la noche.

—Hace muchos años, Sarah se enamoró de un vaquero de Texas. Tuvieron una tórrida relación y se quedó embarazada. Su padre, es decir, mi abuelo, la convenció de que ese tejano no era futuro para ella y que, si seguía adelante, la desheredaría. El viejo quiso que abortara, pero ella se negó, a fecha de hoy, no sé si por salvar al niño que venía en camino o por miedo a que le hicieran un aborto. De manera que Sarah se fue a Europa a estudiar. Eso fue lo que dijeron, pero estuvo en una casa en Vermont hasta que parió y se recompuso.

»Puesto que el aborto no se produjo, la idea era darme en adopción, pero mi padre, que no había desaparecido y que estaba al corriente de todo, pues Sarah le escribía de vez en cuando, dijo que quería a su hijo y que, si lo daban en adopción, iba a armar tal escándalo que todo el país sabría lo ocurrido. —Hizo una pequeña pausa, mientras le daba un sorbo a su bebida y observaba el precioso rostro de Samantha, que lo miraba embelesada, llena de curiosidad—. Abreviando, el viejo tragó, lo obligó a firmar un documento que, entre otras cosas, contenía una cláusula de confidencialidad, y, hecho esto, cogió a su hijo y se volvió a Texas.

Samantha se quedó en silencio observando la frialdad de ese rostro, de esas palabras, y deseando saber más, saberlo todo.

—¿Y tu padre te crio?

—Así es.

—¿Él solo?

—Sí. Nunca se casó. Siempre estuvo enamorado de Sarah. Tuvo unas cuantas novias, pero estas no duraban mucho. Su fiel compañera era la botella.

—¡Oh! Cuánto lo siento —dijo con pena, algo que provocó una enorme sonrisa en el hombre y que ella clavara la mirada en esos dientes blancos y fuertes.

—No lo sientas. Mi padre fue un hombre excepcional, un buen padre. No era un borracho violento, en absoluto. Bebía por las noches viendo la televisión y se dormía sin más. Al día siguiente, con más o menos resaca, volvía a su trabajo y a ocuparse de su hijo.

—¿Ha muerto?

—Murió unos días antes de mi decimoctavo cumpleaños. Por aquel entonces, yo estaba al corriente de todo, y mi madre apareció en el entierro. El pequeño rancho tenía más deudas que vacas, y me ofreció una suculenta cantidad de dinero para saldarlas y continuar con el negocio. Pero yo ya tenía muy claro mi futuro.

—Pero…, pero has seguido manteniendo relación con tu madre. Estás aquí.

Liam Campbell la miró de una forma especial; sus ojos dijeron tanto que provocaron un ligero temblor en las piernas de Samantha y… en las perlas.

—Estoy aquí… —Los ojos azules permanecían fijos, sin pestañear, sin despegarse de su rostro, y esa voz profunda se arrastró ligeramente para que las palabras quedaran grabadas en su alma, en su corazón—. Estoy aquí por ti. Solo por ti.

Ella tragó saliva, sintió sus mejillas enrojecer y hasta creyó que su corazón daba saltos de alegría.

Él continuó:

—Sabía que vendrías, así que le dije a Sarah que acudiría a su gala benéfica. Es la primera vez que vengo a un acto de tanta categoría, rodeado de tantos y tantos ricachones… Y solo lo he hecho para verte. Solo por ti. Habría acudido al fin del mundo solo por ti.

Capítulo 23

Samantha volvió a tragar saliva y sintió que sus mejillas ardían.

El hombre apuró el contenido del vaso y la tomó por el brazo hasta llevarla a una zona escondida, un rincón no transitado y oscuro donde habían dejado unas cajas vacías y, no muy lejos, iban y venían los camareros con bandejas vacías o llenas.

La cogió por la cintura, la pegó contra la pared y la besó con delicadeza.

Samantha saboreó el *bourbon* de su lengua, se dejó embrujar con el interior de los labios y con esa boca que la enloquecía, que le provocaba tanto placer como si estuviera penetrándola.

Y como todo era tan intenso, tan escandalosamente excitante, sus cuerpos pegados, las manos del hombre sobre su espalda, sobre sus nalgas, apretándola contra él, sin dejar de besarla de esa forma tan embriagadora, creyó que le faltaba el aire, que se le doblarían los tacones y caería como una muñeca de trapo.

Haciendo un esfuerzo, colocó las manos en las solapas del esmoquin y lo hizo parar.

Se miraron, y él se dio cuenta del estado en el que se encontraba.

Vale, no la seguiría excitando con sus besos.

Lo haría con las palabras.

—No he dejado de pensar en ti ni un solo día desde que te vi en el rancho. Desde que puse mis ojos en la criatura más deliciosa que jamás hubiera visto.

Ella, extasiada con esas palabras, seguía con las manos apoyadas en la pechera del hombre mientras él acariciaba el borde de su rostro.

—En ese momento ya supe que eras especial. Y, a pesar de ser una niña rica acompañada de otras niñas ricas, algo me decía que tú eras diferente. Ya sabía que estabas prometida a Kozeny, que te reunirías con él, pero, aun así, deseé hacerte el amor, deseé poseerte, aunque solo fuera por una noche, y así tal vez desencantarme al descubrir que no eras como imaginaba.

La mano del hombre se desplazó hasta la nuca para jugar con el nacimiento del cabello, para seguir torturándola de la manera más ardiente mientras seguía escuchando esas palabras de amor y deseo.

—Cuando te tuve tan cerca, cuando te llevé para que hicieras esas fotos y nos interrumpió un vaquero en ese momento tan delicado, supe que quería follarte de todas las maneras, que antes de que te fueras de mi vida quería darte tanto placer como el que yo recibiría.

Ahora eran las dos manos las que estaban en su nuca deslizándose hacia

las orejas, tocando el cuello y acariciando las clavículas, para repetir ese martirio de placer.

—Pensé que podría olvidarte… Quise olvidarte…

Sus manos seguían acariciando.

Sus ojos, traspasándola.

Y ella… creía que de un momento a otro se convertiría en gelatina y solo quedaría un charco en el suelo.

—Pero no puedo. Ni quiero ni puedo.

Bajó la cabeza y dejó caer un beso suave, corto y delicado.

—Cuando saliste de casa de Kozeny, estaba esperándote. Quería verte, quería llevarte a la cama y saciarme de ti. Cuando dijiste que querías ir conmigo a buscar a tu amiga, supe que eras una persona fiel, generosa, amorosa y dispuesta a sacrificarte por los que quieres.

Volvió a posar otro beso, pero esta vez deslizó la lengua por entre los labios de ella, sacándole varios gemidos de placer.

—Cuando te vi con tu amigo en el exterior del recinto de Obregón, sentí un miedo visceral en todo mi cuerpo, además de un enfado de cojones… Y cuando entramos en la casa y te vi medio desnuda, agarrada por ese cabrón, rozando tu precioso cuello con esa… cucharilla, no me lo pensé ni un momento. Mataría una y cien veces más a ese tipejo por hacerte mal.

Ella se separó e hizo que las manos de él dejaran de tocarla.

—¿Estabas ahí? ¿Tú y tus hombres nos visteis?

—Sí. Estábamos esperando que oscureciera para entrar. Me enfadé mucho cuando te vi, no se me pasó por la cabeza que fueras a hacer semejante locura.

—Tengo dinero de sobra, qué mejor que emplearlo en buscar a mi amiga.

—Los padres de tu difunta amiga también están forrados y no se les ocurrió mandar un comando formado por una chica y un piloto privado a rescatarla.

—Si hubiera estado viva, la habríamos salvado.

Liam soltó una carcajada.

—Mejor no sigamos por ese camino —soltó dejando la risa.

—Vale, no sigamos.

No quería enfadarse, no lo deseaba después de haber oído aquellas cosas tan bonitas que él le había confesado.

—Actuaste de buena fe, pero de una forma inocente; más que eso, inconsciente. Creíste que podrías engañar a un traficante, criminal, asesino, y algo así podría haberte costado la vida, y la de tu amigo, que por cierto tampoco demostró mucho sentido común. ¿O el dinero que le ofreciste le nubló el raciocinio?

Samantha se giró para que él no le viera el rostro.

—De acuerdo, la fastidié. No es necesario que me lo recuerdes —susurró con voz llorosa.

Las manos del hombre se colocaron sobre sus hombros y la volvieron hacia él.

—No llores, mi vida. No llores. No deseo herirte con mis palabras. Perdóname.

Samantha se dejó abrazar durante unos instantes y se separó para preguntarle:

—¿Nos vamos? ¿A mi casa?

—Estoy deseando largarme de aquí. Contigo.

Salieron del escondite con la idea de recoger los abrigos e irse, pero algo así no ocurrió. Sus amigas salieron a su encuentro y, después de disimular la sorpresa al verla con ese hombre, hablaron acaloradamente:

—¿No estarás pensando en irte? —preguntó Pia mirándola a los ojos—. Tenemos que hacer nuestra presentación. ¿No lo habrás olvidado?

—Sí, claro.

Miró al hombre y, bajando la voz, algo que no impidió que las amigas lo oyeran claramente, le preguntó:

—¿Te quedas conmigo?

—Faltaría más.

Un rato más tarde, estaban sentados en una mesa redonda esperando que comenzara el acto, y Beberly no pudo aguantar la curiosidad mientras los maridos escuchaban sin perder palabra y observaban al nuevo acompañante de Samantha.

—Perdona, pero ¿no eres el vaquero del rancho? ¿El que llamaban el Indio?

—Así es —contestó clavando esa mirada penetrante en el rostro de la joven, consciente de la curiosidad que despertaba.

—Beberly —dijo Sam—, Liam Campbell es un agente de la DEA, estaba en el rancho de infiltrado —aclaró, un poco molesta por que su amiga lo mirase de esa forma, entre curiosa y altiva, pero, sobre todo, por la forma en que la miraba él.

—¿En serio? —preguntó dejando la boca abierta más tiempo de lo correcto. Liam movió ligeramente la cabeza sin añadir nada más, pero Beberly insistió—: Entonces, ¿ya estabais detrás de ese tipo y de Brian?

Fue el marido de ella el que intervino antes de dar lugar a que el agente de la DEA contestase;

—Beberly, déjalo, no es el momento.

Liam, dándose cuenta de que a la exuberante rubia no le había hecho gracia que su marido le llamase la atención, se mostró un tanto condescendiente y añadió algo más:

—Llevaba casi un año infiltrado, pero… no puedo hablar de ello. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro, por supuesto —contestó con una sonrisa, y, mirando a su marido, tomó la copa con zumo de naranja y le dio un sorbo.

Siguieron hablando de unas cosas y otras, y Samantha pudo comprobar que a Liam no le intimidaban los esposos de sus amigas, ricos de nacimiento y más ricos por sus negocios. Es más, eran Joseph y Dereck los que mostraban una curiosidad extrema por el trabajo de Liam, queriendo saber no sé cuántas cosas de los marines y otras tantas de la DEA. Pero cuando la menuda Pia le preguntó si de verdad era hijo de Sarah Thomson, todos miraron a Pia como si se hubiera vuelto loca para después clavar la vista en ese tipo tan especial esperando una contestación.

Liam sonrió sin ganas.

—Así es, Pia.

Cuando los hombres iban a hacer más preguntas, sorprendiendo a Samantha porque fuesen tan chismosos, se adelantó a ellos:

—Pia, nos están haciendo señas.

—Sí, ya comienza. Vamos.

Se levantaron de la mesa, y todos se sorprendieron de que Campbell se levantara antes para ayudar a Samantha, moviendo la silla y guiñándole un ojo antes de irse con Pia.

Los que se quedaron en la mesa ya no tuvieron opciones de hacer más preguntas al agente especial de la DEA, pues el acto comenzó y el silencio se hizo en la sala.

Pasados veinte minutos, cuando Pia y Samantha volvieron a la mesa, Liam ya no estaba.

—Ha recibido una llamada, ha salido y ya no ha vuelto —explicó el marido de Beberly—. Igual lo han llamado para una misión especial —añadió haciendo una broma.

Samantha se despidió de ellos sin hacer caso de los deseos de sus amigas.

—¡Sam, quédate, por favor! Tenemos mesa en Delmonico’s —pidió Pia haciendo pucheros.

Al mencionar Delmonico’s, Samantha se acordó del traficante, pero no mencionó nada de eso.

—¡Que os divirtáis! —Lanzó un beso al aire y se dirigió al guardarropa para coger su abrigo.

Cuando llegaba a la salida pensando si habría algún taxi libre, si habría algún portero que hiciera el trabajo o si tendría que sacar el móvil y pedir uno, lo vio. Ahí estaba, contemplándola, esperándola, logrando que una sonrisa iluminara su rostro.

Se acercó hasta él.

—Jamás he visto una sonrisa tan bonita como la tuya. —Ella tembló ante el cumplido, pero él interpretó que tenía frío—. Ven, tengo un coche esperando.

La tomó de la mano y la llevó unos metros más adelante.

Entraron en el coche, y él le dio una dirección de Brooklyn.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

—¿Tienes casa en Nueva York?

—Sí. ¿Tan extraño te parece?

—Pues sí, creía que tu casa estaría en algún lugar de Texas.

—También. En Dallas tengo un minúsculo apartamento alquilado. Cuando cojo días libres, suelo venir aquí. Pero no me suelo mover por la Gran Manzana.

—¿No estarás casado? —preguntó con temor.

—¿Crees que si estuviera casado estaría aquí, contigo?

—Después de todo lo vivido, cualquier cosa me parece creíble y posible.

—Nunca me he casado. —Bajando la voz, acercó la boca a su oído y añadió—: Nunca me he enamorado… hasta ahora.

Samantha sintió una oleada de placer al oír esas palabras.

¿Serían sinceras?

La mano del hombre se colocó encima de la rodilla, y despacio, la fue subiendo al tiempo que subía el vestido. Samantha tragó saliva y miró hacia delante para comprobar que el conductor no curioseaba por el espejo retrovisor sintiendo que el pulso se le aceleraba, que aumentaba según la mano subía y subía… hasta que sus dedos tocaron la carne y, al momento, las perlas.

Agachó la cabeza y dejó caer un suave beso en la sien.

—Esto no me lo esperaba —susurró mientras sus dedos acariciaban la carne caliente, mientras hacía rodar las piedras entre los labios—. Estas sorpresas me gustan mucho, hacen que disfrute de la vida, que merezca la pena vivir —añadió mientras presionaba una perla contra el clítoris y oía el casi silencioso gemido que salió por su boca—. ¿Acaso sabías que me ibas a ver o te las has puesto para otro?

Ella no se molestó por la pregunta.

Cómo iba a molestarse si se encontraba en una nube de placer.

—No existe ningún otro. Pero pensé que la gala se me haría más amena con tu regalo entre mis piernas.

El hombre soltó una carcajada, pero no dejó lo que estaba haciendo, notando los movimientos que hacía la chica ante la experiencia de sus dedos.

—Me alegra que te lo hayas puesto. ¿Lo has estrenado esta noche? —

preguntó en tono bajo mientras sus manos provocaban tensión en los glúteos y las piernas de la joven.

—Sí… —jadeó durante unos segundos.

Mientras seguía tocándola, levantó la voz, miró al taxista y se puso a hablar con él. Era de Bangladés y le preguntó cosas de su país, pues él había estado dos años antes. Y mientras eso ocurría, Samantha apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos, abrió ligeramente las piernas y se dejó llevar mientras oía esa voz varonil, sensual, manteniendo una conversación sobre el clima de Bangladés, sobre la comida, sobre la simpatía de sus gentes, mientras los dedos de ese hombre y las perlas con las que tan hábilmente jugaba la llevaban al borde del precipicio.

Justo cuando estaban a punto de llegar al destino, él sacó la mano de ese cálido rincón y ella, sorprendida, excitada y a punto del clímax, escuchó su voz:

—Ya estamos llegando, mi vida. Ahora podrás disfrutar de una cómoda y confortable cama. —Las palabras fueron dichas para que fueran escuchadas por ella y por el taxista.

El taxista disminuyó la velocidad y se acercó al borde de la acera, donde frenó. Liam salió del coche y en un momento estaba abriendo la puerta para que ella saliera. La acercó hasta él y la besó en los labios, provocando nerviosismo y acaloramiento en la chica. La tomó de la mano y se acercaron a la ventanilla del conductor. Liam le dio varios billetes de veinte al hombre, y cuando le dijo «Quédese con la vuelta», el hombre sonrió agradecido.

El taxi se fue, él la tomó de la mano, y subieron los peldaños para entrar en una casa de Brooklyn Heights, en Old Fulton St.

En un momento, Liam abrió y la introdujo. Ni siquiera encendió las luces, pues sus manos fueron a su cuerpo, haciendo que la cartera de ella cayera al suelo, que le quitara el abrigo deprisa y llevara el mismo destino que la cartera y lo siguiente fuese el vestido. Lo enganchó por abajo y lo deslizó hacia arriba dejándola con el tanga de perlas, los zapatos de tacón, los sencillos pendientes de diamantes y el reloj de pulsera.

La miró a su antojo, pues, a pesar de no haber encendido la luz, las luces de la calle entraban en el pequeño vestíbulo, como en el resto de las habitaciones que daban a la calle principal. La cogió de la mano y la llevó a un salón discretamente amueblado, sin lujos y sin excesos, solo con lo básico. Pero ella no reparó en esos detalles. Al día siguiente comprobaría que era una casa hermosa, pero casi vacía. En esos momentos, cuando esa mirada penetrante la devoraba por todos los lados, no pensaba ni atendía a nada más. Se sentó en el sofá y la sentó en su regazo. Encendió una pequeña lámpara y le hizo abrir los muslos para contemplar el sexo adornado con la tira de perlas.

—Me gusta mucho —dijo con voz ronca, y la tocó con delicadeza.

Movió las bolitas, deslizó los dedos por los labios mayores, despacio, lentamente, para ver y sentir cómo ella endurecía los muslos y los abría al máximo, cómo se agarraba al cuello de su camisa para tener otro punto de apoyo, para facilitarle tensar el cuerpo y seguir con los muslos abiertos, para que él contemplase todo lo que quisiera, para que sus dedos no dejaran de masturbarla, haciéndola gemir, haciéndola disfrutar.

Tuvo ganas de gritar cuando sintió la presión que él ejerció sobre una perla, y esta, sobre el clítoris. Se contuvo y no gritó, pero abrió la boca jadeando como un pez fuera del agua, y cuando él capturó sus labios, los lamió y los besó acoplando la boca sobre la de ella, fue como recibir una dosis de oxígeno, de vida.

Tuvo un orgasmo tan profundo, tan extraordinario, que comenzó a gimotear, y él dejó de besarla.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué tienes?

—Nada —contestó con vergüenza, pues él la observaba sin perder detalle—. Es…, es solo el placer, el placer que me has provocado. —Bajó la mirada ante esos ojos azules que no pestañeaban, que no se retiraban de su rostro, mientras la mano seguía acariciando su sexo—. Me ha dejado fuera de mí, me he sentido tan eufórica… Creo que me he desbordado.

Él sonrió, le besó la punta de la nariz, se levantó con ella en brazos y, subiendo la escalera despacio, la llevó a la habitación, la única amueblada, a excepción del salón y la cocina, pero tan solo con una cama, nada más.

Al dejarla sobre el cálido y mullido edredón, se contemplaron en la penumbra mientras él le quitaba los zapatos y el tanga. Se desnudó en unos segundos, dejando caer la ropa sobre el suelo de madera, y subió a la cama haciendo que el canapé se moviera ligeramente y que el antiguo cabecero de hierro forjado golpeara la pared. Pero a ninguno le importó o no repararon en eso, pues sus ojos solo eran para ellos, y sus oídos, solo para sus palabras.

Liam se colocó encima, y ella se abrió para él.

—Jamás he traído una mujer aquí.

Ella no dijo nada, solo tragó aire mientras sentía el miembro penetrar en su cuerpo.

—Jamás entrará otra mujer aquí.

En ese momento se clavó entero sin dejar de mirarla.

—¿Sabes lo que eso quiere decir? —preguntó moviéndose despacio.

—¿Que me quieres? —preguntó con timidez, con cierto temor, mientras ese poderío masculino la inundaba por completo.

—Sí. Estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi. Te amo, te quiero para mí. Sé que tendré que compartirte con tu familia, con tus amigas y amigos; pero, cuando esté contigo, te quiero para mí. Cuando

estés conmigo, te quiero para mí.

Los movimientos se hicieron más rápidos. Su miembro se deslizaba, entrando y saliendo, y cuando faltaba poco para que ella se dejara llevar, escuchó la pregunta:

—¿Crees que podrás concederme ese favor que te pido? ¿Crees que podrás ser el amor de mi vida ahora y siempre?

—Sí…, sí.

El hombre ralentizó los movimientos haciendo que ella jadeara, que sus uñas se deslizaran por la espalda dejando pequeñas rojeces, que las caderas se elevaran para que la unión fuese total, para que el acoplamiento fuese uno solo.

Y así, pegados, con los torsos aplastados, con las caderas al unísono y con las bocas lamiéndose, llegaron al clímax…

Abrazados, besándose como si el mundo se acabase, excitados, hablando entre susurros, tocándose de nuevo, riendo ante ese derroche sexual, ante esas ganas que se tenían, diciéndose palabras de amor, volvieron a hacerlo, volvieron a amarse.

Epílogo

Antes de dar el gran paso, Liam puso las cosas claras y Samantha, las suyas.

—No me importa que trabajes, pero no estoy dispuesto a no tenerte cuando yo esté libre. Tampoco te pido que estés esperándome como si no tuvieras otra cosa que hacer. De manera que tendremos que organizarnos.

Samantha no se molestó ante esas exigencias, pues comprendía el trabajo que tenía y que, por un momento, un momento tonto, pensó que dejaría por ella.

—Quiero viajar menos y me gustaría tener hijos —dijo mientras sentía esa mirada azul sobre su rostro.

—Yo también lo quiero. Tengo treinta y seis años, y ahora que tengo el amor que siempre he deseado, no hay cosa mejor. Pero podemos esperar un poco, ¿no crees? Darnos un tiempo para nosotros solos, para amarnos y disfrutarnos sin que el llanto de un bebé nos… fastidie el placer. —Fue dicho de la manera más natural, pues, a fin de cuentas, era lo normal en una pareja joven; pero esas palabras y ese tono de voz, esa mirada intensa, a Samantha la descolocaban y la excitaban a partes iguales.

Liam la conocía muy bien —tal vez porque desde pequeño tuvo mucha psicología al vivir con un hombre como su padre y unas circunstancias especiales, o, simplemente, porque tenía ese don— y en esos momentos notaba la incertidumbre de ella y cierto nerviosismo.

—Sería mucho pedir… que… —dejó la preguntar sin terminar.

—¿Qué, mi amor?

—Que… no te fueras de infiltrado.

—No voy a infiltrarme en ninguna operación —añadió con una sonrisa.

—Y…

—¿Qué?

—Que tampoco te vayas a lugares inciertos o peligrosos donde pueda pasarte algo horrible.

Liam rio sin dejar de mirarla.

—Algo así como cuando te fuiste al Amazonas.

Ella bajó la mirada y no dijo nada.

—Cariño, tengo el trabajo que tengo, el que he elegido, el que me gusta. Llegará un tiempo, más adelante, en el que tendré que dejar ciertas misiones, pero, por el momento, todo seguirá más o menos igual.

—Yo también tengo un trabajo que me gusta.

—Y me parece perfecto. Por eso deberíamos ponernos de acuerdo para pasar tiempo juntos. ¿No te parece?

—Sí, me parece bien.

Se casaron tres meses después y, por deseo de Liam, fue una boda íntima; tan íntima que solo asistieron los padres de ella, sus amigas y esposos y su amigo Marc, y, por parte del novio, su madre y tres amigos y compañeros de batallas, los que fueron con él a la misión del Amazonas.

Brian Kozeny pasó a testigos protegidos y desapareció del mapa. Delató a un senador y a varios hombres de negocios de Texas y de California que participaron en algunas de las filmaciones de Obregón y, en momentos puntuales, traficaron también.

Una tal Susy también entró en el programa de testigos protegidos al corroborar la declaración de Kozeny y añadir dónde podían estar los restos de otras chicas secuestradas y asesinadas en las películas de Obregón.

Se analizaron los restos calcinados que los de la DEA trajeron de la casa de Obregón en el Amazonas y se comprobó que había coincidencias con el ADN de Erica Porter en un 98,9%.

Un año después de la boda, se instalaron en Arlington, Virginia, donde Liam impartiría clase en la academia para formar a nuevos agentes.

Nueve meses después, tuvieron su primer hijo.

Fin

Biografía de la autora

Tania Sexton es de ascendencia gallega. Nació en un precioso pueblo del Pirineo Aragonés, Sallent de Gállego (Huesca), y ahora vive en Albacete.

Lleva en el mundo de la estética muchos años, pero su verdadera pasión ha sido la lectura y la escritura. Lo que comenzó como una afición de fines de semana, pues no había más tiempo libre, lo dejó años después harta de batallar con la máquina de escribir y negándose a las nuevas tecnologías. Lo retomó hace poco tiempo y, ahora, no puede pasar sin su portátil, tableta y demás dispositivos.

Escribir se ha convertido en una constante, en un disfrute. Inventar historias de amor o desamor. Situarlas en diferentes épocas y países es lo más gratificante.

Su deseo es que los lectores que descubran sus obras disfruten leyéndolas tanto o más que ella escribiéndolas.

Autora de *Calla, nenita, calla (2017), Ausencia (2018), Eres mía (2018), El Águila negra (2019)*, *Cuando vuelvas a mí (2020),* y ahora nos presenta *Lento, más lento,* publicadas bajo el sello de Editorial LxL.